

Por favor, vuelve a casa

Christine Nöstlinger

Voy a contarlo todo, aunque no se me ocurre cómo comenzar ni qué decir.

Sólo tengo claro el final. Y el final es que Ilse se ha ido de casa.

Ilse es mi hermana. Ilse se fue y no va a regresar.

Si vuelve, tendrá que ir a un hogar juvenil. Eso fue lo que dijeron. Ya no pueden cargar con la responsabilidad. La Trabajadora Social de la policía dijo que primero hay que encontrar a Ilse. Luego mamá decidirá si la mandará a un hogar juvenil o no.

Papá dice que él también tiene algunas cosas que decir. Pero no es cierto. Él no tiene nada que decir.

Yo no quiero que Ilse vuelva, para que no la lleven a un hogar juvenil.

Yo no les he contado nada.

Mamá y Kurt dicen que debo contarles todo lo que sepa. Y papá y la abuela también lo han dicho. Pero no vaya hacerlo.

«¡Cualquier cosa es mejor que esto», me dijo Ilse antes de irse. Y así fue.

Cuando yo tenga catorce años, cuando tenga la edad de Ilse, tal vez haga lo mismo. Y entonces Oliver tampoco dirá nada. ¡Insisto en que no sé nada!

Se puso el abrigo rojo y dijo que quería comprar un cuaderno rayado con margen para las correcciones.

«¡Esto es todo lo que sé, mamá!»

«¡De verdad que no dijo nada más, Kurt!», «¡Me lo puedes creer, papá! »

«¡Estaba haciendo una ecuación muy difícil, con X, y y Z, señorita Trabajadora Social! ¡No vi a mi hermana! ».

«Alégrate de que somos una familia numerosa. Eso también tiene sus ventajas», me dice a veces mamá. Catalogarnos como una familia numerosa es un mal chiste, pero a veces se tienen ventajas, realmente.

En mi cumpleaños, por ejemplo, recibo regalos de tres abuelas, tres abuelos, una mamá, un papá; de la esposa de papá, de un padrastro, de la ex esposa de mi padrastro y de seis hermanos.

Parece complicado, pero es más o menos fácil. Papá se casó con mamá y tuvo dos hijas con él: Ilse y yo. Luego se separaron y papá se casó con otra, y con ella tuvo también dos hijos. Mamá se casó con Kurt y tuvo dos hijos más. Kurt ya tenía un hijo de su primer matrimonio.

Esto no es tan extraño. En nuestra clase hay muchos papás que están divorciados y han tenido hijos de sus nuevos matrimonios. Pero ya no pueden ocuparse de más niños.

Mamá y papá se separaron cuando Ilse tenía siete años y yo cinco.

Supuestamente no se entendían bien, pero debió haber sido algo más. Porque entonces mamá no habría escondido la sentencia de divorcio. Una vez, cuando buscaba mi comprobante de vacunación, la encontré en el archivador. Mamá me la arrebató de las manos antes de que pudiera acabar de leer la primera frase. «Esto no te incumbe», dijo, sonrojándose.

Primero, después de la separación, Ilse y yo vivimos con la abuela: la mamá de papá. Papá conservó la casa antigua. Mamá se mudó con sus padres, y los sábados y domingos nosotras los visitábamos.

Alguna vez mamá fue secretaria en un periódico.

Fue allí donde conoció a Kurt.

Él era redactor. Dos años después se casaron y nos mudamos de donde la abuela a donde Kurt.

Luego mamá tuvo a Oliver. Tatiana y Oliver llaman a Kurt «papá». Ilse y yo lo llamamos «Kurt». Al papá y a la mamá de Kurt los cuatro los llamamos abuelo y abuela.

La abuela no me gusta para nada, porque ella no me quiere. El abuelo es muy simpático. El otro abuelo (el padre de papá) era también muy simpático, pero ahora está totalmente anquilosado y habla muy raro.

A veces la abuela empieza a llorar, porque el abuelo dice cosas muy extrañas. Siempre habla solo y en mi última visita me preguntó quién era y cómo me llamaba.

-¡Pero si es Érika! ¡Mi Érika! -sollozó la abuela.

El abuelo oye muy mal.

-¡Ah, sí, sí, sí! ¡Érika! -dijo el abuelo- ¿Y quién es la niña? ¿Cómo se llama la niña?

Después del colegio, todos los jueves, voy a donde el abuelo y la abuela. Antes Ilse me acompañaba. Hasta hace un año. Hasta que el abuelo se puso así y comenzó a decir cosas raras.

Desde entonces Ilse no volvió de visita. En casa de la abuela siempre hay olores, aseguró Ilse. Dice que huele a repollo y a papas hervidas. Yo no tengo nada en contra de esos olores. Además, el olor viene de la señora Huber, la vecina de la abuela y no del repollo y de las papas. La cocina de la abuela queda detrás de la puerta de los Huber. Y la cocina de los Huber queda exactamente detrás de la puerta de la abuela. En el edificio de la abuela las cocinas no tienen ventanas. Sólo una puerta con pedacitos de vidrio ahumado que da hacia el corredor. En la parte superior hay ranuras de ventilación. El olor a papa hervida y repollo viene de las ranuras de ventilación de la señora Huber y se filtra por las ranuras de ventilación de la abuela. La abuela no puede hacer nada en contra de ese olor.

-¡Los padres de mi ex esposo viven espantosamente! ¡ES-PAN-TO-SA-MEN-TE! ¡Es increíble que

hoy por hoy sea posible algo así! -le dijo mamá recientemente a alguien que estaba de visita. Y luego describió cómo se ve la cocina y el cuarto de la abuela y del abuelo. Dijo que ellos no tenían agua corriente, sino que se lavaban en una palangana plástica. Que una enorme cama matrimonial y cuatro armarios, llenos de cachivaches, llenan el cuarto y que debajo de la cama hay cientos de cajas viejas y baúles.

-¡Imagínense! -dijo- Y en el cuartito lleno de cosas hay también una mesita. ¡La única que tienen! ¡Y sobre ella hay un gran ramo de rosas de plástico color cerdo rosado, puro cerdo rosado!

Ilse estaba sentada junto a ella, cuando mamá contó esto.

Ilse abrió mucho los ojos. Cuando ella se enoja es capaz de mirar como un gato. Claro que mamá no se da cuenta cuando Ilse tiene mirada de gato. Se volvió hacia Ilse y preguntó:

-¿Todavía tienen rosas de plástico?

-¡Pues ve hasta allá y averígualo, si es que tanto te interesa! -gruñó Ilse. Se levantó y se fue de la habitación.

Mamá la miró asombrada y le dijo a la visita que las niñas en determinada edad son siempre muy difíciles.

Entonces mamá quiso hacerme la misma pregunta. Yo le hubiera dicho que la abuela había cambiado las rosas de plástico por tres plantas de espuela de caballero, pero antes de que pudiera responder, Kurt gritó:

-¡Maldita sea, Lotte! ¡Deja de preguntar esas cosas!

Entonces mamá cambió de tema rápidamente. Me fui a nuestra habitación. Ilse estaba sentada en el escritorio pintándose las uñas de un color verde seco. Temblaba de rabia y se pintaba la piel.

Dijo que mamá era insoportable, que no podía dominarse. Ilse se queda sin aire de la rabia cada vez que mamá habla así.

-¡El espejo italiano de la habitación de mamá-chilló- es tan horroroso como las rosas de plástico de la abuela! Sólo que costó mucho más. Y mamá actúa como si ella fuera mejor, sólo porque se casó con un hombre que tiene seis casas.

Quise tranquilizar a Ilse.

-Tienes razón, pero eso no es motivo para que te alteres de ese modo -le dije.

-Tienes el carácter de un perro carnicero -me gritó Ilse. Y luego empezó a vociferar una cantidad de cosas injustas en mi contra; claro que no estaba enfadada cuando las dijo.

Cuando grita siempre mueve los brazos. Empujó el frasco de esmalte 'verde seco' que, en ese momento, se regó sobre el escritorio. Traté de limpiarlo, pero no pude. Nuestros escritorios son

nuevos. Yo no quería que mamá se enfadara al ver la mancha, entonces busqué disolvente de esmalte y lo regué sobre las manchas pegajosas, pero el disolvente dañó la superficie del escritorio.

-¿Ves? ¡Lo echaste a perder, zopenca! -gritó Ilse.

Nunca he podido sentir verdadera rabia. Ni siquiera cuando alguien me trata injustamente.

-No te exaltes. Le diré a mamá que yo tuve la culpa -le dije.

-Gracias, pero yo no tengo nada que ver con eso-respondió Ilse.

Comprendí que ella no le diría nada a mamá. Entonces le grité:

-¡Pero mamá se va a enfurecer! ¡Se va a enfurecer terriblemente!

-¿Y qué? ¡Pues que se enfurezca! Si las cosas se ponen demasiado mal, ¡me voy!

No comprendí inmediatamente qué era lo que realmente quería decir. Creí que se refería a irse del cuarto, o al baño. Es lo que suelo hacer cuando mamá pelea demasiado conmigo.

-¡Estoy hasta la coronilla! -dijo Ilse-. ¡Me pone los nervios de punta! ¡Me enfurece tanto, que podría gritar y gritar! -tomé un trapo mojado de la cocina y limpié el escritorio. Quedó bien. Entonces le pregunté a Ilse:

-¿A dónde quieres irte?

-Existen miles y miles de posibilidades -respondió Ilse.

Pero sonó como si no pudiera nombrar ni una sola.

No volví a preguntarle nada al respecto.

Creo que no empecé como debiera haberlo hecho.

Quiero escribir sobre Ilse, pero primero debo describirla físicamente. Esto es algo importante.

Ilse es bonita. No linda, pero sí graciosa, querida, o como se diga. Es bonita. Desde arriba, desde la punta del cabello, hasta las uñas pintadas de los pies; no tiene nada feo.

Tiene mucho, mucho pelo. Es castaño oscuro, muy liso, y le cae sobre los hombros. Hasta ahora no le ha salido ni un barro, ni un grano, ni una espinilla. Tiene ojos grises con manchitas verdes y una nariz muy pequeña. Aunque es muy delgada tiene un busto más o menos grande. De cintura sólo mide 46 centímetros. Su maestro de pintura ha dicho que tiene el típico corte griego.

Podría continuar describiendo el aspecto de mi hermana y llenando páginas y páginas. Podría hablar de sus dientes blancos y de sus largas pestañas. Y de sus piernas. Hans dice que son «piernas ensoñadoras». A pesar de todo, faltaría lo más importante: Ilse tiene algo que las demás no tienen. Es

algo que siempre me ha llamado la atención. A la hora del recreo, cuando paso por su salón, veo a treinta niñas iguales que van y vienen. Unas lindas, otras medio bonitas y otras feas. Entonces miro a Ilse. Ella es muy distinta. Herta, una niña de su clase, también es muy bonita, pero cuando Herta se pone un suéter barato y desteñido, se nota mucho. En cambio, cuando mi hermana se pone un suéter barato y desteñido, no se nota.

El suéter más raído se ve en Ilse como el suéter más costoso y de la *boutique* más fina.

¡Ya lo tengo!

Ilse es como de propaganda. Por supuesto no de una propaganda de detergente o de pastas al huevo.

Es como una modelo de esas propagandas modernas de «autos rápidos para jóvenes».

Es una chica Coca-Cola, Martini, Jet-Set. Sólo externamente, por supuesto.

Ilse no era tan linda.

Cuando todavía vivíamos con la abuela, íbamos todos los días al mercado. La abuela hace todas sus compras en el mercado. Va de puesto en puesto. Lo mira y lo toca todo y se fija en el precio de las verduras, las naranjas y los pepinos. Luego vuelve al puesto más barato y compra todo allí. El puesto más barato le pertenece a la señora Kratochwil. La abuela ya debiera saber que la señora Kratochwil siempre tiene lo más barato; lleva cuarenta años comprándole a ella, pero la abuela piensa que una buena ama de casa debe pasar revista por todos los puestos.

Cuando íbamos al mercado con la abuela, la gente solía decirle a Ilse:

-¿Por qué miras tan tenebrosamente?

A mí me decían que miraba graciosa y amigablemente. El portero del edificio de la abuela dijo una vez:

-Si Ilse no mirara a la gente de esa forma, como si estuviera enfadada, y sonriera, sería una niña bonita.

Pero Ilse casi nunca sonreía. O por lo menos no me acuerdo.

Me acuerdo que siempre hacía letras.

Se sentaba a la mesita de las rosas de plástico y hacía letras durante largo tiempo.

El abuelo la regañaba y le decía que se le dañarían los ojos si no dejaba de hacer eso.

En aquella época estaba en segundo año y en un colegio nuevo. Porque en verano, luego de la separación, nos mudamos con la abuela y ella vivía muy lejos de nuestra antigua casa. En el nuevo colegio la nueva maestra quería una caligrafía diferente. Por eso Ilse siempre hacía letras.

Pero de nada le sirvió. Dos años después nos fuimos a vivir con Kurt y la otra maestra le hizo

cambiar de caligrafía nuevamente.

Tal vez por eso Ilse tiene letra como de libro de escritura, pareja y regular. Una verdadera letra de álbum.

-Sus cuadernos son un encanto -le dijo la directora de curso a mamá un día.

Claro que en los últimos tiempos los cuadernos de Ilse no debieron ser un encanto para la maestra. Ayer ordené el escritorio de Ilse. No porque sea una fanática de la limpieza, sino porque quería tener cosas de ella en las manos. A menudo es mejor tener cosas que no tener nada.

Entonces ordené el escritorio de Ilse y vi sus cuadernos; quedé desilusionada. En cada cuaderno había máximo una página escrita. El cuaderno de matemáticas y el de latín estaban totalmente en blanco.

¡No lo entiendo! Todas las tardes se sentaba al escritorio. A veces horas enteras. Muchas veces hasta la noche.

Cuando yo ya estaba en la cama, y quería hablar con ella, me decía:

-¡Cállate! Tengo que estudiar; cierra la boca. Me molestas cuando estudio.

En el escritorio encontré tres cuadernos pequeños de notas y cuatro grandes. Estaban llenos de líneas entrelazadas y en zig zag, y un par de páginas totalmente llenas de cuadritos verdes y rojos.

¡No lo entiendo! Ilse debió de haber pasado horas enteras sentada pintando mamarrachos y puntos y cuadritos. Yo prefiero hacer mis tareas que sentarme a hacer garabatos. O sencillamente no hacer nada y dedicarme a escuchar mis discos.

También encontré un diario de pasta azul oscura.

Tenía una cerradura dorada en la cubierta. La cerradura estaba atravesada por cuatro lápices que la aseguraban. Saqué los lápices, pues obstruían la cerradura, pero no había nada en el diario. Ni mamarrachos, ni garabatos, ni un solo cuadrito.

Encima de la mesa, debajo del cartapacio, había un papelito. ¡WOLFGANG, TE DESEO! ¿ES QUE ACASO NO LO SABES?, decía el papelito.

El papelito era muy viejo. Por lo menos tenía dos años pues estaba escrito con tinta verde. Ilse no escribe con tinta verde desde hace tiempo.

Cuando leí eso de WOLFGANG y de TE DESEO sentí algo muy raro en el estómago.

Primero, porque había leído algo que no me incumbía, y porque a Ilse le habría dado un gran ataque de ira si hubiera sabido que yo lo había leído, y también porque desear es algo muy extraño. Yo no quiero que mi hermana desee. No sé a qué Wolfgang se refería. Hay muchos Wolfgangs. Puedo pensar en por lo menos ocho. Y yo estaba enfadada con los ocho, porque mi hermana deseaba a

alguno de ellos. También estaba triste, porque tampoco sabía nada del deseo.

Traté de recordar qué había pasado dos años antes, y si había habido algún Wolfgang entre los amigos de Ilse. Pero me fue imposible. De todas maneras, no creo que hubiera tenido tiempo para un Wolfgang.

Todos los jueves visitábamos a la abuela y al abuelo. Todos los sábados nos encontrábamos con papá. Los miércoles les hacíamos la visita obligatoria a los padres de mamá. (Cuando mamá no estaba peleada con ellos).

Y en la tarde del lunes debíamos quedarnos en casa, pues venían la abuela y el abuelo.

Y el domingo era, como todavía lo es, el día familiar. Entonces mamá insiste en que debemos ir todos a algún sitio. Nadie se puede escapar. Ni siquiera cuando hay que estudiar para un examen puede uno quedarse en casa.

Hace dos años teníamos que estar en casa a las siete en punto.

Si alguien llegaba a las siete y cuarto, a mamá le daba un ataque.

Para un Wolfgang no puede haber mucho tiempo de sobra. Para DESEAR, por supuesto que sí.

Pero, tal vez, fue ese Wolfgang quien le regaló el hámster.

Mamá está en contra de los animales, y Kurt también.

Desde que tengo uso de razón quiero tener un gato. Un gato bien negro. Pero mamá es terca. Ocurrió hace más o menos dos años. En invierno. Debió de haber sido en invierno, porque ya estaba bastante oscuro cuando Ilse regresó de su entrenamiento por la tarde.

Tocó a la puerta y yo abrí. Tenía una cajita de cartón en las manos y la apretaba contra el estómago.

Mamá estaba en el corredor hablando por teléfono con una amiga y miraba intrigada a Ilse y a la caja.

Ilse estaba junto al guardarropa; abrazó la cajita y no se quitó el abrigo.

Mamá dejó de hablar y preguntó:

-¿Qué es lo que tienes en esa caja?

Ilse no respondió. Mamá se acercó a Ilse y miró la caja detenidamente.

-¿Estás loca? -gritó.

Ilse miraba fijamente a mamá y no respondía.

-¿Dónde conseguiste ese animal? -la voz de mamá era chillona.

Mamá dijo otras cosas y empezó a gritar.

Ilse tan sólo miraba fijamente. No decía nada. Entonces Kurt salió de la habitación y Oliver y Tatiana salieron del cuarto de los niños. En ese entonces Tatiana era todavía muy pequeña. Quería ver

qué había en la cajita y tiraba del abrigo de Ilse.

-¡Mirar, mirar, mirar! -aullaba Tatiana. Ilse no la dejaba mirar.

Yo quería sacar al hámster de su cajita y acariciarlo. Ilse dio un paso hacia atrás. Me di cuenta de que tampoco a mí me dejaría tocarlo.

Oliver era lo suficientemente grande como para mirar dentro de la caja.

-¡Yo también quiero un hámster! ¡Yo también quiero uno! -gritó.

-Devuelve ese animal inmediatamente, pero ¡ya! -aulló mamá.

-Podríamos probar por algunos días -le dijo Kurt muy bajito a mamá. Oliver y Tatiana lo escucharon.

-¡Nos quedaremos con el hámster! -gritó Oliver.

Mamá miró primero a Kurt muy enfadada; luego sollozó y dijo:

-Bueno, pues si tú quieres... -y se fue a la cocina.

Kurt se fue detrás de ella y se disculpó.

-Fue una propuesta solamente -dijo-. Todavía podemos devolverlo.

Mamá contestó:

-¡Probar! ¡Qué tontería! ¡Después de que esté en casa ya no lo querrán devolver!

Entonces volvió a sollozar y dijo:

-¡Ahora tendré que soportar ese horroroso animal! ¿Quién va a limpiar su porquería? ¿Quién le va a dar de comer? ¡Yo lo sé! Yo también tuve un hámster cuando niña, y ¿quién debió ocuparse de él? ¡Pues mamá!

Pero mamá se equivocó. Ilse cuidó del hámster. De su mesada le compró una jaula y comida con tres vitaminas. Limpiaba todos los días su casita. Tenía el animalito horas enteras en su cuarto y lo acariciaba.

Aparte de ella, yo era la única que podía tocarlo. Mamá y Kurt no querían saber nada de él. Oliver y Tatiana estaban ansiosos por tocarlo. Algo muy normal. Pero Ilse no se los permitía. Ponía la jaula del hámster en la parte superior del armario cada vez que salía, y cuando estaba en casa y Oliver y Tatiana entraban en nuestro cuarto porque querían jugar con el hámster, decía:

-Vamos, vamos, ¡desaparezcan!

Cuando Ilse no estaba, yo le permitía a Oliver jugar con el hámster tranquilamente. No entendía cómo podría herir al animalito. Un hámster así, me dije, no tiene ninguna preferencia personal. Le da lo mismo que lo acaricie una persona u otra. Creo que mamá lo bajó del armario un día, mientras estábamos en el colegio.

En el cuarto de Oliver y Tatiana encontré una vez aserrín en el piso y otra vez un pedacito de zanahoria mordisqueada.

El hámster estuvo un año en casa. Y luego sucedió:

Ilse se estaba lavando el pelo. Yo secaba la loza en la cocina. La puerta de nuestra habitación estaba abierta, y la jaula del hámster se encontraba encima del escritorio.

Tatiana entró en nuestra habitación. Trepó sobre la silla y de ahí a la mesa. Tomó el hámster y lo sacó de la jaula.

Quizá lo apretó demasiado o lo agarró mal. Ella tenía tres años de edad. En todo caso Angelika (así se llamaba el hémster) se sintió amenazada. Primero chilló muy duro. Entonces Tatiana gritó desesperadamente y el hámster la mordió en el dedo que pronto comenzó a sangrar.

Ilse escuchó los chillidos del hámster y salió corriendo del baño con la cabeza empapada.

Mamá oyó los quejidos de Tatiana y salió corriendo de la habitación. Y detrás de ellas salí yo de la cocina. Tatiana estaba sobre la mesa. Tenía el dedo ensangrentado en alto, y lloraba. El hámster yacía en el piso, inmóvil, y de su nariz salía más sangre que del dedo de Tatiana.

Ilse alzó al hámster. Estaba muerto. Su cabeza debió chocar contra el pestillo de la puerta cuando Tatiana lo soltó del susto.

Ilse se fue con el animalito a la cama.

Lo puso sobre la colcha. Primero parecía como si quisiera llorar, como si quisiera sentarse, pero ni se sentó, ni lloró.

Mamá se sentó en el asiento del escritorio de Ilse.

Tenía a Tatiana sobre el regazo y soplaba sobre el dedo ensangrentado murmurando:

-¡No es nada grave! Ya no duele. Ya va a pasar. De repente Ilse saltó sobre mamá, le arrancó a Tatiana de los brazos y gritó:

-¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar!

Fue terrible.

Tatiana gimoteaba. Ilse la tomó de un brazo y mamá del otro.

-¡Deja a la niña inmediatamente! -gritó mamá.

-¡La voy a matar! -gritó Ilse de nuevo.

Entonces mamá soltó a Tatiana y empezó a jalar a Ilse y a pegarle. Ilse pateaba como un animal salvaje y le rompió la media a mamá, haciéndole sangrar la espinilla.

Entonces, al fin, Ilse dejó ir a Tatiana, quien salió corriendo y sollozando de la habitación.

Mamá seguía golpeando a Ilse, mientras le gritaba:

-¡Has perdido la razón! ¡Has perdido el entendimiento completamente! ¿Quieres matar a tu hermana por un animalucho tonto?

Mamá le tiraba el pelo a Ilse.

Al final la arrojó sobre la cama, encima del cadáver de Angelika, y salió de la habitación.

Las manos de Ilse temblaban y gemía como si le doliera el corazón. Se quedó una hora entera en la cama con la cabeza mojada, llorando sobre el hámster muerto. No sé cómo hubiera podido consolarla. Después de una hora se levantó.

Tomó un pliego de papel café y envolvió al hámster con cuidado. Después me entregó el envoltorio y dijo suavemente:

-Llévalo abajo, ¡a la basura!

-Podríamos enterrarlo en el jardín del abuelo -propuse.

Ilse negó con la cabeza.

-¡Llévalo abajo!

Tomé el paquetito, bajé al sótano y tiré a Angelika en el bote de la basura.

Esa noche Kurt vino a nuestro cuarto. Parecía inerte. Le preguntó a Ilse si quería que le comprara otro hámster. Ilse lo miró fijamente y dijo:

-¡Cómprale uno a tus hijos!

Kurt pareció todavía más inerte. Dos veces abrió la boca y dos veces la cerró. Quería decir algo, pero no pudo y salió de la habitación.

Yo le dije a Ilse que había sido muy injusta con Kurt, que él no podía hacer nada al respecto. Entonces me miró:

-¿Será que le tienes lástima? ¿Será que lo quieres?

-No me molesta -le respondí. Yo no quería pelear con Ilse-. Él no me hace nada, ni a ti tampoco -agregué, porque quería defender a Kurt de alguna manera.

-¡Sus niños me molestan por sobre todas las cosas! -gritó Ilse. Yo le recordé que ellos no sólo eran los niños de Kurt, sino también los de mamá, y que por eso eran también nuestros hermanos. Ilse rectificó.

-¡No, por Dios! Ellos no son mis hermanos. ¡Los considero tan hermanos como a los hijos de papá! O, acaso, ¿los monos son también tus hermanos?

«Los monos» eran los nuevos niños de papá. Yo negué con la cabeza. Yo tampoco soportaba a los monos.

-Ah, ¿entonces? -dijo triunfante Ilse.

-Oliver es un amor -dije.

-Bueno, ¿y a mí qué me importa? -preguntó Ilse.

-Nada, absolutamente nada -le respondí, porque realmente no quería pelear con Ilse y porque ella me daba lástima.

Cuando alguien le ha matado a uno el hámster más querido, no es posible pretender que el asesino nos parezca querido y amoroso.

Aunque Ilse hablaba a menudo de lo poco que se aguantaba a Tatiana y a Oliver, no me parecía que fuera sincera. Con frecuencia Oliver me mostraba gomas de mascar o barras de chocolate y hasta autos de juguete que Ilse le había dado de regalo. Y en los paseos sucedía igual:

Cada semana Ilse debía llevar a pasear a Oliver y a Tatiana. Ilse hablaba horrores; decía que prefería salir con siete perritos falderos a salir con las dos bestias. Pero varias veces la vi en el parque jugando muy amigablemente con ellos en la arena. Sin embargo, apenas me veía, me gritaba:

-¡Bueno! ¡Ya he jugado suficiente con estos enanos venenosos! ¡Llévalos a casa!

Desde hace más o menos dos meses Ilse empezó a decir que se iba a encontrar con Amrei.

Tres o cuatro veces por semana me hablaba de ella.

Decía que estaba muy contenta de haberse reconciliado con Amrei porque ella era mucho más madura y graciosa que todas las demás vacas estúpidas de su clase.

Amrei fue alguna vez amiga de Ilse, cuando Ilse estaba en su antiguo colegio.

Ahora Amrei entró en un colegio de monjas. Algo así como un Sagrado Corazón de Nuestra Señora de Sion. Un colegio con muchos empleados y mucha religión.

Ilse me contó que se encontró coincidentalmente con ella. Primero no sabía de qué hablar, pero después fueron a un café y comieron helado de vainilla; fue entonces cuando Ilse se dio cuenta de lo simpática y agradable que Amrei seguía siendo.

Ilse me advirtió que no le dijera nada a mamá acerca de su encuentro con Amrei, sencillamente porque mamá no se resistía a Amrei.

-Claro que no -le dije a Ilse-. Eso sucedió hace tiempo. Mamá no se puede acordar tan bien de Amrei.

-Sí, sí -aseguró Ilse-. Hace poquito mamá dijo que Amrei era el ganso más estúpido con el que se había topado.

Por supuesto le juré a Ilse que no diría ni una palabra sobre ella ni sobre Amrei ni tampoco sobre

sus encuentros.

Ilse me hablaba de Amrei con frecuencia. De cómo había estado con ella en un café y habían comido helado e ido al cine.

Recientemente me sorprendió el hecho de que Ilse mantuviera a Amrei en secreto. Le pregunté por qué Amrei nunca la recogía, pero no me puedo acordar cuál fue su respuesta.

Y luego, hace ya tres semanas, sucedió algo terrible en casa.

Fue un sábado. Ilse dijo que se iba al cine con muchos amigos; que casi toda la clase iba y que a las diez regresarían.

Mamá le ofreció ir a recoger en el auto, pero Ilse le explicó que no era necesario. El papá de Evi las llevaría y las dejaría de vuelta en casa.

Ilse no llegó a las diez. Y eran un cuarto para las once y luego las once e Ilse no llegaba todavía a casa.

Mamá llamó a los padres de Evi. Ya dormían y estaban un poco sobresaltados. La mamá de Evi dijo que no sabía nada de ningún cine y que Evi ya estaba acostada hacía rato.

Mamá se disculpó y dijo que todo era un malentendido. Entonces mamá y Kurt se sentaron en el comedor. Hablaban poco. Cada diez minutos comentaban la hora. Y Kurt dijo un par de veces:

-¡Así no funciona! ¡Así no funciona de ninguna forma!

-No podemos permitirle esto -murmuró mamá-. Si la dejamos ir más lejos, entonces ya será demasiado tarde.

Me fui a acostar. La puerta de mi habitación estaba apenas ajustada y podía escuchar todo. Traté de quedarme despierta, pero luego me dormí.

Cuando desperté de nuevo, oí la voz de Ilse desde el comedor. Era casi un cuarto para la una. Me levanté de la cama y fui hasta la puerta del comedor. Ilse debía acabar de llegar.

Contaba lo bien que les había ido en el cine y que el papá de Evi era un hombre especialmente encantador. Después del teatro había invitado a la clase entera a un restaurante muy elegante.

-¡Qué hermoso gesto! -dijo mamá.

-Definitivamente, es muy amable -dijo Kurt.

Luego Ilse contó lo que ella, Evi, Herta y los demás habían comido. Mamá y Kurt decían «Ajá, ajá», claro, muy interesante, una y otra vez.

Yo estaba un poco adormecida, pero a pesar de eso me di cuenta de que cada vez sería peor si Ilse seguía hablando del restaurante; de la comida y del padre de Evi.

Entré en el comedor.

-¡Érika, vete a la cama ya! -gritó mamá.

En ese momento Ilse dijo:

-Y luego el padre de Evi buscó taxis para todos, pero fue imposible.

-¡Qué calamidad! -dijo mamá sarcásticamente.

Ilse se dio cuenta de la ironía.

Me pareció un descaro por parte de mamá, y dije:

-Ilse, mamá llamó al padre de Evi. Él ya se había acostado.

Mamá me miró furiosa y me dijo:

-¡Desaparece inmediatamente!

Kurt dijo:

-¡Érika, vete de aquí!

Mamá estaba furiosa porque yo había estropeado la escena que ella había planeado.

Ella habría dejado terminar a Ilse y luego habría dicho lenta y cínicamente:

«¿Y entonces por qué el cariñoso y queridísimo padre de Evi ya está acostado y no sabe nada de nada?»

Ahora ya no lo podía decir. Por eso me miró furiosa. Salí del comedor, pero me quedé parada detrás de la puerta. Quería saber qué más iba a suceder.

Ilse no dejó que se le notara nada. La niña linda, Coca-Cola, Jet-set, autos veloces, sentada en una enorme silla de cuero, preguntó muy asombrada:

-¿Cómo así? ¡Si el padre de Evi nos recogió! Entonces Kurt saltó y gritó que ella no debía tomarlo por tonto.

-¿Quieres que llame al padre de Evi?

-¡Por favor! ¡Por mí, llámalo! -gritó Ilse.

Mamá gritó que no estaba tan loca como para llamar a un hombre dormido a un cuarto para las dos y despertarlo en la mitad de la noche.

-Fue idea tuya, no mía -dijo Ilse.

Kurt le dijo a Ilse que no debía ser tan descarada con su esposa. Realmente dijo «mi esposa».

Y de repente me quedé sin aire. Ilse tosió y dijo:

-Kurt, eso a ti no te importa. Yo a ti no te tengo que rendir cuentas. Sólo te casaste con mi madre. ¡No tienes ningún derecho sobre mí!

Sonó una palmada. Mamá le dio una bofetada a Ilse y luego Kurt salió del comedor.

-¡Kurt! -gritó mamá-. ¡Ven aquí! ¡Ilse debe pedirte excusas!

Pero Kurt no volvió. Se fue a su habitación y dio un portazo tras él. Seguro que el portero se despertó. Si es que no estaba ya despierto por la gritería. Luego escuché cómo mamá le exigía una disculpa a Ilse y la amenazaba con todos los castigos posibles e imposibles si no se disculpaba inmediatamente.

Ilse no se disculpó. Salió del comedor.

-¡Primero me muerdo la lengua! -me dijo llorando y cerrando los puños. Crispaba las manos y después vi las huellas de las uñas en sus palmas.

En nuestra habitación, mientras se desvestía y se metía a la cama, murmuraba ininterrumpidamente:

-¡No lo soporto más! ¡No lo soporto más!

-¿Dónde estabas en realidad? -le pregunté.

Le repetí la pregunta tres veces hasta que al fin respondió:

- Estaba con Amrei en un bar.

Y luego dijo:

- Buenas noches. Me quiero dormir.

Me metí en la cama. Todo estaba muy oscuro. Oía la respiración de Ilse. Estoy segura de que no dormía. Su respiración era irregular.

-¿Qué se hace en un bar? -pregunté-. ¿Pueden ir allí dos niñas solas?

La cama de Ilse sonó. Tal vez se volteó hacia la pared.

El día siguiente era domingo. Me desperté porque Oliver jalaba mi colcha y tiraba de mi almohada.

-Despiértate -dijo.

-¿Qué horas son? -pregunté.

-Ya se acabaron los dibujos animados.

Con eso quiso decir que ya habían pasado las diez, pues los dibujos animados en la televisión acababan a las diez. Oliver no sabe leer la hora todavía.

Me senté en la cama. Por las mañanas siempre estoy muy dormida. Al principio no me acordaba de lo que había pasado durante la noche y tampoco pensé que fuera domingo. Miré por la ventana; el sol brillaba. Vi a la pelirroja gorda de la casa del frente sacudiendo las mantas y los cojines por la ventana.

Eso lo hace todos los domingos. Miré hacia la cama de Ilse. Dormía todavía. Las cejas le sobresalían por encima de la manta. Tenía las uñas pintadas de esmalte amarillo yema de huevo.

Los domingos mamá siempre nos despierta a un cuarto para las nueve, para que no se haga tarde para la excursión.

-¿No hay excursión hoy? -le pregunté a Oliver en voz baja.

Oliver negó con la cabeza.

-¿Duermen todos todavía?

Oliver negó de nuevo.

-¿Por qué no hay excursión?

Oliver alzó los hombros.

-No sé. Papá se fue en el auto muy temprano. Estaba todavía oscuro.

-¿Y mamá?

-¡Está furiosa!

-¿Por qué? ¿Con quién?

Oliver alzó los hombros nuevamente.

- Porque sí -dijo luego.

Me levanté y fui a la cocina con Oliver.

Mamá estaba sentada a la mesa y leía una revista vieja.

-¿Y mi desayuno?

-¡Prepáralo tú misma!

Que mamá se niegue a hacer el desayuno es razón para alarmarse. Cuando mamá no hace el desayuno es porque está furiosa.

Tomé la jarra de la leche del refrigerador.

-¡No le pegues tan fuerte a la puerta!

Eché la leche en la jarra. Dos goticas cayeron al piso.

Mamá miró por encima de la revista:

-¿Tienes que regarlo siempre todo?

Tomé una toalla y sequé las gotas de leche.

-¿Estás loca? ¡Esa es la toalla de secar los platos! -gritó mamá.

-¿Quieres leche achocolatada? -le pregunté a Oliver.

Oliver dijo:

-Yo ya desayuné. Mamá me preparó el desayuno. Y a Tatiana también.

-Todavía son muy pequeños como para prepararse el desayuno, ¿o no? -dijo mamá.

No contesté nada. Entonces mamá se levantó, cerró la revista y me untó dos panes con mantequilla y mermelada. Untó demasiada mantequilla, demasiada, pero yo no dije nada.

-Quiero ir de paseo. ¡Vamos al parque! -gritó Oliver.

-¡Cierra la boca! -gritó mamá.

Tatiana entró en la cocina. Tenía el pijama puesto. En la parte superior tenía una enorme mancha de leche achocolatada.

-Se regó en la cama -dijo, y agregó-: La taza está nadando en la cama.

-¡Ustedes me desesperan! -mamá salió de la cocina y tiró la puerta.

Yo me quedé allí. Podría oír a mamá en el ático, golpeando las puertas de los armarios y hablando consigo misma. Tal vez buscaba una sábana limpia para la cama de Tatiana. Yo quería hojear la revista vieja, pero Oliver y Tatiana no me dejaban en paz. Tatiana quería construir casitas y Oliver quería boxear. Entonces yo también les dije:

-¡Ustedes me desesperan! -y salí de la cocina golpeando la puerta.

Kurt regresó por la tarde. Le trajo a mamá un ramo de flores y ella quedó conmovida.

Kurt intentó hablar con Ilse. Le dijo que era mejor que dijera dónde había estado. Le dijo que no vivía con ogros y que él era comprensivo.

-Amén -respondió Ilse. A Tatiana le gustó eso y durante toda la tarde se pasó gritando:

-¡Amén! ¡Amén!

Mamá no le dijo absolutamente nada a Ilse.

-¡Si no se puede por las buenas, entonces será de otra forma! -gritó.

Dijo que ahora Ilse no podía ir a ninguna parte y que después del colegio tendría que venir directamente a casa.

Le dijo que no recibiría mesada ni vestidos nuevos. Ilse se acostó en la cama a leer el periódico. Mamá habló tan fuerte que con toda seguridad oyó cada palabra.

-No le hace falta nada. ¡Es eso! -gritó mamá y entró furiosa en el baño. Sacudió el armario del espejo.

-¡Mira, tiene de todo! -y tiró todos los maquillajes de Ilse.

El delineador se hizo pedazos sobre el baldosín. El colorete voló a la bañera y el dentífrico al lavamanos.

Oliver y Tatiana miraban asustados. Luego llegó Kurt y le rogó a mamá que se calmara. Mamá se mordió el labio inferior, moviendo un poco la cabeza y las manos; luego tomó un cepillo, se peinó y me dijo:

-Arregla eso, por favor -y salió del baño.

Kurt me ayudó a ordenar todo, pero no fue tan fácil. Uno no se alcanza a imaginar cuánto líquido negro hay en un tarrito de delineador para ojos. Limpiamos y limpiamos, pero la baldosa se ponía

cada vez más negra. Y como Tatiana y Oliver no salían del baño y pisaban el líquido negro, muy pronto se volvieron negras la bañera, las paredes y la toalla. Oliver agarró a Kurt por el brazo con su mano negra, y la camisa blanca de Kurt quedó con una mancha enorme. Entonces gritó:

-¡Qué porquería! ¿A mí qué me importa esto? ¡Que lo limpie ella!

Salió del baño y fue dejando por el corredor huellas negras que todavía se ven. No sé a quién se refería con lo de «que lo limpie ella», si a mamá o a Ilse.

De todas maneras yo limpié y lavé el baño durante una hora más.

Ilse estuvo acostada en su cama toda la tarde leyendo revistas e historietas viejas de Mickey Mouse.

No quería hablar conmigo. Cada dos minutos miraba la hora. Estaba un poco nerviosa. Eso lo noté porque se estaba mordiendo la piel alrededor de las uñas. Antes se comía las uñas, pero desde que se las pinta, se come la piel.

Sonó el teléfono. Mamá contestó. Preguntó por lo menos cinco veces quién era, pero nadie contestó.

Una hora más tarde sonó el teléfono nuevamente, y yo contesté. Era una voz masculina. Mamá estaba al otro lado del comedor.

-¿Quién es? -me preguntó.

-¡Ilse! ¡Para ti! -grité.

Mamá vino hacia mí y me quitó el auricular de la mano.

-¿Quién habla, por favor? ¿Quién habla? Conteste, por favor.

Tal vez yo tampoco hubiera contestado si una voz como la de mamá me hubiera hablado.

Mamá colgó el auricular.

-¡No hablan! -gritó. Y luego quiso saber si era una voz masculina o femenina.

Yo no sabía qué responder. Vi a Ilse a través de la puerta. Estaba en la mitad de la habitación. Había saltado de la cama cuando le dije que la llamaban. Me miraba fijamente.

-Una voz femenina, la voz de una niña -expliqué.

-¿Estás segura?

-No se oía muy bien, pero creo que era Uli.

Ilse continuaba mirándome fijamente. Me pareció como si quisiera decir: «Sí, bien hecho, hermana, continúa».

Yo afirmé.

-Con toda seguridad era Uli.

Ilse entró en el comedor.

-Íbamos a estudiar matemáticas juntas -dijo-. La próxima semana tenemos examen.

Ilse no me dijo eso a mí, ni a mamá, sino a la pared. Luego dijo:

-Debo ir a su casa.

-¡Tú te quedas aquí! -gritó mamá.

-Pero yo se lo prometí y, si no voy, ¡sacaré un uno en matemáticas! -reviró Ilse.

Mamá empezó a reírse cínicamente.

-Se lo prometiste... -dijo.

Y luego dijo que Ilse debería preocuparse más por las promesas y deberes con su propia familia.

-¿Cuáles deberes son éstos? ¿Y a quién te refieres cuando dices «propia familia»? -preguntó Use tan cínicamente como lo había hecho antes mamá.

Mamá se puso pálida. Abrió y cerró la boca un par de veces, pero no le salió ni una palabra de la boca. Entonces dio la vuelta y se fue a la cocina. En la puerta de la cocina se volvió y dijo:

-Durante las próximas horas podrás pensar en las obligaciones que tienes y en quién es tu familia.

Mamá e Ilse se miraron fijamente y de repente me di cuenta de cuánto se parecían.

Mamá se veía como una Ilse vieja. Nunca antes me había percatado de ello. Aún más, tenía la misma mirada de gato de Ilse cuando dijo:

-Ten en cuenta esto: Desde ahora no volverás a salir. ¡Y si es necesario yo misma te llevaré al colegio y yo misma te recogeré! ¡No te vas a burlar de mí! ¡Eso te lo garantizo!

Yo conozco a mi hermana y noté que algo iba a ocurrir.

Sabía que no se iba a poder controlar más. O empezaba a gritar o rompía algo. Tenía miedo; ¡tal vez le haría algo a mamá!

Pero Ilse hizo algo muy distinto. Dejó de mirar fijo a mamá. Tomó el teléfono y marcó. Yo estaba junto a ella y vi que marcaba el 4, 6, 4, 6 que son las primeras cifras del teléfono de papá.

Al parecer la esposa de papá contestó el teléfono, pues Ilse dijo:

-¿Puedo hablar con papá, por favor?

Luego tembló y su voz también.

-Habla Ilse.

-¡Eso es el colmo! -gritó mamá.

Quiso arrancarle a Ilse el teléfono de las manos, pero ella agarró fuertemente la bocina. No se la dejaba quitar. Tres veces dijo:

-Papá, por favor, papá, ya ... -y luego perdió la lucha por el teléfono.

Mamá tenía el teléfono en una mano y con la otra sujetaba a Ilse.

-¡No te atrevas! -chilló y por el teléfono dijo:- No, no, discúlpame. ¡No es contigo!

Y luego le explicó que estaba disgustada con Ilse por haberse portado mal y que ella pensaba solucionarlo todo pidiéndole ayuda a su papá. Luego añadió:

-No voy a permitir que te inmiscuyas en la educación de mis hijos.

Lo que papá dijo no se escuchó, pero debió de ser algo que no le gustó a mamá porque gritó:

-¡Claro ! ¡Ésa es una respuesta típicamente tuya!

Entonces papá habló de nuevo y mamá se apresuró a decir:

-¡Ridículo! -y de pronto gritó en tono muy agudo-: Comprensión, sí. ¡Tal vez tú puedas comprender esto! ¡Tú sí! ¡Pero entonces carga con la responsabilidad!

Entonces mamá se empezó a lamentar, a decir que Ilse había llegado a las dos de la mañana y que además había dicho mentiras descaradamente y que hasta el momento no había querido decir la verdad.

Entonces se calló, asintió un par de veces y luego, satisfecha, le pasó el teléfono a Ilse:

-Por favor, habla con tu papá.

Ilse tomó el teléfono. No dijo nada. Oí la voz de papá, pero habló tan rápido que no le entendí nada.

Ilse sólo tuvo el auricular un par de segundos.

Luego lo dejó caer, pero mamá lo tomó antes de que cayera al piso. Ilse se fue a nuestra alcoba con pasos fuertes. Se tiró en la cama y comenzó a llorar muy fuerte.

-¡Está loca! -dijo mamá.

Fui a donde Ilse y me senté en el borde de la cama.

-¿Qué te dijo? -le pregunté suavemente.

Al principio no le pude entender nada porque sollozaba mientras hablaba. Al fin entendí. Papá le había dicho que él no se podía entrometer, y que debía ser buena y obedecer a mamá.

-Mamá no es tan mala -le dije, pero no sonó convincente.

Use se levantó.

-Me río de tus buenas intenciones. Aquí nada está bien. Cualquier cosa es mejor que esto.

La semana siguiente fue insoportable. Mamá tenía a Ilse como a un perro amarrado. Como un perro encadenado destinado al trabajo de la casa. Tuvo que lavar los platos, limpiar el polvo y ordenar los armarios. Tuvo que hacer cosas que jamás se habían hecho en la casa, como limpiar los cepillos de los zapatos, por ejemplo. O coser ganchos de la ropa en sus respectivos abrigos y chaquetas. Ilse se veía como un gato furioso, pero lo hacía todo sin protestar, y volvía a casa puntualmente diez minutos después del colegio. Sólo que Ilse no iba al colegio.

En la mañana del lunes, camino al colegio, me dijo:

-Érika, ¿serías tan amorosa de ir a decirle a Stiskal que tengo angina?

Stiskal era la directora de curso de Ilse. Yo no quería ir a donde Stiskal.

Ilse me explicó que tenía que encontrarse por encima de todo con Amrei. Dijo que era importantísimo y urgente y que era un secreto, y que sólo podía ser por la mañana, porque por la tarde mamá no la dejaba salir.

A pesar de eso yo no quería ir a donde Stiskal.

- Bueno, pues entonces me iré de todas maneras.

Adiós -gritó, y se fue corriendo tras el autobús que acababa de partir.

-¡Ilse, espera! -grité, pero no se detuvo. No se volvió ni una sola vez.

Por supuesto que fui donde Stiskal antes de la primera hora y le dije que mi hermana estaba enferma. No quería meterla en problemas.

Aparentemente Ilse esperaba que yo hiciera eso, porque cuando llegó a casa en la tarde, una hora después que yo, preguntó:

-Bueno, ¿y qué dijo Stiskal?

-«Que se recupere pronto» -murmuré.

Ilse no fue al colegio al día siguiente y al siguiente tampoco. No fue en toda la semana.

-La angina dura más de un día -me aclaró.

También dijo que se estaba divirtiendo mucho con Amrei. Les sucedían cosas muy extrañas, cada vez más extraordinarias. Una vez agarraron a un perro fugitivo. Pertenece al dueño de un restaurante y se lo devolvieron. El señor estaba tan contento que le regaló un corazón de oro en una cadena de oro. Ilse tenía el corazón debajo del suéter para que mamá no lo viera.

Toda la semana tuve un miedo terrible de que mamá notara algo, o de que Stiskal llamara a preguntar por la salud de Use.

Incluso tuve pesadillas. Soñé varias veces que me llevaban al salón de los maestros y que me preguntaban en dónde estaba Ilse, y que yo tartamudeaba: «E ... ella tie-ne an ... angina». Pero en ese mismo momento entraba Ilse por la puerta riendo y me señalaba diciendo: «No le crean; ella miente».

El jueves por la tarde oí que mamá y Kurt peleaban en su habitación. Kurt decía que ésa no era la forma como mamá debía tratar a Ilse. Opinaba que llegar tarde a casa sin decir a dónde había ido, no tenía nada que ver con lavar cepillos para zapatos.

Mamá se puso furiosa y le gritó a Kurt que él no tenía ninguna autoridad y que él era culpable de que Ilse se hubiera vuelto así, pues nunca había ocupado el papel de padre.

-¿Estás loca? No me hagas reír. ¿Papel de padre?

Además, ¡Ilse me miró desde el primer día como si quisiera matarme!

-Eso no es cierto; son imaginaciones tuyas -gritó mamá.

-¡Imaginar! ¡Ja! -gritó Kurt-. Yo no me he imaginado nada. ¡Tú no has querido darte cuenta de lo que no te cabe en la cabeza! -y luego mamá empezó a chillar y a llorar.

-¡Tengo que ser responsable de todo! ¡Siempre yo! Yo siempre tengo que estar allí. ¡Es demasiado para mí! Simplemente no lo aguanto! ¡Todos me dicen que lo hago mal! ¡Pero nadie me ayuda!

Fui a nuestra alcoba y le conté a Ilse lo que había oído.

-No me interesa -dijo.

-¿Por qué no? -le pregunté. Estaba decepcionada. Yo pensé que se iba a alegrar de que Kurt estuviera de su lado. Luego Ilse empezó a hablar hasta que me dio dolor de oídos, se me aceleraron los latidos y me dio dolor de estómago de miedo y también de tristeza.

-No, no haré eso. ¡No lo haré! -le dije.

Pero luego Ilse dijo que si yo no le ayudaba, se iba a matar. Dijo que iba a saltar desde el puente del Danubio, o desde la ventana, porque prefería morirse a quedarse aquí.

Duró mucho tiempo convenciéndome para que yo le diera mi palabra de honor de que le ayudaría y de que callaría como una tumba.

En la tarde del viernes, Ilse y yo estábamos sentadas en nuestra habitación. Ella leía una historieta de Asterix y yo una del Pato Donald. Ella estaba tranquila, pero a mí las manos me temblaban tan fuertemente que todos los patos de la historia se movían. No hablamos. A las tres y media dijo:

-Bueno, ¡manos a la obra!

Me fui en silencio hasta el depósito y tomé la maleta de cuadritos de la repisa. Si mamá hubiera pasado casualmente por allí, le hubiera dicho que necesitaba la maleta grande porque iba a llevar mis cosas viejas al sótano. Gracias a Dios mamá no apareció. Estaba en su habitación resolviendo un crucigrama.

-¿Por qué no lo piensas? -pregunté. Ilse sacudió la cabeza diciendo que no.

Entonces, como lo planeamos, saqué la caja grande con fichas de lego de debajo de la caja y la llevé a la habitación de Tatiana y Oliver.

-Se los regalo. Ya no lo necesito -dije.

Oliver y Tatiana gritaron de emoción. Voltearon la caja y metieron las manos entre las nubes de fichas.

Con seguridad estarían ocupados durante las siguientes dos horas.

Volví a la habitación. La maleta estaba más o menos llena de vestidos y ropa interior. Lo intenté de nuevo:

-Oye, Ilse...

Ella me interrumpió:

-Deja de molestar y trabaja.

Saqué de la maleta el cuaderno de ejercicios de matemáticas y fui a donde mamá. Apartando el crucigrama de su cara, dije:

-Mamá: no entiendo esto. ¡Por favor, explícame!

Mamá no quería. Dijo que Kurt era mejor para matemáticas y que esperara hasta que él llegara.

Le dije que tenía muchos deberes y que Kurt llegaría muy tarde para explicarme.

Mamá suspiró y abrió el cuaderno.

-¿De qué se trata? -preguntó.

Yo le señalé un ejercicio especialmente difícil. No difícil para mí, sino para mamá, porque mamá no entiende absolutamente nada de conjuntos.

Le expliqué a mamá los conjuntos desde el primero hasta el último ejercicio. Mamá asentía. Luego me explicó los conjuntos desde el primero hasta el último ejercicio y yo asentía, aunque no dijo sino tonterías. A pesar de eso el tiempo pasaba muy lentamente.

Ilse me había pedido que entretuviera a mamá durante una hora. Sólo habían transcurrido treinta minutos, cuando mamá dijo:

-Bueno, mi amor, ya que has entendido, déjame tranquila; quiero acabar mi crucigrama.

Puso mi cuaderno a un lado.

-¿Puedo ayudarte? -pregunté.

-No -murmuró mamá y escribió «papagayo» perpendicularmente.

Resolver crucigramas entre dos es imposible.

A pesar de eso me quedé sentada junto a ella. Se puso nerviosa e impaciente.

-¿Qué pasa? -preguntó-: ¿Qué quieres? ¿Qué tienes? ¿Quieres decirme algo? ¿Ha pasado algo?

Era mejor irse.

-No pasa nada, sólo quería mirar -dije.

Entonces salí del dormitorio y cerré la puerta tras de mí.

Me detuve en el corredor. Oliver y Tatiana peleaban en su habitación:

-¡Nos lo regaló a los dos! ¡A los dos! -gritó Oliver.

-¡No, a mí! -gritó Tatiana.

Tatiana es una niña realmente fastidiosa, y los únicos que no se dan cuenta de eso son mamá y Kurt.

Me alegré cuando oí una palmada y luego un llanto muy fuerte. Oliver le había dado una bofetada a Tatiana.

Infortunadamente mamá también escuchó el llanto y cuando mamá oye llorar a Tatiana viene tan rápido como los bomberos. Aun si está en el baño. Incluso deja los crucigramas. Con la revista en una mano y el bolígrafo en la otra, gritó:

-¿Qué te hizo? ¿Por qué no la dejas en paz?

Oliver protestó y mamá gritó:

-Me vuelven loca. Dejen de pelear, porque vaya dar alaridos.

Entré en nuestra habitación y cerré la puerta. Ilse se apoyaba en la pared junto al armario. Tenía el abrigo rojo puesto y el gorro blanco. Estaba tan blanca como el gorro. Tenía el dedo índice en la boca y se mordisqueaba la piel. La maleta estaba junto a ella.

Quería llorar. Miré a Ilse y comprendí lo que eso significaba. Significaba despertarse y que ella no estuviera. Acostarse sin ella, comer sin ella, hacer tareas sin ella. Todo sin Ilse.

Quería decirle que se quedara porque la necesitaba; porque estaría muy sola, porque ella es la única a la que en realidad quiero, porque somos hermanas y porque yo no sabría cómo vivir sin ella.

No le dije nada. No es culpa de ella que yo la quiera más de lo que ella me quiere a mí.

Ilse se comía el dedo índice mientras escuchaba las voces del cuarto contiguo.

Mamá dejó de gritar. Primero se calmó Oliver y luego Tatiana se calló. Entonces mamá dijo:

-Si vuelvo a escuchar una palabra, me enfadaré mucho y le escribiré a Papá Noel diciéndole que sólo les traiga un par de medias de Navidad.

Cerró una puerta y luego otra, y se encerró de nuevo en la habitación con su crucigrama. Ilse suspiró aliviada, se sacó el dedo de la boca y se acercó a la ventana. Miraba a la calle a los lejos. Yo estaba junto a ella.

-¿Amrei viene en taxi? -pregunté.

Ilse asintió:

-¿Me escribirás?

Ilse asintió.

De repente dijo:

-Ya está aquí.

Dio la vuelta, agarró la maleta y desapareció. La puerta de la casa se cerró suavemente. Ni siquiera dijo «hasta la vista».

Me quedé parada junto a la ventana. No vi a ninguna Amrei, ni ningún taxi. Al frente de nuestra casa sólo había un BMW rojo.

Use salió de la casa sin mirar hacia atrás. Abrió el portamaletas del BMW y tiró la maleta. Luego dio la vuelta y se subió adelante, junto al conductor. Yo pensé: «Bueno, no todos los taxis tienen aviso de taxi».

El BMW rojo arrancó y yo empecé a llorar. Seguí el auto con la vista hasta que desapareció. Luego me fui a la ventana y recogí un par de cosas que Ilse había dejado tiradas. Un colorete, unas medias pantalón rasgadas, un sostén roto, un pañuelo y un botón. Las tiré al bote de basura debajo del escritorio de Ilse. Me senté en mi escritorio, abrí el cuaderno de matemáticas y comencé a hacer mis deberes. Tomé un lápiz. Si hubiera utilizado la estilográfica, mis lágrimas hubieran corrido toda la tinta. Me senté más o menos una hora entera y calculé que $X=134597$, algo que de ninguna manera podía ser correcto. De repente se abrió la puerta. Como no había oído pasos, me asusté tanto que hice una línea que atravesó toda la página.

Mamá preguntó:

-¿Dónde está Ilse?

-Se fue a comprar un cuaderno -respondí Y agregué que no me había fijado en el tiempo, y que seguro volvería pronto.

Mamá permaneció en el umbral de la puerta.

-¿Tenía dinero?

Desde que Ilse había tenido esa pelea con mamá, mamá no le había vuelto a dar dinero.

Yo respondí que no sabía.

Mamá fue a la cocina.

Después de media hora regresó y dijo:

-Nadie necesita tanto tiempo para comprar un cuaderno -yo no respondí.

Mamá me miró y preguntó:

-¿Estabas llorando?

Yo negué con la cabeza y dije algo sobre un resfriado que me había pegado Anni Meier, mi compañera de pupitre. Estornudé un poco.

Al rato Kurt regresó del trabajo y mamá le contó acerca de Ilse y del cuaderno.

-Las tiendas ya están cerradas -dijo Kurt.

-Cierto -asintió mamá.

Kurt se sentó en la habitación y se preparó un Martini. Luego le dijo a mamá:

-No te enfades conmigo, pero no me sorprende. A los catorce años uno no se deja encerrar como un conejo en una jaula -luego agregó-: Pero no te alteres. Volverá pronto. Y cuando vuelva, por favor, no hagas la escena de la vez pasada.

A las ocho cenamos. Después mamá llevó a Oliver y a Tatiana a la cama y luego me empezó a interrogar. Me costó trabajo, pero sostuve que no sabía nada. Me daba lástima con mamá. Noté que ya no sólo estaba enfadada, sino que tenía miedo.

A las diez me mandaron a la cama. Me acosté boca abajo, me tapé con la manta y conté de mil para atrás hasta que pude conciliar el sueño. No quería oír nada, ni estar despierta, ni ver, ni sentir, ni pensar. En segundos me dormí.

Me levanté muy temprano. Mamá ya estaba en la cocina. Olía a café.

-Todavía no ha llegado -dijo mamá. Y luego preguntó-: ¿Sabes, por casualidad, dónde está la maleta de viaje de Ilse?

-Sí, claro -dije y fui al depósito. Abrí el cajón superior del centro y revolví por ahí, sorprendida de cuán hipócritamente me podía comportar. Hacía exactamente 23 horas había tomado la maleta y se la había entrega- do a Ilse.

Mamá estaba detrás de mí:

-Ahí no está -dijo.

Miré desconcertada:

-Tal vez en el cajón de documentos.

Abrí el siguiente cajón.

-Ahí tampoco está. He buscado por todas partes. ¡No está en ningún sitio!

-¡Entonces se la llevó! -gritó Kurt desde la habitación.

-Se la llevó, se la llevó -murmuró mamá y miró hacia el dormitorio-. ¡Se la llevó consigo! -gritó, y corrió hacia la habitación y volvió a gritar-: ¡Se la llevó! ¿Sabes lo que eso significa?

Kurt salió de la habitación. Tenía un pijama a rayas, el cabello revuelto y se veía realmente preocupado.

-No chilles como un búho. No soy sordo -y continuó-: Que se haya llevado la maleta, no quiere decir nada. Yo siempre llevo mi maletín conmigo y siempre regreso obediente a casa.

Dijo es como si volver a casa fuera un gran sacrificio. Luego dijo que muchos niños se iban de casa y después regresaban o los traían de vuelta. En el periódico siempre hay una gran lista de informes policíacos sobre niños desaparecidos. Dijo que mamá debía guardar la calma.

-¡Se fue al extranjero! -gritó mamá-. ¡A Turquía! ¡A Afganistán!

Yo estaba junto a Kurt, y oí perfectamente que murmuró:

-¡Ganso histérico!

Se dio cuenta de que yo lo había oído y me miró asustado. Traté de sonreírle.

-¿Cuánto dinero tenía? -preguntó.

-¡No lo sé! -sollozó mamá.

-Bueno, ¿cuánto podría tener? -preguntó Kurt.

-¡Nada! -sollozó mamá-. Yo le dejé de dar su mesada, y el dinero que la tía Anni me dio para ella tampoco se lo di.

-Ella tiene una cuenta de ahorros, ¿no?

-¿La cuenta? -mamá dejó de llorar y miró fijamente a Kurt. Las cuentas de ahorro son sagradas para mamá.

-No pudo haber... -susurró mamá.

-¿Por qué no? -preguntó Kurt cínicamente. Mamá abrió el último cajón del armario. Sacó la libreta de ahorros de Ilse.

-¡No, no! -dijo aliviada-. ¡Aquí está!

Pero luego hojeó la libreta y se puso blanca. Sus manos temblaban.

-¿Qué pasa? -preguntó Kurt.

-Sacó todo, hasta el último centavo. Lo sacó ayer -balbuceó mamá.

-¿Todo? -dijo Kurt visiblemente asombrado.

-¡Por supuesto! -gritó mamá-. El dinero que durante tantos años recibió de sus abuelos y de sus tíos y tías y el dinero que le regalaba su padre de cumpleaños.

Mamá empezó a llorar de nuevo.

-¡También estaba el dinero del bautizo!

-¿Del bautizo? -preguntó Kurt e hizo una cara como si se le hubiera aparecido un fantasma.

Mamá le explicó que un par de tíos y tías en vez de darle regalos de bautizo le abrieron una cuenta y consignaron el dinero allí.

-Es su dinero -dijo Kurt.

-Disculpa -dijo mamá-, pero ahora no tengo ánimo para hablar de eso. Voy a la estación de policía.

Kurt le sugirió que fuera primero a casa de la “vieja Janda” a ver si estaba allí. (La vieja Janda es la abuela). O que llamara a papá. Tal vez estaba con él. Mamá no quería.

-¡Eso es ridículo! -sollozó-. Si hubiera ido a donde la abuela, no hubiera sacado todo el dinero. Y si hubiera ido a donde mi ex marido, él ya me hubiera llamado hace tiempo. ¿Crees que él la quiere a su lado? -mamá se sonó y se limpió el maquillaje de los ojos con el pañuelo-. A él le basta con ver a su hija tres horas cada dos semanas. Estará feliz de que se haya ido; a él...

-¡Deja de decir tonterías -ordenó Kurt.

-¡No son tonterías -replicó mamá, y siguió limpiándose los ojos. Pero luego miró a Kurt y notó que negaba con la cabeza y al mismo tiempo me miraba.

Tal vez le quiso decir que no se debe hablar mal de los padres enfrente de los hijos.

Me senté al borde de la ventana y miré al patio.

Mamá comprendió lo que Kurt quería decir y balbuceó:

-No, no quise decir eso; por supuesto que él quiere a sus hijas. Me refería a que él ahora tiene otros hijos.

Esas conversaciones me desesperan. Nadie me tiene que decir quién me quiere. De todas maneras no les creo.

Y alguna vez, cuando tenga el valor, me informaré de quién soy realmente. Pero todavía no tengo el valor. Por eso seguí mirando al patio y dije:

-La vieja María está sacudiendo los trapos de polvo.

En realidad el patio estaba vacío, no había ninguna María, pero mamá suspiró aliviada. Kurt suspiró también, pero no aliviado.

Últimamente suspiran demasiado.

Habían pasado varias horas. Yo debiera haberme bañado y vestido para irme al colegio, pero me quedé al borde de la ventana y pensé: «Ilse y Amrei ya deben estar llegando a Londres. Mamá puede ir tranquila a la policía».

También pensé que los conocimientos de inglés de Ilse no bastarían para llevársela bien con los niños pequeños que iba a cuidar y que también serviría de empleada de servicio. Amrei tampoco.

Kurt quería desayunar. Mama dijo que no tenía tiempo para hacer desayuno y que fuera de eso estaba tan mal del estómago que no podría ni siquiera hacer huevos revueltos.

Pensé que yo no me enfermaría por pensar en huevos revueltos, todo lo contrario, y que podía hacerle unos a Kurt con mucho gusto, sólo que llegaría tarde al colegio.

-¿Tienes algo importante hoy? -pregunto mamá.

Mentí diciendo que tenía dos horas de dibujo y dos horas de deporte.

-Si es así, entonces quédate en casa cuidando a los niños hasta que yo regrese. Muy pronto despertarán.

Fui a la cocina. Kurt fue al cuarto de baño y mamá a la policía.

Mamá tardó bastante tiempo. Cuando regresó estaba llorando. Tenía la nariz roja y los ojos hinchados. Se dejó caer en un asiento de la cocina, puso el brazo sobre la mesa de la cocina y empezó a llorar.

Kurt se puso pálido y subió la ceja derecha. Siempre que está nervioso levanta la ceja derecha.

-¿Qué ocurrió? -gritó.

Mamá siguió llorando. Kurt la zarandeó por los hombros.

Oliver miraba horrorizado desde la esquina de la cocina y Tatiana, que jalaba de la falda de mamá, comenzó a llorar más fuerte que ella.

-¡Di de una vez por todas qué ocurre! -gritó Kurt y mamá dejó de sollozar. Levantó la cabeza, metió la nariz en el pañuelo y se sonó-. ¡Fue tan terrible!

A Kurt le volvieron lentamente los colores a la cara. Su ceja derecha dejó de levantarse.

-Pensé que había ocurrido algo.

-No tienes ni la menor idea de cómo es la policía -dijo mamá, que ya casi tenía una voz normal-. ¡Lo que me preguntaron! ¡Que si salía de noche a menudo, que si tenía novio, que si estaba embarazada!

-Tienen que preguntarlo, ¿no? -respondió Kurt.

-¡Y que si consumía drogas!

-¡Ya debe de andar en ésas! -dijo Kurt.

-¡Y la gente que había allí! ¡Qué gente! ¡Oía terrible! ¡Hombres viejos, un muchacho descarriado, dos mujeres ordinarias con el pelo pintado!

-¡Tal vez eran madres que buscaban a sus hijas! -dijo Kurt muy sarcástico.

Mamá dijo:

-Ahórrate tus comentarios sociales para el periódico. Allá nadie huele como la gente de la calle.

-¿Y qué más? -preguntó Kurt-. Fuera de que las circunstancias fueran horribles, las preguntas terribles y la gente apestosa, ¿qué pasó?

-Nada más -mamá sollozó de nuevo-. Firmé la denuncia de desaparición. Dijeron que la encontrarían, pero que si estaba en el extranjero sería más difícil.

Durante todo el tiempo que Kurt y mamá hablaron, Tatiana jaló la falda de mamá y lloró, y Oliver estuvo parado mirando asombrado.

-Érika, ocúpate de los niños, por favor, dales leche achocolatada -dijo mamá.

Yo le dije que ya les había dado leche y pan con mantequilla e intenté arrancar a Tatiana de las faldas de mamá, pero Tatiana no quiso.

-Me quedo con mamá -chilló.

Mamá la alzó y la puso sobre sus piernas.

-¡Cuéntame un cuento! -pidió Tatiana.

-¡Cariño! ¿Yo? -balbuceó mamá, pero luego empezó a contarle una historia. Tatiana siempre consigue lo que quiere.

Mamá estaba confundida. Empezó con *Caperucita Roja* y acabó con los *Siete manitas*, pero Tatiana no se fijó en eso. Se calló, se recostó en el pecho de mamá y se chupó el pulgar.

Kurt tomó su café rápidamente y se despidió. Tenía prisa. Debía ir al periódico.

Fui con Oliver a su cuarto y jugué con él.

Desde entonces ha pasado una semana y un día, y cada día que pasa mamá se pone más apesadumbrad y triste.

Kurt va a la policía todos los días, pero aún no saben nada de Ilse.

Papá también estuvo con nosotros. Era la primera vez que estaba en casa. Armó una gran discusión, afirmó que mamá no le había puesto suficiente cuidado y atención a Ilse. A mí me preguntó qué había hecho Ilse recientemente y con quién salía, o qué amigas tenía. Preguntó como un mal detective.

La Trabajadora Social de la policía también vino a casa y me indagó. Pero fue menos amistosa y no se esforzó tanto como papá.

Le dije a mamá que no quería ver más a papá. Mamá me dijo que, a pesar de eso, debía visitarlo cada dos sábados porque así lo había determinado el juez, y si no lo hacía entonces papá se quejaría.

-¿De qué se quejará? ¿De quién se quejará? -pregunté.

-Se quejará de las visitas -me explicó Kurt. Y luego me consoló. Dijo que en dos años podría ir a donde el juez de menores y decir que no le encontraba valor a las visitas con papá.

En el colegio hay todavía gran revuelo por la desaparición de Ilse. Todos los maestros y los alumnos de su clase y los de mi clase preguntan si ya la hemos encontrado. Heidi fue la única que no

preguntó. Eso me asombró, pues era la amiga de Ilse. Siempre estaban juntas en el recreo y paseaban por el corredor. También eran compañeras de pupitre.

Todo esto fue incómodo para mí y sólo tuvo una cosa buena: Stiskal se olvidó de que yo había dicho que Ilse estaba enferma. Por lo menos no comentó nada sobre el asunto.

Todos los días después de clases voy al correo y pregunto si hay carta para Érika Janda. Ilse me prometió que me escribiría una tarjeta postal apenas estuviera en Londres con la familia y los dos niños. Pero hasta ahora no ha habido carta para mí, y la que atiende allí me mira siempre muy extrañada cuando vaya preguntar.

La casa está muy triste sin Ilse. Sobre todo desde cuando la Trabajadora Social se mudó a nuestra casa. La Trabajadora Social es la abuela, la madre de Kurt. Es Trabajadora Social pensionada. Vino con una maleta enorme. Se obstinó en dormir en la habitación, en el sofá, para «apoyar a mamá en los tiempos difíciles».

No le preguntó a mamá si estaba de acuerdo, pero yo no creo que le guste que ella esté en casa.

Hasta Kurt se desespera con ella. Se ve como vieja yegua gris que cabalga por la casa controlando todo a su alrededor. Todas las tardes me manda por lo menos cuatro veces a comprar algo. Primero debo comprar leche, luego pan, luego sal, luego carne.

-¿No podría decírmelo todo de una vez para que no tenga que andar siempre corriendo? -le dije ayer amablemente.

Pero la Trabajadora Social le pareció una frescura de mi parte.

-¡La niña tiene unos modales! -se indignó.

Fuera de eso debo lavar los platos y secarlos y ahora hay mucha más loza que antes.

La Trabajadora Social necesita el doble de loza que una persona normal.

Sobre todo necesita platos para las tazas y siete cuchillos y tenedores diferentes.

Ayer tuve que comprar una jarra para el agua, y ahora siempre la tenemos en la mitad de la mesa cuando comemos.

-En la mesa debe haber una jarra para el agua -le explicó a mamá.

Hoy está ofendida porque nadie toma agua durante las comidas, y todo el día ha renegado de las bebidas gaseosas. Ella dice, por ejemplo: un científico hizo un experimento. Puso una aguja de acero en Coca Cola y, una semana después, la aguja se deshizo totalmente.

«¡Qué tonterías!». pensé yo.

Desgraciadamente pensé en voz alta y se ofendió de nuevo.

Ahora acabo de discutir con ella.

-Érika: en la puerta de la casa, junto al timbre, hay huellas dactilares negras -me dijo.

Yo asentí: «En la puerta de la casa, junto al timbre, hay huellas dactilares negras».

-Bueno, pues ve ya -gritó.

-¿A dónde? -pregunté. Realmente no sabía a qué se refería.

-¡Inaudito! ¡Inaudito! -se refregó la nariz, como si tuviera un fuerte resfriado.

-¿Qué es inaudito? -pregunté.

Entonces me puso un trapo en una mano y en otra una botella de amoníaco y me dijo:

-Ve a limpiar la puerta, ¡rápido!

Yo no quería, y mamá me miró amenazante, pero no fui.

-Yo lo hago -dijo mamá y me quitó el trapo y la botella.

-¡Lotte, yo se lo pedí a tu hija, no a ti! -gritó y entonces mamá me entregó de nuevo el trapo y la botella. Yo apreté los dientes y me dirigí hacia la puerta. No es que sea perezosa, pero mamá siempre ha dicho que no tiene sentido limpiar la puerta, porque una hora después vuelve a estar sucia. Yo no entendía por qué mamá no se atrevía a decírselo a la Trabajadora Social.

Oí su voz desde la cocina.

-Lo que pasó con Ilse debe ser una enseñanza para ti; mira hasta dónde se puede llegar por no enseñar a los niños a obedecer.

Apenas acababa de limpiar la puerta, llegó Tatiana.

Estaba comiendo un pan con mantequilla y mermelada de fresa y tenía los dedos llenos de mermelada. Me miró y se limpió una mano en la puerta. Yo le dije que dejara de hacer eso pero no lo hizo.

-¡Desaparece bestia! -le dije y la quité de la puerta.

Empezó a gritar y me mordió en la mano. Yo le di una bofetada muy suavcita. Gritó fuertemente.

La Trabajadora Social llegó galopando y gimió:

-Tatiana, cariño, ¿qué pasa? -la alzó, la abrazó suavemente y murmuró:

-Tesorito, ya pasó, ya estás bien.

Me miró por encima de la cara de Tatiana.

Me miraba como si fuera la criatura más despreciable del mundo.

Mi único consuelo fue que Tatiana untó un rizo de la Trabajadora Social con los dedos llenos de mermelada, y cuando ésta se dio cuenta, la dejó en el piso. Tatiana empezó a llorar.

En ese mismo momento Oliver empezó a gritar con desespero. Se había cortado el dedo meñique con unas tijeras.

-¿A quién se le ocurre darle a un niño tan pequeño unas tijeras? -dijo la Trabajadora Social, sin saber si consolar a Oliver o lavarse el cabello.

No sé por qué, pero de pronto mamá comenzó a llorar. Sollozaba y decía que no quería vivir más, que no resistía los gritos y que sus nervios estaban totalmente destrozados.

No estaba claro si mamá no resistía los gritos de la Trabajadora Social o los gritos de Oliver, o si se refería a Tatiana.

Tal vez se refería a los gritos de los tres, pero la Trabajadora Social se sintió aludida y dijo que todos éramos unos desagradecidos y que no apreciábamos que ella hubiera dejado a su pobre marido solo en casa, para venir a limpiar mugre y a cuidar niños. Añadió que se iría inmediatamente.

Yo esperé toda la tarde a que la Trabajadora Social se fuera, pero se quedó en su habitación. Su maleta de viaje estaba sobre la mesa, como signo de que estaba lista para irse.

Esperó en la habitación hasta que Kurt llegó del trabajo. Entonces comenzó a quejarse. Empacó su reloj despertador, los enormes interiores y el pijama rosado, murmurando:

-Aquí ni me quieren, ni me necesitan. ¡Me voy!

-Lotte no tiene nada en tu contra. Eso te lo inventaste tú -aunque sonó poco convincente, fue suficiente para hacerla cambiar de idea.

Desempacó el despertador, los interiores y el pijama; luego perdonó a mamá. A Kurt le dijo que sólo estaba interesada en permanecer en casa para que sus nietos llegaran a ser alguien. Con seguridad no se refería a mí.

Si la Trabajadora Social se queda más tiempo en casa, yo también me iré. Desgraciadamente no sé a dónde.

¡Si por lo menos hubiera en el correo una carta para mí!

Ilse tiene que saber que espero una carta suya.

La señorita de los correos dijo que una carta de Londres tarda por lo menos dos días, máximo tres, y que las cartas casi nunca se pierden. Si tan sólo supiera la dirección de la anciana tía de Amrei por medio de quien Ilse consiguió el trabajo de niñera... Entonces podría escribirle y ella podría enviarle la carta a Ilse.

Ojalá que mañana haya una carta para mí en el correo.

Estoy mal. De la cabeza, del estómago, de todas partes. Estoy tan mal que se me nota. Mamá dice que tengo la cara verde. Dice que me dará sarampión, porque de pequeña no lo tuve. Con seguridad no tengo sarampión ni ninguna enfermedad. Me enfermé en la mitad de la calle.

Iba del colegio a la casa, cuando de pronto vi a una niña enorme, pelirroja y tan delgada como un palillo.

La chica tenía una chaqueta de cuero azul. Una chaqueta así, un pelo así, son bastante particulares. Mi corazón empezó a palpar.

Di tres pasos grandes y seguí a la chica. Mi corazón palpitaba a toda velocidad. Era Amrei.

-¿Qué pasó? -pregunté- ¿Dónde está Ilse? ¿Te devolviste sola?

Pregunté muchas otras cosas, pero Amrei no me entendió. Me miró extrañada.

-¿Desde cuándo tartamudeas así? -preguntó, y se agachó hacia mí para escucharme mejor. Arnrei mide más de 1,80 metros.

Llevaba una maleta roja de la que salían una regla y la punta de una escuadra.

-Quiero saber dónde está Ilse -dije tan fuerte como pude.

No sonó muy fuerte porque tenía un nudo en la garganta.

Amrei me miró como si fuera una loca.

-¿Por qué estás aquí? -pregunté y sentí que el nudo en la garganta se hacía cada vez más grande.

-Pues porque voy a una clase -dijo Amrei impresionada. Y luego dijo que saludara a Ilse de su parte y que la llamaría próximamente. Dijo que era una lástima que tuviera tan poco tiempo. Asistía a una escuela de baile, le iba mal en matemáticas y en latín y tomaba clases adicionales con un tipo medio loco, pero muy interesante, que no podía significar nada para ella, porque iba a tener un hijo. No él, sino su novia.

Entonces me sentí mal.

Amrei se despidió y corrió al paradero porque en el cruce ya venía el autobús.

Me quedé mirándola y me sentí aun peor.

No quería ir a casa, aunque ya estaba en la esquina. Fui a la tienda, tomé un carrito y lo conduje a lo largo de los estantes. Lo hice muy despacio.

Puse en el carrito un paquete de goma de mascar y pensé:

“Me mintió. Arnrei está aquí y no se fue de la casa. Me mintió. Amrei va al colegio y también toma clases adicionales. Me mintió. ¡Amrei ni siquiera sabe que Ilse se fue!”

A las doce y media cerraban la tienda y por eso la cajera dijo que me tenía que ir. Pagué la goma de mascar y me fui a casa.

Mamá fue a verme a la habitación. Me preguntó si necesitaba algo. No necesitaba nada. Por lo menos nada que mamá me pudiera dar. Estaba acostada y no entendía por qué Ilse me había mentado.

¡Y tampoco entiendo por qué fui tan tonta de creerle todo! ¡Fui realmente tonta! Además había dicho algo sobre conseguir empleo y esas cosas, y sé que para una chica joven no es tan fácil viajar y conseguir empleo, aunque sea cuidando niños. Si no se fue con Amrei, Ilse no está en Londres y tampoco trabaja cuidando niños.

Ahora sé tan poco como mamá y los demás acerca del paradero de Ilse.

Uno no puede pasarse días enteros en la cama y estar enfermo cuando no se tiene sarampión, ni fiebre, ni nada. Me levanté y mamá dijo que me veía mejor. La Trabajadora Social dijo que nunca estuve mal, y Kurt me dijo que si me sentía triste podía quedarme en cama y que no importaba lo que esas «viejas» dijeran. Realmente dijo «viejas». Últimamente Kurt ha sido muy amigable conmigo. Nunca ha sido mala persona, pero ahora me habla más. Me pregunta y me cuenta cosas. Ayer se sentó en mi cama y me dijo:

-La vieja se fue a la pensión muy temprano. ¡Debiera ser Trabajadora Social durante veinte años más, así tendría algo que hacer! ¡Ahora nos confunde a todos con sus servicios de oficina!

Creo que lo dijo para que me riera, y me reí y él se alegró. Creo que se esfuerza por reemplazar a papá.

Me vestí y dije que debía irme, porque tenía un ensayo para el concierto de Navidad.

-¡Tan pronto? -preguntó mamá-. Todavía falta para Navidad.

Tenía lágrimas en los ojos. Tal vez piensa que va a ser Navidad y que Ilse no ha aparecido todavía.

Yo dije:

-Sí. Como todos cantamos mal, el maestro de música teme que la presentación sea un desastre.

Eso era verdad. Sólo que yo no canto en el coro.

Es un coro voluntario y nunca me ofrezco a las cosas voluntarias. Tenía que irme porque tenía que hablar con alguien a quien pudiera decirle la verdad. Fuera de eso, hace tiempo que no iba donde la abuela.

Dije que la prueba de coro duraría bastante, y que tal vez llegaría tarde para la cena. Mama asintió, pero la Trabajadora Social volvió a resoplar.

-¿Yeso qué quiere decir? Si el ensayo tarda demasiado les dices que te vas porque tu abuela te espera puntual a cenar.

-¡Vete ya, que se te hace tarde! -dijo mamá.

Me fui a pie donde la abuela porque no tenía dinero para el autobús. Casi siempre ando sin dinero.

Si uno se apresura, sólo se necesita una media hora para llegar a donde la abuela.

Cuando voy a casa de la abuela, me pregunto por qué no voy más seguido. Claro que la casa de la abuela es demasiado lejos. Es como si viviera en otra ciudad. Y de alguna manera es en otra ciudad.

La abuela no estaba en casa. Detrás de la puerta se oía murmurar al abuelo. Él habla mucho consigo mismo. Golpeé fuerte a la puerta, pues la abuela no tiene timbre y el abuelo es bastante sordo. Fuera de eso alguien martillaba en el primer piso y mis golpes se confundían con el martilleo.

Me senté en el borde de la ventana del corredor y miré al patio. Antes jugaba allí. Me agarraba del marco de la ventana y me imaginaba que era una artista de circo. Y, detrás de la caja de carbón del señor Guentesdorfer, Edi y yo jugábamos al doctor.

Pensábamos que allí nadie podía vernos, pero la anciana Berger del primer piso nos vio desde la ventana del baño y formó un escándalo porque estábamos desnudos. Edi recibió un par de bofetadas de su madre. La abuela no me riñó. Dijo que eso lo hacían todos los niños y que ella también lo había hecho.

Ilse jugaba en el patio a que era una princesa. Se ponía una cortina vieja sobre la cabeza que le colgaba hasta el suelo como una cola. Yo le llevaba la cola. Desgraciadamente allí no había príncipe para Ilse. Edi era muy pequeño y a Anton no lo invitábamos a jugar, pues siempre nos pellizcaba el trasero. Le teníamos miedo.

Decidí buscar a la abuela. La abuela nunca va muy lejos y por las mañanas siempre va al mercado. Fui a la lechería. Allí no estaba. La lechera me dijo que era una pena que Ilse y yo ya no viviéramos en los alrededores. Siempre nos quiso mucho.

Fui por la callejuela hacia abajo a donde el carnicero y pensé cómo sería todo si viviéramos todavía con la abuela. No me lo pude imaginar.

La abuela salía de la carnicería en ese mismo instante. Se alegró de verme. Cuando la abuela se alegra se le nota. Su cara grande y redonda se ilumina.

-¿No te abrió el abuelo? -preguntó, y luego me contó, de camino a casa, que el abuelo oía cada vez menos. Sin embargo, desde hacía tres días ya no hablaba cosas extrañas, sino muy razonables.

Yo le pregunté a la abuela:

-¿Sabes que Ilse se marchó? -la abuela asintió-. ¿Papá estuvo aquí? -la abuela negó con la cabeza.

-La última vez que estuvo fue en Pascua. No volvió desde que le dije a su mujer que debía procurar cocinarles a los niños cosas nutritivas en lugar de darles siempre enlatados.

-¿Quién te dijo que Ilse se fue? -pregunté y tuve un terrible remordimiento de conciencia, porque hacía ya rato que no iba a visitarla y además no le había contado nada.

-El esposo de tu madre estuvo aquí -dijo la abuela.

-¿Kurt?

-Sí, Kurt. Es un buen hombre. Y también me prometió avisarme apenas Ilse regresara.

La abuela murmuró algo que no entendí, algo así como lamentos, penas y preocupaciones.

Me fui junto a la abuela. Estaba feliz de estar con ella. Con la abuela todo es más fácil. Ahora estaba casi segura de que Ilse vendría pronto.

-¿Cómo le estará yendo? ¿Qué estará haciendo? -murmuró la abuela-. Dinero tiene; suficiente dinero, pero todavía es una niña, una pequeña tonta. Ojalá le esté yendo bien -la abuela abrió la puerta del apartamento.

La abuela era la única que se preguntaba si a Ilse le iría bien. La única que deseaba que le fuera bien.

El abuelo estaba en la cocina y reparaba el enchufe de la lámpara de la mesa de noche. Me reconoció y la abuela se alegró de que me reconociera.

El abuelo también sabía que Ilse se había marchado, pero no le importaba mucho. Hablaba constantemente de los cables del enchufe que estaban quemados.

La abuela y yo nos fuimos al cuarto y le conté todo lo que sabía.

Me escuchó con atención, asintiendo.

-Me mintió y no entiendo por qué -dije.

-Pero Érika, ella miente todo el tiempo. ¿Acaso no lo sabías? -dijo.

Moví la cabeza negativamente. Estaba desconcertada. No era sólo porque Ilse siempre mintiera y yo no lo supiera, sino por la forma como la abuela lo decía, como si mentir fuera algo totalmente normal.

-No me mires así -dijo la abuela-. No es tan terrible. Unos tartamudean, otros tienen un bulto en el pie y otros mienten -rió pensativa.

-¿Qué mentiras decía? -pregunté.

La abuela pensó y dijo:

-En el colegio le dijo a la maestra que vivía en una casa con diez habitaciones y que su padre tenía una heladería. A mí me dijo una vez que tenía una maestra nueva, muy joven y bonita y querida, cuando en realidad tenía la misma ¡Y a la señora Berger le contó que su madre se había casado con un director de circo! -la abuela rió-. ¡Un director de circo! La vieja tonta se lo creyó. Y también decía que en el colegio tenía un novio. Un rubio grande que era el mejor de la clase, que se llamaba Rainer y que tenía un auto eléctrico. «Invítalo a jugar», le decía. Pero ella respondía, «No, no puede ser, porque vive muy lejos y lo llevan en auto al colegio».

La abuela dejó de reír y me miró con tristeza.

-Reiner nunca existió. En toda la clase no había un solo Reiner. Tampoco un rubio grande al que llevaran en auto. Y el mejor de la clase era un gordo que siempre pellizcaba a Ilse.

-Yo no me acuerdo de eso -dije.

-Estabas muy pequeña.

-¿Le dijiste que estaba mintiendo? ¿Le preguntaste por qué mentía?

La abuela negó con la cabeza.

-Oye -dijo-, a nadie le gusta que le digan que miente. Y por qué mentía, eso no necesitaba preguntarlo. Ella mentía, porque... -la abuela se tocó la nariz con el pulgar y el dedo de la mitad, y se rascó la nariz con el dedo índice. Ella siempre hace eso cuando está pensativa-. Bueno, ella no mentía del todo, simplemente decía cómo le gustaría que fueran las cosas.

La abuela dejó de tocarse la nariz. Tenía la cara roja.

-¿No me crees? -me preguntó.

Yo le creía a la abuela. Pero mamá no era tan bondadosa como la abuela y se hubiera tenido que dar cuenta cuando Ilse mentía.

Y mamá jamás lo hubiera tomado tan tranquilamente. A mamá no le gustan las mentiras. ¡Y yo debí haberme dado cuenta! Se lo dije a la abuela.

La abuela se rascó la nariz de nuevo. Entonces dijo:

-Tú nunca te diste cuenta. Siempre le creíste todo a tu hermana. Siempre quisiste creerle todo. Siempre la quisiste demasiado.

Yo interrumpí a la abuela. No quería que dijera eso.

Fuera de eso yo no creo que alguien pueda querer «demasiado».

-¡Pero... y mamá... ! -grité.

-Tu madre.... -la abuela vaciló-. Bueno, mejor no hablar... pero...

-¿Pero qué?

-Para darse cuenta de que alguien está mintiendo -dijo la abuela-, hay que interesarse por lo que esa persona dice. Mira, si yo no hubiera preguntado en el colegio, no me hubiera enterado de que Ilse no tenía una maestra joven, bonita, querida, sino una maestra vieja y fea. Y si no me hubiera dado curiosidad por saber de Reiner, nunca me hubiera enterado de que no existía.

-Pero lo del director de circo -dije-, eso sí tuvo que haberlo sabido mamá.

La abuela movía la cabeza de un lado a otro.

-Algo así sólo se dice cuando uno está muy pequeño. ¡Cuando uno crece y se vuelve más inteligente, entonces las historias que se inventa son más inteligentes!

La abuela volvió a rascarse la nariz.

-De todas formas -dijo-, hay que preocuparse e interesarse por una persona para darse cuenta de que miente.

La abuela quería decir con esto que mamá no se interesaba por Ilse. Yo tenía ganas de defender a mamá, pero no se me ocurrió nada, absolutamente nada.

-Si hubiera seguido viviendo con nosotros -murmuró la abuela-, nunca se hubiera ido. ¡Nunca! y si se hubiera ido, entonces yo sabría dónde ir a buscarla.

Yo no sabía dónde buscar a Ilse, pero decidí buscarla. Ya se me había ocurrido una idea de dónde empezar. Heidi no había venido a verme ni me había preguntado por Ilse. Esa noche (entre dos sueños horribles) se me ocurrió que Heidi no me preguntaba nada porque sabía algo más de lo que yo sabía. Al día siguiente en el recreo le dije:

-Tengo que hablar contigo.

-Ahora no tengo tiempo -murmuró y se fue al gimnasio corriendo.

Al día siguiente se me iba a escapar, pero decidí esperarla al frente de la puerta del colegio para luego preguntarle hasta que me respondiera.

Esperé a Heidi al frente de la puerta. Salió un poco tarde. Yo pensé: «No vaya hablar mucho. Si hablo demasiado me va a mirar como si yo fuera una tonta, como Amrei».

-Heidi. ¿sabes dónde está Ilse? -le pregunté. Me dijo entre sorprendida e indignada:

-¿Por qué me preguntas eso? ¿Por qué habría de saberlo?

-Porque eres su amiga y siempre estás con ella.

Ella me interrumpió:

-¿Cómo que siempre? Sólo hablamos de vez en cuando, no más...

Heidi primero me trató como a un bebé, pero luego se volvió razonable y me dijo que nunca perdonaría a Ilse por no haberle contado su plan de fuga. Lo único que sabía, (lo dijo susurrando) era que Ilse había tenido amoríos con Herbert Plank.

Herbert Plank estaba en décimo. Dijo que a Herbert Plank y a Ilse los unía un gran cariño.

-¿Herbert también se fue? -pregunté.

-No, está aquí -dijo Heidi-. Lo vi hace un rato en el salón de física.

Dijo que el amor entre Herbert e Ilse era un estricto secreto, y que se suponía que ella no sabía nada. Dijo que ella nunca había hablado con Herbert.

-Para los de décimo uno es aire a menos que luzcas como tu hermana.

Yo no luzco tan bien como Heidi, y tal vez, para Herbert Plank sea menos que aire; sin embargo, decidí hablar con él.

Le dije a mamá que iba a estudiar con Annie Meier para el examen de historia y que iba a ir a su casa. Mamá estaba en cama. El médico le recetó pastillas para dormir y aún así, no podía conciliar el sueño.

Herbert Plank vive en la misma calle que nosotros.

Busqué su dirección en el directorio telefónico.

En el primer piso de la casa había una gran placa sobre la puerta principal:

DR. REIMUND PLANK. NOTARIO.

Casi iba a timbrar, cuando leí un aviso junto a la placa que decía:

CASA UN PISO MÁS ARRIBA.

Subí un piso. No tuve que hacer mucho esfuerzo.

Toqué el timbre junto a la puerta y casi en el mismo momento se abrió la puerta.

Un niño casi tan grande como Oliver estaba frente a mí.

-Quiero hablar con tu hermano -dije.

-¿Con cuál de todos?

-Con Herbert.

-¡Aquí hay alguien que quiere hablar con Herbert! -gritó el pequeño. Di dos pasos hacia el corredor, aunque hubiera preferido dar mil pasos hacia afuera y huir. Luego pensé que me hundiría en la tierra y que iría a dar a la notaría.

Después se abrieron las puertas. Primero salió una señora con un delantal azul, luego una mujer con rizos rubios y con un gran busto y luego una mujer mayor con canas, una mujer muy delgada que ya había visto en el colegio. Otra persona salió al corredor. El pequeño gritó de nuevo:

-¡Ella quiere hablar con Herbert!

Estaba en la mitad del corredor; los otros estaban recostados en las puertas y me miraban fijamente. Sonó una llave de agua y otra puerta se abrió. Herbert Plank preguntó:

-¿Quién quiere hablar conmigo?

Yo no tengo voz de ratón, pero dije:

-Yo, por favor -y hablé como el hijo más pequeño de un ratón. Herbert Plank mide por lo menos 1,90 metros y en una película podría hacer perfectamente el papel del más apuesto de la ciudad. Tenía jeans y una camiseta negra con un águila dorada estampada. Tenía cejas largas y delgadas. Yo miré las cejas con atención.

-Bueno, ¿qué quieres? -preguntó Herbert mientras todos los mirones contenían la respiración.

-Quiero hablar a solas contigo -a pesar de haberme aclarado la garganta unas tres veces, volví a hablar como el hijo del ratón.

-Bueno, sigue -dijo y señaló una puerta.

Fui hacia la puerta y vino detrás de mí.

Cerró la puerta de su alcoba detrás de nosotros, me ofreció su mecedora para que me sentara y se sentó en su cama, al frente mío.

-Es por mi hermana -comencé.

Permaneció callado.

-Quisiera saber si tienes idea de... -no sabía cómo seguir.

-¿Quién es tu hermana? -preguntó Herbert.

-Ilse.

-¿Cuál Ilse?

-Ilse Janda...

-Lo siento mucho -se veía como si en realidad lo sintiera-. No conozco a ninguna Ilse.

-¿De verdad?

-¿Cómo es ella?

-Muy linda. Tiene cabello largo, ojos oscuros, es muy delgada y su cabello es castaño oscuro -no es fácil describir a alguien.

La puerta se abrió de repente. Un muchacho más grande entró.

-Herbert, tú la conoces; está en octavo. ¡Es espectacular!

Empezó a pestañear y a mover las caderas. Desfiló por toda la habitación moviéndose como un pájaro. Con toda seguridad Ilse no lo hacía así. Herbert Plank rió de repente y gritó:

-Ah, sí, la del busto de azúcar.

-Exacto -dijo el chico.

-¿Qué pasa con ella? -ahora Herbert Plank se veía bastante interesado. ¿Qué debería saber de ella?

«Éste es un director de circo», pensé. «La abuela tenía razón».

Me quería ir, pero no me dejaron. Me preguntaron de todo. Entonces les conté lo que había dicho Heidi.

-Lamentable -dijo Herbert-. No tenía ni idea de eso, pero cuando tu hermana aparezca, dile que me avise. Estoy disponible -el hermano de Herbert me acompañó hasta la puerta. El otro hermano y el pequeño todavía estaban en el corredor chismoseando. Una puerta estaba entreabierta. Creo que la rubia miraba por ahí.

En la entrada principal el hermano de Herbert tornó una chaqueta de piel de conejo del ropero y se la puso.

-Yo te acompaño.

Y luego empezó a hablar.

-Oye, mi hermano no sabe mucho sobre chicas.

Yo asentí.

-Él no conoce a tu hermana suficientemente bien.

Yo asentí de nuevo.

-Pero en nuestra clase, en séptimo, hay un tipo bastante raro. Un tipo de pelo muy delgado, casi blanco. Es muy alto. Seguramente lo has visto. Tiene una bicicleta con una cola de zorro pegada a la silla.

Yo veía al tipo todas las mañanas, pero no entendía por qué el hermano de Herbert me contaba eso.

-Bueno, el tipo se llama Wolfgang Joachim, pero le decimos: «Manchado» porque tiene pecas. Se interesa mucho en las chicas, pero sólo en las que son mayores que él y en las que jamás puede conseguir.

Yo suspiré y asentí.

-Desde las vacaciones de verano está detrás de tu hermana como un lobo.

¡El Manchado con Ilse! ¡Era ridículo! A ésos no los miraba mi hermana. Una hormiga aplastada en la mitad del camino o que el Manchado pasara en bicicleta, era lo mismo para Ilse.

-Ilse -dije-, no tiene nada con el Manchado, con toda seguridad.

-Por supuesto que no -el hermano se rió tiernamente-, pero por lo mismo que no tiene nada con ella...

-¿A qué te refieres? -la cosa era complicada para mí.

-Él es como su sombra. Como la quiere y no la puede tener, se ha convertido en...

Ahora entendía ...

-¿En vez de estar con ella, estaba detrás de ella?

-Exacto, cariño. Él sabía cuándo tenía clase de piano, cuando se resfriaba, qué escaparates le gustaba ver, ¡todo! Y dónde se encuentra o con quién está, eso lo debe saber, ¡te lo aseguro!

-¿Él les contó que ella se veía con alguien?

-No -el hermano negó con la cabeza-. Él no se va a poner a contarnos que su amada yace en brazos de otro. Eso no lo hace nadie. ¡Pero a pesar de eso debe saber si ella se veía con alguien!

-¿Y qué debo hacer?

-Pues ir a preguntarle, pero con cuidado.

-No me atrevo -murmuré.

El hermano estaba indignado. Afirmó que yo era un pato tullido que me rendía fácilmente, y que no tenía espíritu deportivo.

-No quiero tener espíritu deportivo. Quiero encontrar a mi hermana -le expliqué. El hermano dijo que no entendía cómo alguien podía querer que una hermana regresara, pero que me acompañaría a donde el Manchado.

-También llevaremos a Alí Babá. Él puede presionarlo.

A Alí Babá lo conocía. Estaba en séptimo y era uno de los alumnos más gordos y fuertes de todo el colegio.

Nos pusimos de acuerdo para vernos al día siguiente a las tres de la tarde en el parque.

Antes de que nos separáramos le pregunté cómo se llamaba. Se llamaba Nikolaus.

Luego fui donde la abuela.

No le conté nada sobre mi visita donde Herbert Plank y tampoco sobre el Manchado. Tenía miedo de que pensara que nada de eso tenía sentido.

La casa de la abuela estaba calientita. Tenía una estufa vieja que me gustaba mucho. Detrás de la estufa salía un gran tubo que iba hasta el techo de la habitación y si se dejaban las puertas de la estufa

demasiado tiempo abiertas, el tubo empezaba a ponerse rojo. Una vez cuando estaba muy pequeña, me quemé con la estufa. Grité tanto, que todo el edificio vino y más tarde me trajeron medicamentos y ungüentos.

Cuando Tatiana grita, nadie viene. Lo máximo que sucede es que los vecinos le escriben una carta al administrador y él llama a mamá y le dice que le debe prohibir que grite porque sus gritos están por encima de los sesenta decibeles.

Yo quería dormir donde la abuela. La abuela fue conmigo donde la señora Prihoda en el primer piso para llamar por teléfono. Llamé a casa. Kurt contestó.

-Pero claro, como tú quieras -dijo primero, pero luego dudó y dijo que era mejor preguntarle a mamá. Mamá pasó al teléfono. Quería saber por qué quería dormir donde la abuela. No podía decírselo porque ni yo misma sabía. Mamá dijo que era demasiado complicado. Tenía que recoger la maleta antes de ir al colegio, no tenía ropa limpia ni abrigo y de todas formas y en realidad, bueno, en realidad, estaba en contra.

-Bueno, entonces, ¿puedo o no puedo?

-Sólo si es estrictamente necesario -dijo.

-¡Estrictamente necesario no!

-Bueno, entonces ven a casa, ¡pero pronto, que ya es tarde! -dijo mamá y luego:- ¿Por qué estás allí? Creí que irías donde Anni. ¿Por qué no estás donde Anni?

Yo colgué el teléfono. Las llamadas telefónicas pueden interrumpirse por muchos factores.

-No te pongas triste -dijo la abuela-o Tal vez te dé permiso alguna otra vez.

Yo dije:

-Sí claro -pero no lo creía.

Fui a casa, y durante todo el camino pensé en lo que debía decirle a mamá.

Pero cuando llegué a casa, mamá estaba en cama y tenía un cataplasma sobre la cabeza. La Trabajadora Social me preguntó algo, pero no le respondí.

¡Nunca olvidaré mi visita a donde el Manchado! Estuve a las tres en punto en el parque con la bolsa de deporte porque debía ir a un entrenamiento en la tarde. Nikolaus y Alí Babá estaban recostados en la reja de entrada al parque.

-¿Están seguros de que está en casa? -pregunté.

No quería faltar al entrenamiento por nada.

-Ya nos hemos anunciado -rió Alí Babá.

-¿Le contaron que yo vendría por lo de mi hermana?

Nikolaus negó con la cabeza.

-¡Claro que no! Yo le pasé un papelito en clase de latín. Decía: «Tienes que estar en casa a las tres, o si no, se quema la choza».

-¿Cuál choza se quema?

Los dos se rieron de mí. Se dice «se quema la choza» cuando pasa algo muy grave.

Nikolaus me explicó que había ideado un plan grandioso.

Alí Babá dijo que el plan tendría éxito.

Me llevaron a la esquina donde vivía el Manchado. Debía ir escondida, caminando pegada a los muros. Como el Manchado le temía a Alí Babá, se pondría en la ventana y esperaría.

Si él me veía, se enteraría inmediatamente de todo y el maravilloso plan se iría al diablo.

Me fui tan pegada al muro que mi chaqueta se ensució en los hombros.

En el primer piso estaba recostada la bicicleta del Manchado; la del asiento con cola de zorro.

Alí Babá aflojó y quitó la válvula de la rueda de adelante.

-Si no lo cuenta todo -murmuraba mientras lo hacía- no se la devolvemos.

Eso me pareció el colmo, pero ni Alí Babá ni Nikolaus le dieron importancia a mi protesta.

El Manchado se apellida Sechsbuenger y, desde la entrada de su casa, todo es fuera de lo normal. Una puerta así, sólo se ve en películas antiguas. Es una puerta café oscura doble, alta y grande. En el marco de la puerta hay guirnaldas talladas y un gran triángulo de madera con tallos, flores y hojas de madera.

“Sechsbuenger” dice en una placa de latón incrustada a la puerta y abajo de eso, en un cuadro de papel:

Un timbrazo: SECHSBUERGER

Dos timbrazos: HUBER

Tres timbrazos: SHILEK

-Ésos son los inquilinos -dijo Alí Babá.

Nikolaus timbró una vez. Oí pasos que se acercaban, y luego hubo silencio. La puerta no se abrió.

-Timbra de nuevo -susurró Alí Babá.

-Pensarán que es para Huber -susurró Nikolaus.

En una parte de la puerta había una pequeña rendija. Primero pude ver varios colores y luego algo café. Jalé a Nikolaus del brazo y le señalé el agujero. Nikolaus rió, tapó el agujero con la mano y dijo fuerte y solemnemente:

-Wolfgang Joachim Sechsbuerger, quita el ojo del agujero y abre, si no, la choza se quemará aún más rápido.

La puerta se abrió, pero sólo un poco. No podríamos empujarla porque la cadena de seguridad estaba puesta.

No se podía ver, pero sí se podía oír al Manchado.

-¿Qué es lo que quieres? -preguntó.

-Una charla contigo. Una charla seria -dijo Alí Babá con una voz profunda.

-¿Sobre qué?

-¡Sobre la oportunidad más grande de tu vida!

-¿Cuántos son?

-Tres.

Entonces quitó la cadena de seguridad y pudimos entrar. Nunca había visto un corredor así; ni siquiera en el cine. Algo así sólo se ve una vez en la vida. Era tenebroso: No se podía ver ni un solo centímetro de pared descubierta; sólo había grandes armarios. Todos eran café oscuro y muy adornados; ninguno se veía igual a los demás. Encima de los armarios había cajas y cartones apilados hasta el techo. Y en la mitad, de los armarios había toda clase de cosas llenando el espacio. Camino a la puerta de la habitación me tropecé tres veces y me pegué dos. Me tropecé con un viejo cilindro, un enorme contador de gas colgado de la pared, un paragüero de latón tan grande como un tonel para agua y una escoba recostada en la pared; pisé la parte inferior de la escoba y el palo me cayó encima.

El quinto obstáculo, por más extraño que parezca, fue una bañera. Una bañera de latón que estaba llena de papas y cebollas.

En comparación al comedor, la habitación del Manchado era normal. En comparación a otras habitaciones de jóvenes, era totalmente diferente.

Había un piano con una tapa puntiaguda encima y una mecedora pintada con flores, y muchísimas plantas en los marcos de las ventanas. Había una lámpara de pie con una caperuza de plástico y un escritorio con patas giratorias, y en las paredes había óleos. Uno hubiera podido pensar que una vieja vivía allí.

-Tomen asiento -dijo el Manchado. No sabíamos dónde sentarnos porque el Manchado se sentó en la mecedora de flores y no quedó sitio para nosotros.

-Perdón -dijo el Manchado. Se levantó, fue hacia una cortina colorida, la corrió y sacó una cama.

Nos sentamos en la cama y él volvió al asiento de flores.

-¿De qué se trata? -preguntó, y tomó una caja de cigarrillos del escritorio, y encendió uno.

-¿Conoces a la dama? -Alí Babá me puso una mano sobre el hombro.

El Manchado asintió.

-¿Sabes lo que pasó con su hermana? -preguntó Nikolaus.

El Manchado asintió de nuevo. Lo miré fijamente.

Nikolaus y Alí Babá lo miraron también. Luego gritaron a coro:

-Bueno, ¡escúpelos!

-Desapareció -dijo Manchado y tiró la ceniza de su cigarrillo. Dejé de mirarlo.

-Tarado -exclamó Nikolaus-. Ya sabemos que desapareció. ¿Con quién está y con quién desapareció? Eso es lo que queremos saber.

-No lo sé -dijo el Manchado.

-Oye, pero si ella era tu amada; ¡debieras saber a dónde fue!

El Manchado se sonrojó.

-¿Dónde te juró amor eterno?

El Manchado se sonrojó aún más.

-Dinos dónde.

Ahora el Manchado estaba tan rojo como un tomate maduro.

-Yo, yo... -tartamudeó.

-Tú, tú, -interrumpió Alí Babá-. Tú nos lo has contado siempre durante los recreos.

-Yo... yo... -empezó el Manchado.

-Sí, tú, tú, tú -gritó Nikolaus-. ¡Si la amabas y ella a ti, debió haberte contado a dónde se iba!

El Manchado chupó el cigarrillo.

-Nunca me ha querido -dijo.

- Eso lo sabemos desde hace mucho tiempo, apreciado Manchado.

Alí Babá se levantó de la cama plegable. El color de la cara de Manchado cambió de rojo tomate a blanco huevo.

-¡Para! Detente ya -gritó.

Alí Babá le puso los brazos sobre los hombros, lo cual el Manchado quería evitar a toda costa.

-¿Qué quieren de mí? ¿Me quieren hacer enfadar? -se quejó.

Creo que estaba a punto de llorar. Estaba vuelto nada y yo sorprendida de ver lo rápido que se podía acabar a otra persona.

-Queremos -esta vez Nikolaus se puso de pie y fue hacia el Manchado-, ¡queremos saber la verdad con detalles!

Nikolaus sonreía poco amigablemente.

-Siempre seguiste a Ilse Janda y la espiabas constantemente.

El Manchado protestó.

-¡Cierra la boca! -ordenó Nikolaus-. ¡Sabemos perfectamente que fue así! Y nos vas a contar lo que Ilse Janda hacía fuera de ir al colegio y a clase de piano.

Me señaló.

-Hay muchas cosas que no han sido aclaradas, como dice su hermana.

El Manchado no quería hablar.

-Querido Wolfgang Ioachin Sechsbuerger -dijo Alí Babá amigablemente, presionando sus manos sobre los hombros del Manchado-. Si no nos lo dices inmediatamente, entonces recibirás mañana en el colegio, por escrito, un informe sobre lo mentiroso que eres, y escribiremos en el tablero que el señor Sechsbuerger no ha tenido nunca nada con ninguna chica.

Estaba destruido. Encendió un nuevo cigarrillo. Nos ofreció uno. Fumé el primer cigarrillo de mi vida y escuché al Manchado, quien sorprendentemente lo sabía todo sobre mi hermana. Incluso sobre mí, sobre mamá y sobre todos nosotros.

Era evidente que conocía cada botón del abrigo de Ilse. También conocía su horario de clases de memoria. Decía cosas como:

-El miércoles cuando tiene latín a la sexta hora, usa el suéter rosado con un corazón blanco.

Hablaba como si hubiera vivido cien años con nosotros. Era muy elocuente al hablar. Tuve la sensación de que ya no estaba enfadado con nosotros y de que estaba feliz de poder contarle todo de una vez.

Después de media hora habló de lo que a mí realmente me interesaba:

-Estaba recostado en el poste con mi bicicleta al frente de su casa y ella salió puntualmente. Yo pensé: «Ahora iré donde la maestra de piano, porque tiene la carpeta con las notas bajo el brazo», pero partió calle arriba hacia la estación y se quedó allí parada. Yo me dije: «Si quiere ir a una o dos estaciones más allá, con seguridad tomará el autobús. Distancias tan cortas se hacen siempre a pie». Yo me fui en bicicleta, porque el autobús iba más o menos rápido y no podía seguirlo fácilmente. Me detuve en la tercera estación. Cuando el autobús se acercó vi a Ilse, pero no se bajó. El autobús arrancó. Me fui detrás de él; estaba sudando porque iba cuesta arriba. En la sexta estación por fin se bajó y cruzó al frente del autobús. Tuve que esperar a que el autobús se fuera para cruzar la calle. Cuando el autobús desapareció, Ilse también lo hizo. Dejé mi bicicleta recostada contra una puerta y

miré en todas las tiendas del otro lado de la calle. En el puesto de verduras no estaba; donde el carnicero tampoco.

-Bueno, ¿entonces dónde estaba? -Alí Babá se impacientaba.

El Manchado disfrutaba mucho de nuestra curiosidad. Sonrió y continuó:

-Sí. ¿Dónde estaba ella? Estaba en el café y salió con uno... y...

-¡Un momento! -gritó Nikolaus-. ¡No tan rápido! ¿Cómo era él?

-Era un adulto, en fin, bastante crecido y tenía un abrigo de cuero blanco hasta las pantorrillas.

-¿Y luego? -preguntó Alí Babá.

-Luego se subieron a un auto y se fueron.

-¿En un BMW rojo? -ésa fue mi primera y única pregunta.

El Manchado asintió:

-BMW rojo 200, cojines de cuero, con un hada de plástico colgando del espejo retrovisor, licencia W704265.

Alí Babá se rascó la cabeza.

-Con el número de la licencia se puede averiguar quién es el dueño -dijo Nikolaus.

El Manchado dijo triunfante:

-Eso ya lo averigüé hace rato. El hombre del abrigo de cuero es el Ganso de Oro.

-¿Cómo se llama? -Nikolaus y Alí Babá preguntaron al unísono.

El Manchado explicó:

-Por supuesto que ése no es su nombre, pero cuando va en el auto lo deja en la callejuela de atrás del «Ganso de Oro». La casa tiene dos pisos. Abajo queda el bar y arriba me imagino que vive el propietario. Lo vi mirando hacia fuera a través de las ventanas del bar y también mirando a través de las ventanas del segundo piso. Y a Ilse la he visto paseando con el perro. Una bestia café, enorme, que casi siempre está echada a la puerta del establecimiento.

Después nos enteramos por el Manchado de que el Ganso de Oro siempre le pasaba a Ilse el brazo por el hombro, que con frecuencia la esperaba en su BMW rojo en la segunda esquina de nuestra casa, y que no había vuelto a ver el BMW rojo delante del bar desde que Ilse había desaparecido.

-A veces -dijo el Manchado meditabundo-, se sentaban en el auto y él le tomaba la mano y le besaba cada dedo.

-Tómalo con calma, Manchado -dijo Nikolaus.

-¡Ah! -el Manchado sacudió la cabeza-. Eso ya es cuento viejo para mí. Ahora tengo una novia muy linda de sexto.

Alí Babá sacó la válvula de la bicicleta de su bolsillo.

-Como has hablado, te la devolveré. Podrás volver a hacer tu espionaje.

-Palabra de honor -gritó el Manchado-. Ya no perseguiré a Isle. ¡Ahora tengo a Lola! ¡Esta vez es cierto! Hasta hemos ido al cine juntos.

-Las coincidencias existen. ¡Coincidencias! -dijo Nikolaus.

-¡No fue coincidencia! Yo compré los boletos.

Creo que el Manchado estaba de nuevo al borde del llanto. Alí Babá se dirigió a la puerta de la habitación e hizo una reverencia.

-Esto fue como una fiesta para mí.

-Con faroles y a la luz de la vela -dijo Nikolaus y levantándose también fue hasta la puerta. Yo me levanté de la cama.

-Muchas gracias -dije.

-No hay nada que agradecer -murmuró el Machado.

-Bueno, ¡ven ya! -gritó Nikolaus.

Salí de la habitación. Nikolaus y Alí Babá se recostaron en la puerta abierta de la habitación. Me volví a tropezar con el cilindro y me golpeé el otro tobillo con el contador de gas.

Abajo, al frente de la puerta del Manchado, Nikolaus dijo agitado:

-¡Debo ir rápido a casa, muy rápido! Si no, gritarán de hambre. No han comido desde hoy por la mañana.

-Se fue corriendo calle abajo. Alí Babá se rió.

-¿Quiénes se morirán de hambre? -pregunté-. Tiene ratas?

-¡Hámsters!

-¿Dos?

Alí Babá rió todavía más.

-Creo que tiene cincuenta y cuatro, o tal vez ahora sean sesenta y siete.

-¡Mientes!

-Nunca miento. No vale la pena. La verdad es mucho más extraña.

Alí Babá puso una cara muy seria, con arrugas. Pero no tenía muchas arrugas. Sólo dos encima de las cejas.

-El querido Nikolaus -dijo-, pidió hace dos años de regalo dos hámsters y se los dieron. Y como eran dos hembras las llamó Antonia y Antonieta, pero Antonia no era hembra. Era en realidad un macho. Luego tuvo ocho hámsters. Desde ese momento, los separa.

-¿Qué hace?

-Los separa. Después de cada nuevo nacimiento toma los bebés y los examina; a los machos los pone en la jaula para machos y a las hembras en la jaula de las hembras. ¿Entiendes?

Por supuesto que le entendía, pero lo que no entendía era cómo Nikolaus había llegado a tener cincuenta y cuatro o sesenta y siete hámsters.

-Porque es muy difícil saber qué sexo tienen los bebés -dijo Alí Babá sonriendo-. Nikolaus utiliza una lupa, pero, sin embargo, a veces se equivoca y los hámsters se reproducen rápidamente.

Alí Babá calló un momento y dijo:

-Si la buena mamá hámster no se comiera de vez en cuando a sus retoños, entonces tendría más de cien.

-¿Y sus padres se lo permiten?

Alí Babá subió los hombros y dijo que sus padres se quejaban, naturalmente.

-¿Pero qué pueden hacer? -preguntó Alí Babá.

-¡Pues prohibírselo! -dijo yo.

-Eso no se puede prohibir -dijo Alí Babá asintiendo.

Yo suspiré.

-Mira, cariño -explicó Alí Babá-, no tienes por qué suspirar. ¡Si alguien se deja prohibir, él es culpable! Los padres sólo pueden hacer algo en contra tuyo, cuando, primero, les tienes miedo, y segundo, cuando haces lo que ellos ordenan -se sonó con un enorme pañuelo a cuadros-. En realidad ellos no tienen ningún poder. Son como tigres de papel. Nosotros tenemos mucha más fuerza y más tiempo. Sobre todo más fuerza. Todo lo que en realidad pueden conseguir es ponerse enfermos de los nervios o tener enfermedades estomacales.

-¡No! -sacudí la cabeza-. ¡Te pueden golpear y encerrar en un hogar para jóvenes, y no darte dinero y qué se yo lo que pueden hacerte!

Alí Babá me miraba indignado.

-Cariño -me gritó-, no estoy hablando de la Edad Media, ni de sádicos. Estoy hablando de padres normales -me miró interesado-. ¿O es que tus padres te han golpeado y te han quitado la mesada?

Curiosamente dije «no», aunque mamá me ha abofeteado por pequeñeces cuando está nerviosa. Una vez porque debajo de mi cama había una manzana mordida y otra vez porque no limpié mis zapatos. Últimamente me ha golpeado muy rara vez.

-¿Ves? -dijo Alí Babá satisfecho-. Ninguna persona normal golpea a sus hijos.

No quería contradecirlo, pero hubiera podido hablarle de decenas de padres, no sólo de mamá, que golpean a sus hijos.

-Una vez mamá quiso darme una bofetada, pero entonces la miré y le pregunté si estaba completamente segura de que no se la devolvería. Entonces se quedó quieta.

-¿Lo hubieras hecho?

Alí Babá rió:

-No sé. Creo que no. Mamá es frágil y no tiene fuerza.

-¿Y tu padre? -pregunté.

-A él sólo lo veo los domingos al almuerzo. De todas maneras, le da lo mismo. A él lo único que le molesta es que yo sea un chico delgado. Tergiversa un poco las cosas. Cuando se entera que tuve una buena nota, me llama sabelotodo y si recibo una mala nota, me regala dinero.

Yo miraba a Alí Babá como una tonta. Luego dijo:

-Niña, ¡cierra la boca que te va a dar angina!

Cerré la boca. De todas maneras no tenía ganas de hablar. No me gusta oír hablar de padres raros y graciosos. Eso me pone triste. No mucho, pero sí un poco. Simplemente me da envidia. Traté de consolarme diciéndome que Alí Babá mentía. Pensé: «Tiene unos padres horribles. Es como Manchado. Miente». Pero no me pude convencer de eso, porque a juzgar por la manera como estaba vestido se podía notar que hacía lo que le daba la gana. Llevaba unos jeans blancos deshilachados con tres manchas de colores en la parte trasera y con dibujos en marcador rojo en las piernas. Tenía una camisa hindú con bordados de colores y espejitos en medio. Y encima de la camisa una chaqueta sucia de piel, también con bordados.

Sobre la gruesa cabeza llevaba un sombrero de fieltro muy abombado, que además era rosado. A mamá le daría un ataque de nervios si yo decidiera andar con ese tipo.

Incluso iba al colegio vestido así.

Alí Babá me sacó de repente de mis divagaciones:

-¿Irás sola, o quieres que te acompañe?

-¿Que si iré a dónde? -pregunté, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

-Al Ganso de Oro, por supuesto.

Tenía muchas menos ganas de ir al Ganso de Oro que de ir a donde el Manchado. ¿Qué tenía que hacer yo allí?

Fuera de eso el BMW rojo ya no estaba. ¡Ya había sido suficiente! ¡Un ganso de oro con chaqueta de cuero, que le besaba a mi hermana la punta de los dedos, y un Manchado que los perseguía en su bicicleta y los espiaba!

Eso no tenía nada que ver con la Ilse que yo conocía. Ésa era una Ilse extraña y no quería saber nada más sobre esa desconocida.

-¿Entonces? -insistió Alí Babá.

-No sé... -tartamudeé.

-La callejuela está allí mismo -dijo señalando al parque-. Podemos ir a mirar el bar desde afuera.

No tenía nada que decir. Yo había pasado por esa calle con frecuencia, podía recordar un bar con una puerta, unas ventanas pintadas de verde y un enorme perro echado frente a la puerta.

Fuimos por el parque. El Ganso de Oro era la casa número 7, tal y como el Machado la había descrito: Abajo el bar, arriba la casa. Junto a la puerta del bar había una puerta verde y dos timbres. En uno se leía: «bar», y junto al otro «casa». El perro grande no estaba junto a la puerta abierta, porque la puerta estaba cerrada.

-Es un bar excelente -aseguró Alí Babá.

Primero nos detuvimos en la acera frente al Ganso de Oro. Luego nos acercamos al bar. Junto a la puerta había una caja de cristal en donde había un menú.

-Gulasch, repollo con papa, carne, salchicha con mostaza, carne con verdura, queso y cerveza del barril» -leyó Alí Babá y murmuró:- Típicos precios de bar, no es para hombres decentes.

Yo traté de mirar por la ventana, pero detrás de los vidrios había unas cortinas rojas. Sólo se podía reconocer un pedazo de mesa o de silla.

-Tengo sed -dijo Alí Babá.

-Yo no -dije. Por nada en el mundo iba a dejar que Alí Babá me metiera en el Ganso de Oro. Además, yo no tenía dinero. Pero Alí Babá simplemente me empujó hacia adentro; él es impresionantemente fuerte. Ya con un pie adentro, no me atreví a retroceder. Se hubiera visto demasiado raro.

La gente que estaba sentada en el bar tomaba cerveza y miraba a Alí Babá, extrañada, quizá por los pantalones blancos y el sombrero rosa. Lo seguí hacia una mesa.

-¿Desea, madame, quitarse el abrigo? -me preguntó en una voz escandalosamente alta.

-No grites así -susurré y le di mi abrigo.

-¿Puedo acomodarle a, madam,e el asiento? -preguntó en el mismo tono de voz y un par de personas rieron.

Me senté como un rayo en el asiento que Alí Babá había retirado y le di la espalda a la demás gente. No los quería ver reír. Aparte de la cafetería en donde me encuentro con papá, no voy nunca a sitios así. Sola, es decir sin mamá o papá o Kurt, nunca había estado en un lugar de éstos y menos en un bar. Y, sobre todo, nunca con un gordo con jeans pintados y con un sombrero de fieltro rosado en la cabeza.

-¡Quítate el sombrero! -susurré.

-¿Le molesta a la dama mi casco? -preguntó Alí Babá.

-No grites así y compórtate como alguien normal.

-Entonces compórtate tú también como alguien normal: no susurres como una musaraña, y no te molestes como un ratón de iglesia y no mires de reojo como un ratón casero -dijo Alí Babá, esta vez sin que los demás pudieran escuchar.

Luego se quitó el sombrero de fieltro.

Una camarera vino a nuestra mesa y nos tomó el pedido. Yo no sabía qué pedir.

-Lo mismo que tú -le dije a Alí Babá.

-Dos salchichas con mostaza, dos porciones de queso, dos tortas de melocotón y dos botellas de jugo de manzana -ordenó Alí Babá.

Me asusté. No porque fuera mucho, pues tenía bastante hambre. Me asusté por la cuenta. Pensé pedirle dinero prestado a Alí Babá. Si comía salchichas, queso, torta de melocotón y jugo de manzana, no lo podría pagar ni con toda mi mesada.

-Esto te lo tendré que pagar a cuotas -dije.

-Cariño, estás invitada -Alí Babá asintió con un gesto protector y sentí como una pedrada en el corazón.

La camarera trajo el jugo de manzana y dijo que las salchichas vendrían enseguida.

-Dígame -preguntó Alí Babá-, ¿no tienen aquí un enorme perro? ¿Un hermoso perro enorme?

-Un perro enorme sí tenemos -dijo la camarera-, pero no es hermoso.

La camarera miró por debajo de una mesa y gritó: -¡Ferdinand, ven, aquí hay alguien que cree que eres hermoso!

Un par de tomadores de cerveza rieron y la mesa empezó a tambalearse un poco. De allí salió Ferdinand.

Bueno, no era realmente hermoso, pero se veía bastante amigable.

Vino lentamente hacia nuestra mesa. Lamió primero a Alí Babá y luego a mí. La camarera lo palmeó en el trasero.

-Está viejo, muy viejo. Su edad corresponde como a 52 años humanos.

-¿Es suyo? -preguntó Alí Babá.

-¿Qué? -la camarera rió-. A una bestia como ésta no la podría alimentar nunca. Come más que cuatro niños juntos. Yo sólo soy una empleada y el perro le pertenece al dueño del bar.

La camarera le acariciaba la cola a Ferdinand y le sacaba motas de polvo.

-Cómo estás de sucio -murmuró la señorita-. Si no conseguimos una nueva aseadora, nos ahogaremos en la suciedad.

-Nunca nadie se ha ahogado en la suciedad -dijo Alí Babá, y la señorita se rió.

Después de limpiar la cola del perro, la señorita dijo:

-Una nueva aseadora se presentó hoy, pero el dueño no la aceptó por ser turca. Pero yo me digo...

Dejó de hablar porque uno de los clientes de la mesa de al lado alzaba su jarra vacía gritando:

-Hermi, Hermi.

-No me dejan en paz ni un minuto -murmuró. Se dio la vuelta, tomó el vaso vacío y se dirigió hacia la barra. Alí Babá la miraba con satisfacción.

-El dueño no se ha ido. Está aquí -afirmó.

-¿Dónde? -pregunté.

-La clarividencia es el único don que no poseo.

-¿Cómo puede estar aquí si Ilse se fue? -pregunté.

-¡Eso lo averiguaremos!

-¿Averiguarlo? ¿Cómo?

Antes de que Alí Babá pudiera responder, la puerta del bar se abrió. Un hombre, el doble de grande y de gordo que Alí Babá, entró por la puerta.

Tenía un gorro de lana azul en la cabeza, un delantal azul y en los pies unos zuecos. Llevaba una camisa a cuadros y encima de la camisa una chaqueta de campesino. No soy buena para calcular la edad de los adultos, pero yo diría que estaba entre la edad de un padre viejo y un abuelo joven. Oí perfectamente que Hermi le decía:

-Buenas tardes, señor jefe.

Y Alí Babá escuchó claramente que un cliente decía:

-El jefe ha llegado. Tal vez juegue cartas con nosotros.

Se quitó el sombrero azul de la cabeza. Debajo se apreciaba una enorme calva.

-No tengo tiempo -explicó-. Debo irme en un momento.

Los clientes murmuraron desilusionados. Ferdinand le agarró una pierna al jefe con los dientes.

-Ferdinand, ¡detente! -gritó el dueño. El perro dejó la pierna, miró al jefe y vino de nuevo a nuestra mesa. Me puso la cabeza sobre las piernas y se dejó acariciar.

Estaba totalmente confundida. El oso calvo con el gorro de lana no podía ser el amigo de Ilse. ¡No era posible! Alí Babá se sorprendió también.

-Caramba, cariño -dijo-. Si éste pudo conquistar a tu hermana, entonces yo enamoraré a Miss Universo sin dificultad.

La camarera trajo las salchichas con mostaza y agarró a Ferdinand.

-Con él -explicó- no podrán comer en paz. ¡Es voraz! les quitará las salchichas de la mano y se las tragará.

Ferdinand no se dejó llevar fácilmente. Había olido las salchichas. La camarera lo agarró del collar y lo metió por la puerta de la cocina.

-Un perro así es una vergüenza para un bar -dijo.

El jefe se rió detrás de ella, y yo pensé: «Lástima que un perro así no pueda hablar. Ferdinand nos podría ayudar diciéndonos a dónde se fue Ilse».

La camarera nos trajo el queso y la tarta de melocotón.

El jefe desapareció tras una puerta sobre la cual había un letrero que decía «sótano».

Alí Babá dijo en voz baja que mi hermana tenía un problema con la figura del padre y que sólo podía amar a hombres mayores. Y cuando yo le conté que papá no se preocupaba mucho por nosotras, entonces confirmó aún más su teoría.

-Puro reemplazo del padre. ¡Total reemplazo paterno! -explicó una y otra vez. Alí Babá dijo una cantidad de cosas sobre el reemplazo paterno y cosas parecidas, pues uno de sus pasatiempos favoritos era la psicología. Todo lo que decía sonaba más o menos correcto, pero yo tenía una objeción.

-Ese oso -dije- no cabría en un abrigo de cuero blanco hasta los tobillos, y no veo ningún BMW rojo -como no nos podíamos imaginar al gordo en un abrigo de cuero, Alí Babá tuvo que ceder.

Me comí el último trozo de torta de melocotón.

-¿Quieres otra? -me preguntó Alí Babá.

Hubiera podido comerme otra, pero no quería que Alí Babá gastara tanto dinero en mí.

-No, gracias -dije.

-¿Piensas que el Manchado mintió?

-No creo que haya mentido.

-Si no mintió -dijo Alí Babá-, entonces al dueño sí le va el abrigo blanco hasta los tobillos.

-¡Seguro que no!

-¡Hay que darle tiempo al tiempo para que llegue la solución, antigua sabiduría campesina! -dijo Alí Babá-. Los casos complicados no se pueden resolver en una tarde, cariño -me tomó de la mano-. Pero lo averiguaremos.

Luego Alí Babá dijo que debía ir urgentemente al cine. Me invitó, y dijo que estaba seguro de que cualquier supervisor de cine me tomaría por mayor de catorce años.

-Debo ir a casa -dije. Se rió de mí y dijo:

-¡Apenas son las cinco y cuarto!

Me asusté. A las cinco debía haber llegado a casa.

No quería explicarle a Alí Babá cómo era lo de la puntualidad con mamá y la Trabajadora Social. No lo entendería.

-No me gusta ir al cine -dije.

-¿Estás loca? -preguntó.

Luego dijo que yo era una pedante insípida o una persona demasiado fuera de lo normal si no me gustaba ir al cine.

Deseé secretamente que creyera de mí lo que quisiera. Pagó la cuenta, pero insistió en que lo acompañara al cine y no pude negarme. Terminé yendo.

Al volver a casa hubo una pelea doble.

En realidad yo sólo pensaba acompañar a Alí Babá hasta la puerta del cine, pero allí se encontraban Nikolaus y su hermano pequeño, y había tres personas de mi clase. Todos me dijeron que entrara, que la función terminaba a las siete, que estaría en casa por tarde a las siete y cuarto y que ésa era una hora razonable para alguien de doce años de edad.

Antes de que pudiera pensar si la hora era o no razonable, Alí Babá había comprado dos boletos, y Nikolaus me empujaba hacia la puerta del cine. Entonces ya no pude pensar más porque tuve que preocuparme por verme como una chica de catorce años y caminar y sonreír.

La película era para mayores de catorce, pero sólo hubo tres asesinatos y un par de besos.

Nikolaus dijo que la película no era para menores, porque alguien había robado y no lo habían encarcelado.

Cuando terminó la película dejé a los otros hablando frente al cine y me fui corriendo a casa.

Llegué sin aliento, y entonces sucedió la primera pelea. Mamá estaba descontrolada.

-¿Puedo saber dónde has estado todo este tiempo? -me gritó en un extraño tono tembloroso-. ¡Dijiste que vendrías a las cinco!

-Lo siento, duró más de lo pensado.

-¿Qué duró más de lo pensado?

-Pues la investigación -respondí-. Estuve donde Anni después del entrenamiento. Tuvimos que buscar todo juntas. En el libro no encontramos nada razonable y el padre de Anni nos ayudó. Miró en un par de dictionarias.

-Se dice dictionarios -corrigió la Trabajadora Social. Me miraba de una manera muy extraña. Me inquieté. Como estaba tan incómoda con la situación, dije una cantidad de tonterías sobre Anni y el autobús que tarda una eternidad en llegar, y sobre la investigación.

-Es tan misteriosa como su hermana -dijo la Trabajadora Social.

-Si no me dices la verdad inmediatamente aquí va a pasar algo -dijo mamá.

Yo grité que decía la verdad y mamá me dio un golpe.

-No la golpees, no vale la pena -dijo la Trabajadora Social.

-Claro que sí -chilló mamá y me dio una bofetada- Sí. ¡Me va a decir inmediatamente dónde estaba!

Pensé en Alí Babá y en su teoría de que los niños tienen más fuerza y más tiempo, y que los padres, en realidad, no tienen poder. Me dije: "Alí Babá, si pudieras ver a mamá, no dirías eso".

La Trabajadora Social repitió:

-No la golpees. No vale la pena.

Pero mamá me volvió a abofetear y la Trabajadora Social puso cara de satisfacción.

Mamá gritó que Anni Meier había llamado hacía dos horas y que quería saber las respuestas de las operaciones de la tarea de matemáticas.

-Yo le pregunté -gritó mamá-. ¡No tienen que hacer ninguna investigación! ¿Dónde estabas?

No respondí. Cuando se han recibido tres bofetadas, una más da igual.

-¡Es una descarada! -exclamó la Trabajadora Social. Mamá me dio la cuarta bofetada, y de repente empezó a sollozar.

-No te alteres, ¡cálmate! ¡Tranquilízate! -dijo la Trabajadora Social.

-La historia se repite con ella -sollozó mamá. Estaba asombrada de mí misma, pues no sentía pena por mamá.

Hasta ahora siempre me había dado lástima cuando la veía llorar.

-¿Ves lo que has logrado? -gritó la Trabajadora Social y señaló a mamá-. ¡A ustedes nada les importa!

Fui a mi habitación. Tenía tareas que hacer. Apenas me senté en mi asiento, vino mamá. Empezó todo suavemente. Me dijo que debía decirlo todo o que si no, me pasarían cosas terribles. Afirmó que yo era tan terca como una mula y que creía que podía hacer todo lo que me viniera en gana.

Luego gritó que debía quedarme en mi habitación y que no hablaría conmigo por semanas y que no esperara nada de ella en mi cumpleaños.

Cuando mamá salió del cuarto vino Oliver y me preguntó:

-¿Dónde estabas?

-En el cine -le respondí.

-¿Me llevas la próxima vez contigo? -preguntó.

Yo asentí.

La puerta de la habitación se abrió. La Trabajadora Social miró hacia adentro.

-¡Oliver, ven aquí! ¡Inmediatamente!

Oliver no quería. La Trabajadora Social entró en la habitación y agarró a Oliver diciendo:

-Debes ir a la cama.

Oliver intentó librarse, pero no sirvió de nada. Ella era más fuerte.

-¡La próxima vez me llevará con ella! -gritó Oliver.

-¿A dónde te llevará? -preguntó la Trabajadora Social y dejó ir a Oliver.

-¡No te lo diré! -gritó Oliver, se zafó y se fue al baño. Allí se encerró y la Trabajadora Social se paró media hora frente a la puerta golpeando y amenazando, hasta que Oliver salió.

Poco después llegó Kurt. Aparentemente llegaba un poco tarde, pues oí que la Trabajadora Social decía:

-¡Por fin! La cena se va a enfriar.

Creo que después Kurt miró a mamá.

-Tesoro, ¿alguna novedad?

-No, ninguna -respondió mamá con voz llorona y Kurt preguntó:

-¿Pasa algo? ¿La policía ya...? -en ese momento intervino la Trabajadora Social:

-¡Nada! La policía duerme y escribe multas. No se mueven para nada, pero la, la... -me podía imaginar que estaba parada en la puerta de la cocina y señalaba hacia mi habitación.

-¿Qué pasa con Érika? -preguntó Kurt.

La Trabajadora Social chilló que yo me había comportado descaradamente, mamá sollozó que yo me había escapado y regresado sola a las siete y cuarto, y Oliver salió de su habitación y gritó:

-¡La han golpeado! ¡La han golpeado muy fuerte!

-¿Quién le ha pegado a quién? -preguntó Kurt.

-¡Mamá a Érika -gritó Oliver. La Trabajadora Social gritó que ésa era una pregunta estúpida.

-¿A dónde vamos a llegar? -gritó.

Oliver gritó que ya no quería a mamá por haberme pegado. Eso hizo enfadar aún más a la Trabajadora Social.

-¡Cállate! ¿Cómo te atreves a decir eso? -gritó.

Oliver dijo:

-Beee -y mamá lo amenazó con una bofetada. Al mismo tiempo oí la voz de Tatiana: quería sentarse sobre los hombros de Kurt.

Durante un rato había tal alboroto al frente de mi puerta, que no podía entender palabra.

La que más gritaba era Tatiana. Después supe que quería subirse a los hombros de Kurt y que se cayó encima de Oliver cuando iba en la mitad, y luego Oliver se cayó con Tatiana encima y mamá aseguró que todo era culpa de Kurt porque no le había ayudado a Tatiana a treparse.

Por fin la gritería se convirtió en murmullos que calmaba a Tatiana, y las voces se alejaron.

Me acosté y traté de imaginarme algo agradable, pero no pude. Más tarde la puerta de mi habitación se abrió y entró Kurt.

Me dijo que fuera a cenar. Yo me negué.

-¡Vamos, no sea tontita, ven! -dijo.

Yo me negué de nuevo con la cabeza. Era verdad que no quería. No tenía ganas de verle la cara a la Trabajadora Social ni a mamá.

-Te lo pido, Kurt -gritó mamá desde la cocina-. Si no quiere, déjala.

-Ven. vamos, ¡hazlo por mí! -dijo Kurt. Kurt me pedía algo muy rara vez y yo estaba dispuesta a pararme inmediatamente e ir con él al comedor, cuando mamá miró por la puerta abierta y empezó a reñir de nuevo. Fue cuando me volví a acostar.

Mamá refunfuñó.

-Kurt, déjala, deja a la dama. ¡La dama está ofendida! ¡Está loca si piensa que le voy a creer sus historias!

-¡Por favor! -suspiró Kurt y miró a mamá desesperado.

-¿Qué quieres decir con: «por favor»? -gritó mamá-. Acaso debo aceptar tranquilamente que ande sola por ahí...

-¿Y qué? -preguntó Kurt.

Antes de que mamá pudiera responder, la Trabajadora Social estaba ahí.

-Pienso que te comportas de una forma grotesca.

Todo tiene su límite -gritó Kurt y añadió-:Ustedes me destrozan los nervios.

La Trabajadora Social respiró con dificultad, como los pescados antes de morir. Mamá sollozó de nuevo.

Oliver pasó por entre la Trabajadora Social y mamá hasta mi cuarto, y dijo:

-Érika estaba en el cine y la próxima vez me llevará con ella.

Con seguridad que no quería acusarme. Es demasiado pequeño para cerrar la boca y guardar un secreto sin contárselo a todo el mundo.

-¿Es verdad que estabas en el cine? -me preguntó Kurt. Yo asentí.

Kurt agarró su chaqueta y sacó su billetera.

-Los cines están muy caros -dijo-. De tu mesada no puedes haberlo pagado -tomó un billete de cincuenta chelines y me lo dio. La Trabajadora Social tenía una mirada de pescado muerto. No sé qué mirada tenía mamá porque se dio la vuelta y se fue a la habitación.

-Cuando vuelvas al cine te daré dinero -dijo Kurt y añadió-: ¡Ahora vamos a cenar! No vamos a echar a perder nuestro apetito.

Realmente no tenía ganas de verle la cara a mamá y a la Trabajadora Social, pero no podía desilusionar a Kurt.

Las dos se sentaron a la mesa como si estuvieran en un funeral.

Kurt se comportaba como si no hubiera pasado nada. Hablaba conmigo, con Oliver y con Tatiana. De vez en cuando le preguntaba algo a Tatiana, cosas sin importancia. Mamá respondía solamente con «sí» o «no», pero de repente Kurt preguntó algo a lo que no se podía responder así y mamá no respondió nada.

-Está enfadada conmigo -le dijo a Oliver y se rió.

-¿Por qué está enfadada? -preguntó Tatiana.

-No lo sé -dijo Kurt.

-¿Por qué estás enfadada con papá? -preguntó Tatiana.

-No estoy enfadada con él -le dijo mamá a Tatiana, y Oliver le dijo a papá:

- Ella no está enfadada contigo -entonces Kurt me dijo:

-Qué bien que no está enfadada.

Fue una conversación ridícula y aparentemente mamá creyó que se estaban burlando de ella. Empujó el plato y se levantó.

-Así a cualquiera se le quita el apetito -dijo y abandonó el comedor.

Después de la cena recogí los platos y los cubiertos y lo puse todo en el lavaplatos. Limpié la mesa del comedor con un trapo húmedo y recogí las migajas que habían caído al piso. Mamá estaba con Tatiana en la habitación y oí que leía. Todas las noches le lee a Tatiana una página de un libro. Kurt tomó la mesa del televisor y la hizo rodar hasta su alcoba. Ahora no puede ver televisión en la sala pues la Trabajadora Social duerme en el sofá y se acuesta a las nueve y media.

Yo estaba en el baño y me lavaba los dientes, cuando pensé: «Esto fue todo por hoy».

Pero me equivoqué totalmente. Inmediatamente después de que me limpié la cara y después de que Kurt llevó la mesa del televisor a la habitación y le pregunté si podía ayudarme en algo, inmediatamente después, sonó el timbre. Miré el reloj. Faltaban diez minutos para las nueve, y era muy extraño que alguien viniera a esa hora. Sólo alguien que hubiera llamado antes y a quien estuviéramos esperando vendría a esa hora, pero no esperábamos a nadie.

Pensé que sería algo relacionado con Ilse. Quizás alguien de la policía, o tal vez la misma Ilse. El corazón me latía fuertemente.

Creo que Kurt pensó algo parecido, pues miró hacia la puerta y no se movió.

Sonó de nuevo el timbre. Kurt se volteó, me miró y dijo:

-Tal vez sea el portero.

Estaba tan cerca de la puerta como Kurt, pero no la quería abrir. No creía que fuera el portero. Fuera de eso estaba en pijama, y me faltaban dos botones en la camisa. Kurt dijo:

-Yo abro.

Antes de que Kurt se deslizara por entre el televisor y la puerta de la habitación, mamá y la Trabajadora Social ya estaban en el comedor y Tatiana y Oliver también.

-¿Es que nadie va a abrir? -preguntó la Trabajadora Social indignada y fue hacia la puerta.

Mamá se fue junto a ella. Se veía molesta. La Trabajadora Social abrió la puerta.

¡Alí Babá estaba allí, con la chaqueta de piel, la camisa hindú, los pantalones pintados y el sombrero de fieltro rosado en la cabeza! Le sonrió amigablemente a la Trabajadora Social.

-Perdón -dijo-, disculpe usted que la moleste tan tarde, busco a ... -Alí Babá miró hacia adentro-. Busco ... ¡Ah! ¡Ahí está mi tesoro!

La Trabajadora Social piensa que las personas que se visten como Alí Babá no son serias, sino hippies desharrapados, y le dan miedo. Se alejó de Alí Babá y éste interpretó el gesto como una invitación a entrar.

Primero se limpió los pies en el tapete de la entrada y luego entró y se quitó el sombrero diciendo:

-Muy buenas noches. No los molestaré por mucho tiempo, sólo quería... -se puso nervioso y empezó a tartamudear, lo cual no era extraño pues todos lo miraban indignados y creo que yo era quien lo miraba con más indignación.

Traté de decir algo así como: «Buenas noches, Alí Babá. ¿Qué quieres?», pero no me salió ni una palabra. Alí Babá se pisó un pie con el otro, convirtió su sombrero de fieltro en una salchicha rosada y me miró pidiendo ayuda. La ayuda vino de Kurt:

-¡Buenas noches, joven!

Entonces Alí Babá sonrió amigablemente y dijo:

-Sólo quería decirle a su hija algo urgente, y pensé que podría hacerlo ahora porque pasé por aquí de camino a casa.

-¡Bien, pues díselo! -dijo Kurt amigablemente.

-Es que debe ser en privado -dijo Alí Babá.

Kurt asintió y señaló la puerta de mi habitación.

Agarré la bata de levantarse de Kurt del baño y me la puse. Me fui detrás de Alí Babá y lo alcancé frente a la puerta de mi habitación.

-Sigue -dije y abrí la puerta. Alí Babá entró en mi cuarto y se dejó caer en la cama de Ilse. Yo cerré la puerta.

-Oye, cariño -dijo Alí Babá-, ¿qué fue esa horrible pesadilla?

-¿Qué cosa? -pregunté como si en realidad no supiera de qué me hablaba.

-¡Pues las mujeres del corredor! -Alí Babá sacudió la cabeza-. Me miraron como si fuera un cocodrilo en un internado para señoritas.

Luego suspiró y dijo que en un hogar así era un delito encontrar a alguien que hubiera escapado. Luego me preguntó si me gustaría que él me buscara algún lugar para vivir con gente amigable, se disculpó por haber hablado con tan poco tacto y finalmente dijo que había venido pues tenía una novedad que aclaraba muchas cosas.

-¿De qué se trata? -pregunté.

-¡El oso tiene un hermano! -gritó-. Un hermano muy joven; de veintiún años, o veintitrés. No lo sé con exactitud. De todas maneras ese hermano conduce un BMW rojo y con seguridad le queda bien un abrigo de cuero blanco hasta los tobillos.

Alí Babá me contó luego cómo lo había descubierto:

-Tú te fuiste a casa inmediatamente después del cine y los demás se fueron al rato, pero yo no tenía ganas de irme a casa. Entonces fui de nuevo al Ganso de Oro. En realidad sólo quería saber si el

BMW rojo estaba estacionado allí. Cuando estaba en frente del bar vi que en la casa vecina se abría una ventana en el piso de abajo y una mujer de edad miraba hacia afuera. Entonces me dije: «¡Pregúntale!» Fui hacia allá y le pregunté si conocía a un joven bastante apuesto que conducía un BMW rojo y llevaba un abrigo de cuero blanco hasta los tobillos. ¿Y qué crees, cariño? La vieja me dijo que era el hermano del dueño del bar.

Alí Babá rectificó:

-No, primero me dijo que por qué quería saberlo.

-¿Y tú que le dijiste? -pregunté.

-Bueno, lo pensé mucho y concluí que una vieja como ésa no hablaría nunca con un muchacho que tuviera un BMW rojo. Por eso le dije que yo era un muchacho pobre que había ahorrado por mucho tiempo para comprar una bicicleta, y que un BMW rojo conducido por un joven con abrigo blanco de cuero había arrollado mi bicicleta en el estacionamiento y luego se había ido. Que por eso lo estaba buscando.

Le pregunté si la anciana le había creído.

-¡Y cómo! -gritó Alí Babá-. Estaba feliz, pues no se soporta al hombre. Dijo que con frecuencia cierra la puerta del auto frente a su ventana a media noche y ella no se puede volver a dormir. Y cuando le pide que cierre la puerta menos fuerte, entonces se burla de ella.

-¿Sabía algo sobre Ilse?

Respondió que no le había preguntado a la anciana.

-Eso habría llamado demasiado la atención -dijo.

Me contó que el hermano, el viejo propietario, era un hombre honesto y ahorrador, pero que el joven era todo lo contrario; no era de confiar. Dijo que no trabajaba y que el bar no era lo suficientemente fino para él; que quería estudiar, pero que nunca presentaba exámenes porque su hermano era como un padre y siempre le daba dinero. Alí Babá suspiró. Me lo contó todo al oído.

Alí Babá se levantó de la cama y se puso el sombrero de fieltro rosado en la cabeza. Dijo que debía marcharse.

-¿Qué debo hacer ahora? -pregunté.

-Duérmete -dijo Alí Babá.

-Me refiero -dije- a lo que debo hacer con respecto a mi hermana.

Alí Babá se tocó la nariz. Luego dijo:

-Bueno, yo en tu lugar no haría absolutamente nada. Si tu hermana se ha marchado con el hombre del abrigo de cuero, que con seguridad lo ha hecho, entonces regresaría. Si te inmiscuyes podría ser

peor -se fue hacia la puerta y cuando la abrió vi que todo estaba muy oscuro. La luz del corredor no estaba encendida, lo cual significaba que la puerta de abajo estaba cerrada.

-Lo siento -dijo Alí Babá-, siento que tengas que bajar.

Busqué una llave de la puerta. No quería contarle a Alí Babá que no tenía llave. Todos los niños, excepto yo, tienen llave de la casa. Como Alí Babá viene de la luna, o por lo menos de otro mundo, dijo:

-Dame tu llave, así no tendrás que bajar y yo te la daré mañana en el recreo.

-No se dónde está la llave de la casa.

Pero si hubiera tenido una y se la hubiera dado a Alí Babá y mamá hubiera bajado, me hubiera desmayado.

Para mamá prestar la llave de la casa es como despilfarrar la herencia de la abuela. Eso lo sé porque Kurt le prestó sus llaves una vez a su mejor amigo porque no quería bajar a abrirle la puerta. Después de eso mamá hizo una escena de gritos. Y entre el mejor amigo de Kurt y Alí Babá existe una diferencia violenta, por lo menos a los ojos de mamá.

-No, no puedo. Necesito mis llaves mañana temprano -le dije.

Mientras decía esto, metía las manos en los bolsillos de los abrigos que colgaban del guardarropa. Esperaba que Kurt o mamá hubieran dejado las llaves allí, pero estaba equivocada.

-¿No encuentras tus llaves? -preguntó Alí Babá.

-Espera -murmuré-. Deben de estar en algún lado.

Aun en las peores situaciones existe siempre un rayo de esperanza. ¡De repente se encendieron las luces del corredor y un piso más arriba se oyeron pasos! Alguien bajaba por la escalera. La señora que vivía encima de nosotros acompañaba a un señor a la puerta principal. Alí Babá dijo:

-Adiós, cariño.

Y se fue con la mujer que vive encima de nosotros.

Cerré la puerta de la casa y me recosté contra la puerta.

Escuché ruidos. Oí la voz de mamá y la de Kurt. No podía entender lo que hablaban. Sin embargo, creí escuchar que discutían.

Me fui en silencio hacia la habitación de ellos.

Mamá decía:

-Bueno, pero por ningún motivo debiste dejar a ese individuo entrar en su habitación. Ni siquiera se presentó-. Kurt rió y dijo irónicamente:

-Te falta agregar que faltaban diez para las nueve, y que además de eso era un hombre.

Luego mamá dijo que con Kurt no se podía hablar, y la Trabajadora Social dijo que tampoco se podía establecer con precisión si Alí Babá era del sexo masculino o del femenino.

Mamá aclaró que no estaba en contra de que yo conociera chicos, pero que Alí Babá era muy grande para mí, demasiado gordo, feo, mal vestido y burdo.

-Es impresionante lo que puedes decir de una persona en un par de segundos.

-Como quiera que sea -gritó la Trabajadora Social-, alguien así no tiene por qué venir aquí a las nueve de la noche. ¡Debiste haberlo echado!

-¿Por qué yo? Ustedes también estaban en el corredor y se quedaron mirando como dos tontas -gritó Kurt tan fuerte que se le hubiera podido oír desde abajo-. ¿Por qué no lo echaron ustedes?

-¿Cómo te atreves a hablarme así? -gritó la Trabajadora Social y mamá gritó tan fuerte que con seguridad la escucharon desde la puerta del edificio.

-¡Eres increíblemente descarado! ¡No tienes consideración! ¡No te puedes imaginar lo que he sufrido desde que ella se fue! -dijo mamá llorando fuertemente.

-¡Basta ya de llorar! -ordenó Kurt.

Mamá siguió sollozando y diciendo que la vida con Kurt era un martirio y Kurt gritó que él no obligaba a nadie a vivir con él, y que él sabía que ella no podía marcharse tan fácilmente con cuatro niños, pero que si no tuviera cuatro niños él ya se habría ido hace mucho tiempo. La Trabajadora Social dijo que ella había estado en contra del matrimonio de Kurt y de mamá desde un principio, porque ella no quería que Kurt se casara con una mujer que ya tenía dos hijas, pero que ya casados no era tan fácil hablar de una separación. Y que por más que le doliera mucho, aunque fuera la madre de Kurt, debía estar de parte de mamá.

-Tú, mi amor -le dijo a Kurt-, has caído en el bla- bla-bla moderno de la crianza de los niños.

-¡Ustedes no entienden el bla-bla-bla moderno! -gritó Kurt-. Yo no entiendo mucho de educación, pero tampoco entiendo por qué hay que torturar y hacer infelices a los niños. ¡Eso no lo entiendo y nunca lo entenderé!

Mamá se sonó, y habló muy bajo, tan bajo, que me tuve que poner muy cerca de la puerta para poder escuchar:

-No quiero hacer infelices a mis hijos, de verdad. ¡Sólo quería que fueran educados correctamente y que tuvieran buenos modales y que se comportaran bien! ¿Y por qué? Por ti! Sí, para que todo funcionara correctamente. ¿Cómo crees que eran las niñas cuando las recogí donde la vieja Janda? Hacían lo que querían. ¡Se lo permitían todo! ¡Tan malcriadas, consentidas y caprichosas eran, que si

no hubiera sido por mí, nuestro matrimonio se habría acabado a los seis meses! ¡No te las hubieras aguantado!

Kurt protestó. Dijo que mamá no tenía derecho a decir algo así, pues él aguantaba mucho más que ella.

-Sí, de tus propios hijos, de ellos, ¡pero no de los míos! -gritó mamá.

-Tus hijos, mis hijos, tus hijos, mis hijos -gruñó Kurt-. Es como para volverse loco! ¡Ellos no son ni tus hijos, ni mis hijos, ni son propiedad tuya ni mía! ¿Entiendes?

-No peeles por una palabra -se quejó mamá.

-No vaya pelear más, es demasiado tonto -dijo Kurt, y luego oí que un asiento caía y, como creí que Kurt iba a salir de la habitación, me fui volando a la mía.

Kurt no salió de la habitación, pero no regresé a mi puesto de espionaje.

No quería oír más.

Empaqué mis cosas del colegio para el día siguiente y lloré un poco. No sé por qué lloraba. Luego me fui a dormir. Me acosté en la cama de Ilse. Las sábanas todavía olían un poco a ella.

Apagué la luz. Pensé en Ilse y en el hombre del abrigo de cuero. Me lo imaginaba muy guapo. También me lo imaginaba besando la punta de cada dedo de Ilse y pasándole el brazo por los hombros. Se me ocurrió que en algún lugar de Inglaterra habría un juez que casara chicas quinceañeras. Me imaginé que Ilse y el hombre del abrigo de cuero iban a donde el juez y se casaban y que después abrían el Ganso de Oro en Inglaterra. Y que yo me iba a vivir con ellos e iba a un colegio inglés.

Me desperté de mal humor.

Dormí muy mal. El juez que casaba quinceañeras se me apareció en sueños. Tenía un enorme martillo en la mano que hacía girar en círculos, e Ilse y yo nos escondíamos de él en un armario. El juez nos encontraba y nos atrapaba. Luego dejaba caer el martillo y me caía en las cejas y me dolía muchísimo. Después me levanté y sudaba, y al mismo tiempo tenía muchísimo frío. Me volví a dormir y apenas me dormí, el juez estaba allí de nuevo.

Cuando Oliver me despertó a la mañana siguiente, estaba contenta de poderme levantar.

-Papá dice que mamá está todavía en la cama y que se levantará más tarde -dijo-. Yo debo estar en silencio para que mamá pueda dormir -me explicó Oliver susurrando.

-¿El baño está desocupado? -pregunté.

-Papá está allí, pero sólo se rasura.

-¿Y la Trabajadora Social?

-¿Quién? -él no sabía que yo llamaba a su abuela Trabajadora Social.

-La abuela -dije.

-Se fue a la panadería.

Me levanté.

La bata de Kurt estaba todavía en mi habitación.

-Papá ya está vestido -dijo Oliver.

Me fui con la bata al baño.

Quería hablar con Kurt. Tal vez Alí Babá estaba equivocado. Tal vez yo debía hablar con alguien acerca el propietario gordo, de su hermano, del BMW y de Ilse. Tal vez así podría dormir mejor.

-Aquí está tu bata, Kurt -dije, y abrí la puerta del baño. Kurt estaba desenchufando la rasuradora en ese momento.

-Gracias, tesoro -dijo-, pero ya acabé.

Colgué la bata en la percha.

-Ya puedes entrar -murmuró Kurt y se echó en la cara colonia para después de afeitarse.

Yo dije.

-Oye. Kurt.

Kurt dijo:

-Mamá duerme todavía. Tiene los nervios destrozados y sería bueno que no la despertáramos.

Kurt dijo eso con tanta preocupación, que pensé que había hecho las paces con mamá. Cuando pelean se reconcilian casi siempre durante la noche.

Asentí y dije de nuevo:

-Oye, Kurt...

Kurt dijo:

-Oye, estoy de prisa. No puedo esperar a que mi distinguida madre regrese de la panadería. Dile que desayunará en el periódico.

-¿Por qué debes irte tan temprano?

Kurt se echó en la cara una crema que mamá le había regalado de cumpleaños.

- Tengo que escribir algo. Debí haberlo escrito ayer. Quería hacerlo ayer por la noche en casa, pero aquí no se puede trabajar. Y debe estar listo en la tarde.

Kurt se anudó la corbata y yo le metí la corbata por debajo del cuello de la camisa. Murmuró algo sobre una nueva moda masculina, que se debía inventar de una vez por todas, sin corbata, sin cuellos, sin camisas y sin trajes con forro.

-Camisas hindúes -dije yo.

-No tienen bolsillos -dijo Kurt-, y sin bolsillos uno no se defiende bien. Fuera de eso también tendría que cambiar de trabajo. Donde yo trabajo no se aceptan camisas hindúes y...

Kurt miró su reloj y dijo:

-¡Es tardísimo! ¡Que te vaya bien! -gritó y salió de la habitación.

Me quedé un rato en el corredor pensando si Kurt se hubiera quedado si le hubiera dicho que tenía algo que decirle. Yo creo que sí.

También me pregunté por qué no pude decirle más que «Oye, Kurt... ». Creo que se debe a que yo nunca he hablado cosas importantes con él. Tal vez debamos tratar de hablar juntos.

Mientras pensaba en eso, oí los resoplidos de la Trabajadora Social afuera en la escalera. Entré en el baño y cerré la puerta. Salí del baño hacia mi habitación, me vestí rápidamente, agarré mi maleta y me fui en puntillas.

«Empezar un día sin la Trabajadora Social», pensé, «sería muy buena idea». Eso justificaba tener el estómago totalmente vacío.

Salí del edificio y tomé la calle hacia el colegio.

Llovía un poco. No tenía bufanda y sentía frío detrás del cuello. El cielo estaba muy gris. Se veía como si en cualquier momento se fuera a caer. No parecía que el día fuera a ser tan bueno como había pensado. Di la vuelta y miré hacia nuestro edificio. Se veía extraño. Tan extraño como cuando lo vi por primera vez el día en que fuimos a visitar a un tal «tío Kurt».

Seguí mi camino despacio, y de repente todo me pareció raro. La panadería, la lechería, la tienda de vestidos típicos e incluso el supermercado.

Me quedé al frente de la ventana del supermercado y miré fijamente a la cajera gorda.

Tuve que haberme demorado bastante. Tal vez diez minutos de todas maneras faltaban tres minutos para las ocho cuando miré el reloj. ¡Me pegué un gran susto! Del supermercado al colegio tardo por lo menos nueve minutos.

Teníamos matemáticas a primera hora y la maestra de matemáticas no habla muy bien de mí. Dice que soy muy lenta, muy perezosa y distraída.

Cuando explica algo y yo no entiendo y digo «No entiendo», me grita y dice que no puse atención. Por eso no quería llegar tarde. Corrí como una loca pero tres cuadras antes del colegio, la torre de la iglesia dio ocho campanadas. Dejé de correr. Seguí despacio y cada paso que daba me daba cuenta de que no quería ir al colegio. En la esquina del colegio me detuve. La puerta estaba cerrada. No se veía ni un solo niño por ninguna parte. Parecía como si fuera domingo. Reflexioné un rato.

«Iré hacia la puerta, la abriré, subiré al salón y le diré a la maestra de matemáticas que estaba en la dentistería».

Después de que me había propuesto todo tan valientemente, di la vuelta y corrí en la dirección opuesta.

Después de mirar los escaparates de la calle principal fui a la siguiente calle a ver el almacén de mascotas. No dejaba de llover, el viento soplaba y yo tenía frío.

Me encaminé de nuevo a la calle principal y luego volví al almacén de mascotas. El tiempo pasaba supremamente lento. Ya no llovía, pero estaba muerta de frío pues mi abrigo estaba mojado.

Fui al parque. Me senté en una banca y sentí mucho más frío. Me levanté y decidí que iría al colegio, pero después de la segunda hora para llegar durante el recreo. No quería llegar en plena clase, pues cuando eso pasa, todos lo miran a uno.

Tenía media hora todavía. Me fui despacio por las callejuelas. Contaba las ventanas y descubrí que casi todas las casas en los alrededores tenían doce ventanas. Empecé a hacer apuestas conmigo misma: «En la próxima esquina se cruzarán contigo un hombre y un perro». O: «En la próxima esquina pasarán dos perros y tres niños».

Con lo de los perros, casi siempre acertaba. Con lo de los niños, casi nunca.

No sé si fue una coincidencia, o si fue a propósito.

De todos modos no me lo propuse específicamente. De pronto me di cuenta de que estaba en la calle Ruechert, la calle donde queda el Ganso de Oro. Todavía estaba a tres cuadras de distancia de allí, sin embargo se me aceleró el corazón. Pensé: «¿y si el BMW rojo está estacionado al frente de la casa? ¿y si el hombre del abrigo de cuero también está al frente? ¿y si Ilse está al frente de la casa?».

Me dije que eso con seguridad no sería así, que era una fantasía tonta, y que yo era una tonta.

El corazón seguía latiendo rápidamente.

Había un camión de cerveza al frente del Ganso de Oro.

Dos hombres en uniforme verde sacaron, muy despacio y con cuidado, la puerta de madera de detrás del camión. Me quedé junto a la puerta del Ganso de Oro y los observé.

La puerta del bar estaba abierta. El propietario salió del bar. Esta vez tenía puesto un gorro de lana rojo. Detrás de él venía el perro grande.

Habló con los hombres de verde. Dijo que el día estaba horrible, que necesitaba un barril de cerveza oscura y que siete cajas de cerveza eran demasiado. Luego me miró, asintió con la cabeza y yo lo saludé.

-¿Ya acabaron las clases por hoy? -preguntó.

-Sí, sí -tartamudeé.

-A la maestra le dio sarampión -gritó un hombre de verde y rió.

El perro grande vino hacia mí y se dejó acariciar.

Pensaba desesperadamente en cómo mantener la conversación, pero no se me ocurrió nada.

-Dime, ¿de dónde te conozco? -me preguntó.

-Comí salchichas aquí, ayer.

-Ah, sí -rió el propietario-. Con el gordito extraño. ¿Es tu amigo?

Yo no sabía si decir que sí. Me hubiera gustado tener a Alí Babá de amigo, pero el propietario dijo la palabra «amigo» muy extrañamente. Pensé que se refería a que Alí Babá y yo estábamos enamorados, por eso dije:

-No.

El propietario miró el cielo oscuro y dijo que pronto volvería a llover. Uno de los hombres de verde, que en ese momento rodaba el barril, gritó:

-No es raro, ¡siempre llueve! Durante el verano llovió, durante el otoño llovió, durante el invierno siempre llueve y...

No pude oír nada más pues el hombre de verde ya estaba adentro.

El otro hombre de verde llegó con unas hojas y un bolígrafo. El propietario tomó el bolígrafo, pero no tenía tinta, entonces sacó un bolígrafo de su delantal y firmó la factura. Miré fijamente el bolígrafo y el corazón me empezó a latir fuertemente. Ese bolígrafo era mío. No podía equivocarme, pues me lo habían regalado hacía un año para mi cumpleaños.

No sólo era lila, igual al mío, sino que tenía en la mitad una cinta verde con mis iniciales. Dos letras doradas. Hacía un par de semanas había desaparecido repentinamente. Había pensado que alguno de mi clase se había quedado con él y mamá me había regañado terriblemente porque era un bolígrafo muy caro y porque yo no cuidaba mis cosas.

-¡Qué bolígrafo tan bonito! -le dije al propietario y me enfadé conmigo misma por mi voz de ratoncito de bosque. El propietario me miró sorprendido y luego miró sorprendido el bolígrafo.

-No sé de dónde ha venido -murmuró y miró las iniciales diciendo-: No conozco a nadie. E.J. Alguien lo debió dejar por ahí.

Iba a poner el bolígrafo en su bolsillo, pero me lo entregó y dijo:

-Si tanto te gusta, ¡es tuyo!

Le agradecí cortésmente.

-Mis iniciales son EJ -dije-. Me llamo Érika Janda. El propietario sonrió y le contó a uno de los hombres de verde sobre la feliz coincidencia.

Ahora tenía claro que el propietario no sabía nada.

-Bueno -le dijo él al perro-. ¿Te quedas afuera con ella o vienes conmigo?

El perro me miró y miró a su dueño. Era lógico que se decidiera por él y la estufa del bar.

-¡Lástima! -dije.

-Él-dijo señalando al perro- siempre está muerto de frío. Además -dijo con orgullo- le encanta estar conmigo.

En el momento en que el propietario y el perro iban a entrar en el bar, un auto amarillo se detuvo detrás del camión de cerveza.

-El correo -gritó el propietario y se devolvió.

Del pequeño auto amarillo salió el cartero. Agarró un paquete de cartas y se lo pasó al propietario. Entre sobres blancos, azules y amarillos, salió una tarjeta postal de colores.

El propietario la sacó.

-¿De dónde es? -dijo el cartero.

- De Florencia -dijo el propietario.

-Allí también llueve ahora -dijo el cartero maliciosamente.

El propietario volteó la postal.

-Cuando escribió la postal no llovía -dijo el propietario y agregó explicando-: ¡Mi hermano está de excursión por Italia!

-Su hermano siempre está viajando -dijo el cartero.

Me acerqué bastante al propietario para poder ver la letra de la tarjeta. Era una letra muy pequeña, casi ilegible, pero debajo de lo escrito había una firma que sí era clara: ERWIN. Y había un signo más, y debajo del signo se leía. ILSE. Ésa era con seguridad la firma de Ilse.

-No cuenta nada especial -dijo el propietario-. El clima es bueno y tal vez viaje a Roma.

El cartero se fue a su auto.

-¿Cuándo regresa su hermano? -pregunté.

El propietario alzó los hombros:

-Con él nunca se sabe. Si le falta dinero, tal vez... -el propietario rió, pero no muy amigablemente.

-¿Se fue solo? -pregunté.

El propietario volvió a reír sin ganas.

-Él nunca viaja solo. Siempre tiene una... -de repente dejó de hablar, me miró interesado, frunció el ceño y luego preguntó:

-¿Por qué quieres saberlo todo?

Yo tartamudeé y dije:

-Discúlpeme. Hasta luego -y me fui. Me avergoncé mucho. Me fui corriendo hasta la esquina de la calle, y allí me volví. El propietario y el perro ya no se veían.

Seguí corriendo. Llovía de nuevo, la maleta colgaba torcida de mi hombro izquierdo y un mechón de pelo mojado se me metía en los ojos; mis zapatos estaban húmedos y el estómago me sonaba.

Estaba desilusionada. Ya casi lo sabía todo. Mi bolígrafo, la firma de Ilse, Florencia, y «él siempre tiene una con él».

Me di cuenta de que nada de eso me servía para nada.

¿Qué sacaba con saber que Ilse estaba en Florencia y que tal vez iría a Roma y que había dejado mi bolígrafo donde el propietario? No me servía para nada. Para absolutamente nada, pero ya lo sabía y no lo podía olvidar.

Sobre todo eso de «él siempre tiene una con él».

Eso no lo podía olvidar. No quería que mi hermana estuviera con uno «que siempre tenía una con él». Estaba segura de que Ilse no sabía eso. No entiendo mucho de asuntos de amor, pero sabía que Ilse no se escaparía con uno que siempre tuviera una con él.

«Si Ilse hubiera escuchado hablar al propietario». pensé, «no se hubiera ido con el hombre del abrigo de cuero». Fue horrible como dijo: «Él siempre tiene una con él».

Es como si hubiera dicho: «Él siempre tiene un tuvo de dentífrico con él», «Él siempre lleva una lámpara de bolsillo con él».

Mi hermana no es ningún dentífrico ni ninguna lámpara de bolsillo.

Mientras más tiempo corría bajo la lluvia, más segura estaba. ¡Ilse tenía que regresar! No debía estar con un tipo que la tomara por una lámpara de bolsillo. Y de repente me dije: «Necesito a alguien que me ayude a traer a Ilse de vuelta».

¿Alí Babá? Él es muchísimo más valiente, inteligente y experimentado que yo, pero con seguridad no podía traerla.

¡La Trabajadora Social de la policía con la que hablé una vez! Fue muy amable, pero no quería ir a la policía. Y tal vez no la hubiera encontrado allí. Kurt siempre dice que uno no debe ir inmediatamente a la policía.

¡Kurt! ¡Kurt debía ayudarme!

«5655615», pensé. Me sabía el número del periódico de memoria. Al frente, en la esquina, había una cabina de teléfono.

Cuando entré en la cabina, me di cuenta de que no tenía ni una moneda en el bolsillo.

La oficina de Kurt quedaba bastante lejos. Si iba a pie necesitaría por lo menos una hora. En una hora serían las once. De las once y media a las doce Kurt tenía reunión de redacción y no lo podría interrumpir. Rara vez tengo verdadera ira, pero esta vez sí la tenía.

¡Un chelín! ¡Un desgraciado, un ridículo y único chelín!

Pensaba en todos los chelines que había prestado y que nunca me habían devuelto y maldecía a todo el que me había utilizado, engañado y se había enriquecido a mi costa. Un miserable chelín era todo lo que necesitaba. De golpe pensé en la abuela. Ella me lo daría. Su casa no estaba tan lejos. En un cuarto de hora podía estar allá. Y la abuela no estaría en el mercado porque estaba lloviendo.

Corrí lo más rápido que pude. Casi me resbalo y caigo en un enorme charco.

En un semáforo, en un cruce de calles, crucé la calle en amarillo y dos autos tocaron sus bocinas.

Desgraciadamente no soy buena para rezar, pero cuando abrí la puerta del edificio de la abuela y caminé por los viejos corredores, hice algo parecido a rezar.

Recé para que la abuela estuviera en casa.

-Que esté en casa, que esté en casa -murmuré.

Golpeé, pero nadie abrió, aunque detrás de los vidrios de la puerta se veía un resplandor azul. Eso quería decir que la lámpara de caperuza azul estaba encendida. Al menos el abuelo estaba en casa y con seguridad tendría un chelín.

La vecina de la abuela salió al corredor. Era una mujer desagradable. Empezó a reñirme porque golpeaba a la puerta muy fuerte.

-Deja de hacer eso -se quejó-. Ese caracol sordo no escuchará tus golpes.

Era terrible que dijera eso del abuelo, pero era verdad. Me senté en el borde de la ventana del corredor. Estaba congelada, y los dientes me castañeteaban. Oí chirriar una puerta y pensé que podría ser la abuela, pero era la mujer del primer piso que tenía un teléfono en su apartamento.

Se compadeció de mí al verme tan mojada, con aspecto de ratón lavado.

Le pregunté si me permitiría telefonar desde su casa. Me llevó al apartamento. En la entrada tuve que pisar dos trapos e irme con ellos hasta el teléfono para que no le fuera a ensuciar su piso recién brillado.

Marqué el 5655616 y pregunté por el señor Schratt.

-Ya la comunico -dijo la mujer del teléfono. Luego hizo die y una voz dijo:

-Vranek dos -era el redactor de deportes y dijo que me comunicaría con Kurt.

Luego hizo clic un par de veces y luego pasó un tal señor Meier de contabilidad.

-Quiero hablar con el señor Schratt, por favor.

-Un momento, por favor.

-Un momento, por favor, ya la comunico -dijo el señor Meier de contabilidad y volvió a hacer clic y luego sonaron pitos y se cortó la comunicación. Volví a marcar y la señorita del teléfono prometió comunicarme de nuevo con el señor Schratt. Luego dijo:

-Lamento la demora, el señor ya pasa. ¿Quiere esperar?

Esperé cinco minutos y luego oí el tono de ocupado. Inmediatamente después de que marqué el número por tercera vez, el esposo de la señora Prinoda gritó desde la cocina:

-¿Quién ocupa el teléfono por tanto tiempo? ¡Pa- recemos una oficina de teléfonos!

Colgué el auricular asustada, le agradecí a la señora que me lo hubiera prestado y me fui hasta la puerta arrastrando los trapos.

El hombre de la cocina seguía gritando cuando la puerta se cerró detrás de mí.

Bajé las escaleras lentamente.

Me volví a sentar en la ventana y miré al patio; seguía lloviendo y en la cuerda colgaban unos calzoncillos largos y anticuados, y unos delantales.

El abuelo es el único hombre que todavía lleva calzonarias de lino con cordones en las piernas. Los cordones se los pasa dos veces por los tobillos y les hace un nudo. Luego caí en cuenta de que los calzoncillos y los delantales no estaban colgados allí cuando yo golpeé a la puerta.

Corrí al sótano.

La abuela estaba en el cuarto de lavandería. El cuarto estaba lleno de vapor y la abuela tenía un delantal de plástico y enjuagaba una ropa. En vez de lavadora hay una estufa a la que hay que ponerle leña y encima del fuego cuelga un platón de hierro en donde la ropa se seca. También hay dos tinas enormes de madera y una tabla para restregar.

La abuela me miró asustada y preguntó:

-Érika, ¿qué pasa? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué ha ocurrido?

Me senté en el banquito de madera junto a la estufa. Le conté a la abuela todo lo que sabía. Lo del propietario y su hermano, lo del BMW rojo, lo del bolígrafo y la firma de Ilse.

Al principio la abuela no entendió absolutamente nada.

-¿Cómo puede estar con un tal Alí Babá en Italia? -preguntó-: ¿y por qué te contó el propietario todo eso a ti? -le expliqué todo de nuevo. Muy lentamente y muy exactamente.

La abuela se tocó la nariz con el pulgar y el dedo índice y dijo:

-¡Bueno!

Nada más. Creí que no había entendido, y empecé a contarle todo desde el principio, pero me interrumpió.

-Ya entendí lo que dijiste. Ahora lo entiendo todo.

Y empezó a pasearse de un lado a otro. Luego suspiró, se quitó un mechón blanco de la cara, volvió a suspirar y comenzó a pasearse de nuevo.

-¡Pero abuela! -grité-. Ahora con lo que ya sé...

La abuela puso una cuchara de madera sobre un balde con ropa.

-¿Con lo que ya sabes, qué? -y antes de que pudiera responder continuó hablando-: ¡Hay muchas cosas que no sabes! ¡El que se haya ido al extranjero con un hombre que tiene un auto era algo que se podía sospechar!

-¿Me ayudarás? -pregunté.

-¿Ayudarte a qué?

-¡A traerla de vuelta!

La abuela se tocó la nariz de nuevo. Ella vendrá por sí misma.

-No -dije yo.

-El hermano del propietario se cansará de ella y además tendrá que regresar a casa. Por eso volverá -explicó la abuela.

-Por favor, abuela, haz algo para que vuelva -le pedí.

-¿Qué puedo hacer?

-Ve a donde el propietario y habla con él, y dile que tiene que hacer algo para que su hermano e Ilse regresen.

-¡Tonterías! -dijo la abuela-. ¿Qué le importa a su hermano? A él no le importa nada. Hay que ir a la policía porque tu hermana es menor de edad, y eso se llama secuestro de un menor. ¿Entiendes?

Yo quería que la abuela fuera conmigo a la policía.

-No puedo ir ahora -dijo-. ¡La ropa se está lavando, luego debo limpiar! Por la tarde la señora Habermeier utilizará la lavandería.

Le dije a la abuela que me parecía el colmo que la señora Habermeier y el cuarto de lavado fueran más importantes para ella que Ilse.

La abuela suspiró, se tocó la nariz, sacudió la cabeza y luego dijo que no era por la ropa, sino porque ella no se podía entrometer. Que no tenía ningún derecho. Mamá le había prohibido

inmiscuirse en nuestra educación y papá también se enfadaría si ella hacía algo así. No podía ir a la policía a donde el propietario sin hablar antes con papá o con mamá.

-¡Entonces habla con papá!

-Hace un año que él no viene por aquí, y yo no iré donde él -la abuela se veía realmente enfadada.

-¡Entonces habla con mamá!

La abuela se veía aún más enfadada.

-¿Por qué debo hablar con tu madre? ¿Por qué yo?

La abuela tomó la enorme cuchara y la movía por el aire.

-Hace años que me prometí que no hablaría más con tu madre. ¡Nunca más!

-¡Por favor, abuela! -dije casi llorando.

-¿Y por qué no hablas tú con ella? ¡Puedes decirle exactamente lo mismo que me dijiste a mí! ¡Tú no has hecho nada!

-No puedo hablar con mamá -dije llorando.

-¿Y por qué no?

Seguí llorando y levanté los hombros.

-No sé por qué, pero no se puede. Alguien debiera hablar con ella. Alguien que se lo pueda explicar todo.

-¿Explicarle qué?

-La razón por la que Ilse se fue y explicarle que Ilse no es mala y que no debe llevarla a un hogar para jóvenes. Yo no puedo hacer eso.

-Yo tampoco -dijo la abuela.

-Sí. Tú sí puedes.

La abuela dejó la cuchara en el balde, puso la tapa encima de la olla y abrió la puerta del horno.

-Así seguirá saliendo calor -dijo y añadió-. ¡Ven!

-¿A dónde vamos? -pregunté-. ¿A donde papá?

-Io dije dudosa, porque yo no quería ir a donde papá. Primero, porque no, segundo porque desde que papá fue a casa y se comportó tan tontamente no lo había vuelto a ver y tercero porque él no quería lo suficiente a Ilse como para ayudarlo. Tal vez fuera un poco tonta, pero eso era lo que yo pensaba de papá.

Todo lo que papá haría sería correr a la policía y hacer el papel de padre desgraciado y eso sólo para hacer quedar mal a mamá. No le podía decir eso a la abuela. Ella siempre dice cosas de papá, pero si alguien lo hace entonces se enfada y lo defiende.

Me preocupé sin razón, pues la abuela dijo:

-No, no iremos a donde papá. A él no lo necesitamos para estas cosas -la abuela se quitó el delantal y se puso los zapatos.

-Iremos a donde tu mamá -la abuela se quitó el sombrero-, pero no te puedo prometer nada. Si se descontrola me devuelvo a casa.

La abuela tomó su abrigo.

-¡Si se descontrola yo me devuelvo a casa! Sólo lo hago para que no creas que la abuela no te quiere ayudar.

Salimos. La abuela cerró la puerta y metió las llaves en el bolsillo de su abrigo.

-No quiero que sepa que me voy -dijo señalando la puerta del apartamento-. Hoy es uno de sus días tontos. Si ve que me voy, deja de acordarse de todo y se pone insoportable.

Pensé con fuerza en algo que pudiera consolar a la abuela. Me di cuenta de que su voz siempre se oía muy triste cuando hablaba del abuelo. No se me ocurrió nada.

La abuela tocó con fuerza el timbre de nuestra casa.

Oí a Oliver gritar.

-¿Abro la puerta?

Oí la voz de Tatiana:

-¡Yo quiero abrir, quiero abrir!

Luego oí pasos. Eran los pasos de la Trabajadora Social.

-La madre de Kurt -susurré yo. La abuela asintió.

La Trabajadora Social abrió la puerta.

-Buenos días -dijo la abuela.

La Trabajadora Social miró sorprendida. Ella no conocía a la abuela. Estaba tan sorprendida que ni siquiera me preguntó por qué no estaba en el colegio.

Oliver y Tatiana estaban detrás de ella.

-¿Quién es ella? -dijo Oliver señalando a la abuela.

-Soy la abuela de Érika -dijo la abuela.

Oliver y Tatiana miraban sorprendidos a la abuela. Nunca la habían visto. Creo que no sabían que yo tuviera otra abuela.

-¿Quién llegó? -gritó mamá desde el baño.

-Yo -dijo la abuela.

-¿Quién? -preguntó mamá tras la puerta del baño, no sólo sorprendida sino algo asustada.

Creo que mamá reconoció la voz de la abuela.

-Érika y la señora Janda están aquí -dijo la Trabajadora Social.

Se oían unos ruidos muy extraños en el baño. Seguro que mamá salió muy rápido de la bañera y el agua se salpicó por todo el piso.

-Voy de inmediato -gritó mamá.

La Trabajadora Social le dijo a la abuela:

-¿Quiere quitarse el abrigo? -al mismo tiempo que señalaba el guardarropa.

La abuela se quitó el abrigo y lo colgó. Yo también me quité el mío y lo colgué al lado.

-Siga, por favor -dijo la Trabajadora Social, que todavía se veía muy sorprendida.

Fuimos por el corredor hacia la sala. Nos sentamos en el sofá. Yo me senté muy cerca de la abuela y, si no me hubiera parecido tan tonto, le hubiera dado una mano para que ella la sostuviera fuerte.

La Trabajadora Social se sentó en el asiento del televisor al frente de nosotras. Entre ella y nosotras estaban la mesa de vidrio. Encima de la mesa de vidrio estaba el encendedor, junto a él una cajetilla de cigarrillos y junto a ella una caja de fósforos. El encendedor no funcionaba.

-¿Puedo ofrecerle algo? -dijo la Trabajadora Social mientras empujaba al mismo tiempo la caja de cigarrillos y la caja de fósforos por encima del marco de vidrio.

Empujó las cajas hasta que quedaron paralelas y éstas a su vez quedaron paralelas a la esquina de la mesa.

-No, gracias -dijo la abuela que estaba sentada muy derecha en el sofá. Se veía muy tranquila y nada alterada. Pero yo la conozco y noté que estaba alterada. Tenía las manos en el regazo, una encima de la otra y con el pulgar de la mano de abajo se rascaba la mano de arriba. Eso sólo lo hace cuando está muy nerviosa.

Oliver y Tatiana estaban en la puerta de la sala y miraban con curiosidad.

-Vayan a jugar a su cuarto -dijo la Trabajadora Social.

Oliver movió la cabeza negativamente y Tatiana dijo:

-¡No! -y vino despaciosa y lentamente hacia nosotros. Señaló primero a la Trabajadora Social y luego a la abuela y dijo:

-¡Ésa es mi abuela y ésa es la abuela de Érika!

La abuela asintió.

La Trabajadora Social empujó la caja de fósforos y la caja de cigarrillos de tal manera que quedaron paralelas a la otra esquina de la mesa.

Hay otra abuela -gritó Oliver-. ¡La abuela de mamá, pero ella es tonta!

-¡Oliver! -gritó la Trabajadora Social.

Oliver desapareció. Lo oí reír en el corredor. Luego oí la puerta del baño y a mamá que decía.

-Pórtate bien, Oliver -y luego mamá vino a la sala. Tenía una bata puesta, su pelo estaba mojado y no estaba maquillada.

Junto al asiento del televisor estaba la mecedora de flores. Mamá me miró y miró a la abuela; luego miró a la Trabajadora Social y a la mecedora floreada.

Dudaba. Luego se fue a la mesa del comedor, tomó un asiento y lo trajo hacia nosotros. Puso el asiento junto a la mesa de cristal y se sentó.

Ahora estaba sentada entre la Trabajadora Social y yo.

-¡Siéntate aquí! -dijo la Trabajadora Social y señaló la mecedora de flores.

Mamá tomó la caja de cigarrillos y la caja de fósforos.

-¿Por qué no estás en el colegio? -me preguntó.

-¿Por qué no estás en el colegio? -gritó Tatiana que se arrastraba por la alfombra.

-Por Ilse -dije yo. Tenía de nuevo la voz de ratón de bosque.

Mamá encendió un cigarrillo. El fósforo temblaba en sus manos.

-¿Qué dijiste? -la Trabajadora Social se inclinó hacia mí.

Ella es un poco sorda. No entendía mi voz de ratón de bosque.

-¡Por su hermana! -dijo fuertemente la abuela.

Habló en el mismo tono en que habla con el abuelo.

La Trabajadora Social se movió indignada.

-¿Qué pasa con Ilse? ¿Saben algo? -mamá también tenía una voz de ratón de bosque.

La abuela me dio palmaditas en las costillas.

Quería que yo hablara. La miré. Yo quería que ella hablara.

-Bueno, ¡hablan de una vez! -gritó mamá-. ¿Qué pasa con Ilse? ¿Le ocurrió algo? ¿Pasó algo?

La abuela dijo:

-A juzgar por una tarjeta postal de Florencia, hace dos días estaba bien.

Mamá se recostó en el asiento, cerró los ojos y suspiró.

El cigarrillo ya no temblaba.

-¿Les envió una tarjeta? -preguntó la Trabajadora Social.

-No -dijo la abuela.

-¿A quién le envió una tarjeta? -preguntó la Trabajadora Social.

- Ella no ha escrito ninguna tarjeta -dijo la abuela.

-Entonces, ¿de qué están hablando?

La Trabajadora Social sacudió la cabeza.

Mamá todavía tenía los ojos cerrados. Había ceniza en su cigarrillo. Me levanté, tomé el cenicero del marco de la ventana y lo puse en la mesa frente a mamá.

-Lo más importante es que está viva, lo más importante es que regrese -dijo mamá. Abrió los ojos y sacudió la ceniza del cigarrillo en el cenicero.

La abuela asintió.

-¿Qué es lo que pasa con la tarjeta de Florencia? -inquirió la Trabajadora Social.

-Érika lo averiguó todo -dijo la abuela.

-¿Cómo así que Érika lo ha averiguado? -preguntó la Trabajadora Social.

-Porque ella -comenzó la abuela, pero la Trabajadora Social la interrumpió.

-Entonces ella ha... -la Trabajadora Social me miraba indignada- sabido algo todo este tiempo y no ha dicho nada.

-No ha sabido nada todo el tiempo. ¡Lo ha averiguado! -gritó la abuela.

-¿Y por que....?

-Por favor, deja hablar a la abuela -dijo mamá.

Realmente dijo «la abuela» y no la «vieja Janda» ni la «señora Janda».

No sé si la abuela se dio cuenta o si mamá se dio cuenta de que la Trabajadora Social se molestó por la palabra «abuela». Se veía realmente molesta y apretaba los labios, como diciendo: «Pues ahora no diré ni una palabra más».

La abuela dijo:

-Bueno, Érika y Alí Babá descubrieron que Ilse está en Florencia.

-¿Sola? -preguntó mamá casi en voz baja.

-Claro que no está sola. Se fue con un joven en un auto -explicó la abuela. Lo dijo como si fuera obvio que uno se va con un hombre joven en auto.

-¿En autostop? -preguntó mamá, quien está en contra de hacer autostop, pero creo que en ese momento lo hubiera oído con gusto.

La abuela miraba a mamá tan fijamente que parecía como si la quisiera hipnotizar.

-No. El joven es su amigo. Su... -la abuela calló un instante, suspiró y continuó diciendo-: Para darle el nombre exacto: su novio.

Miré de reojo a la Trabajadora Social. Apretaba los labios aún más y su cara expresaba amargura.

Tatiana saltó junto a la Trabajadora Social.

-No-vio -murmuró Tatiana y dijo de nuevo-: No -vio -la palabra era nueva para ella y le gustaba.

-Érika, saca esa niña de aquí, ¡esto no es para niños! -chilló la Trabajadora Social.

-Bueno. bueno, bueno -dijo la abuela- ella no lo entiende.

Cuando Tatiana se da cuenta de que no quieren que esté en algún lugar, entonces se obstina en quedarse. Escaló el sofá. Se sentó junto a la abuela, puso las manos en el regazo, igual que la abuela y gritó:

-¡Quedarse aquí! ¡Tatiana no se va!

Mamá apagó el cigarrillo en el cenicero y sacó otro de la caja.

-No fumes tanto -dijo la Trabajadora Social.

Mamá dejó el cigarrillo en la mesa y se puso a jugar con él. Yo estornudé.

-La niña se ha resfriado -dijo la Trabajadora Social-. Tiene los zapatos mojados y el pelo también.

-¿Qué hacemos ahora?

-Debe ponerse algo seco, debe cambiarse -explicó la Trabajadora Social. Estornudé de nuevo.

-Tiene piel de gallina -dijo la Trabajadora Social.

Mamá se movió bruscamente.

-¿Quién? -preguntó-. ¿Quién tiene piel de gallina?

La Trabajadora Social me señaló.

-¿Se ha resfriado? Ah, bueno -mamá no estaba muy interesada en mi piel de gallina.

-¿Qué quiere decir <ah bueno>? -dijo indignada la Trabajadora Social-. No necesita una gripe además de todos estos disgustos.

-¡Érika! ¡Cámbiate de ropa! -dijo la abuela.

Me levanté y me dirigí a la puerta de la sala.

-¡Y sécate el pelo! -me gritó la Trabajadora Social.

Oliver seguía espiando detrás de la puerta de la sala.

-¿Qué es lo que hacen? -me preguntó.

Yo alcé los hombros.

-¿Ilse va a volver? -preguntó.

Volví a alzar los hombros.

Me cambié en mi cuarto. Oliver estaba junto a mí.

-¿Tu abuela es simpática? -preguntó-. ¿Tu abuela puede ser mi abuela también? ¿La abuela tiene también un abuelo? ¿El abuelo es simpático?

Yo estornudé y entre estornudo y estornudo dije:

-Sí, sí...

Cuando volví a la sala, sólo estaban allí la abuela y la Trabajadora Social. Mamá estaba en la habitación vistiéndose, y en ese momento la Trabajadora Social le gritaba que no debía salir con el pelo mojado. Podía contraer gripe y se le podía caer el pelo.

-¡Se puede poner un gorro! -dijo la abuela.

La Trabajadora Social dijo que a ella no le importaba, pero que si ella estuviera en el lugar de mamá, iría a la policía.

-Luego habrá tiempo para eso -dijo la abuela. Mamá se vistió sorprendentemente rápido. Generalmente necesita diez veces más de tiempo. Mientras mamá se ponía el abrigo, se acomodaba mi gorro de lana y metía toda clase de cosas en la cartera, murmuraba algo así como:

-Volveré pronto. Vendré tan pronto como pueda.

-¿Te acompaño? -preguntó la Trabajadora Social.

-No, gracias. Mejor voy sola -dijo mamá.

-Necesitará por lo menos media hora -dijo la Trabajadora Social después de que mamá se había ido.

La abuela asintió y dijo:

-Por lo menos.

La Trabajadora Social volvió a empujar la caja de cigarrillos y la caja de fósforos encima de la mesa. Yo noté que quería decir algo. Limpió un poco de tabaco que había quedado encima de la mesa, metió el cigarrillo que estaba en la mesa dentro de la caja, puso la caja de fósforos encima de la caja de cigarrillos y preguntó:

-¿Podrían explicármelo todo?

-Lo puedo pensar -dijo la abuela-. Lo puedo pensar todo junto, pero con seguridad no podré explicárselo.

Luego la Trabajadora Social dio un gran discurso.

Dijo que lo teníamos todo, o por lo menos mucho más que la mayoría de los niños. Un hogar ordenado, una madre que se preocupaba por nosotros, dijo que no teníamos problemas económicos, y tal vez demasiadas pertenencias, comprensión y cuidados. Enumeró muchas cosas más que ahora no recuerdo.

Luego dijo que todo lo que estaba pasando con Ilse se debía a que le había ido demasiado bien. Luego enumeró todo lo que a Ilse le había faltado: autoridad, disciplina, mano fuerte y principios.

Dijo otras cosas que no recuerdo porque eran cosas que yo no podía entender.

La abuela, pienso yo, entendía tanto como yo. Se frotaba la nariz y miraba desesperada. Tatiana, que estaba junto a la abuela, también se refregaba la nariz y trataba de imitar a la abuela. Yo estornudé de nuevo y Oliver, que estaba junto a la puerta, preguntó cuándo vendría mamá.

-Aparentemente -dijo la Trabajadora Social a la abuela-, usted no comparte mi opinión. ¿Cómo ve usted este caso?

La abuela dejó su nariz.

-¡Escúcheme de una vez! -gritó-. ¡Este no es un caso! Se trata de Ilse e Ilse es mi nieta! Y lo que veo es que a Ilse no le ha ido demasiado bien, sino demasiado mal. Sí, demasiado mal. Y a Érika -me señaló con el dedo índice-, a ella también le va muy mal, si quiere saberlo. Pero Érika es distinta y no todos los seres humanos resisten las adversidades de la misma forma. Ilse no las soportó, evidentemente.

-Y, ¿entonces qué? -dijo la Trabajadora Social llena de grandeza-. ¿Qué le ha faltado a la buena de Ilse aparte de una mano dura?

La abuela se puso roja. Noté que estaba furiosa. Tomó aire profundamente y habló:

-Usted habla como si nunca hubiera tenido un hijo, como si viniera de la luna. Ilse ha soportado suficientemente a su madre, quien la ha golpeado más de lo necesario. Por otra parte, les ha faltado todo lo que usted dice que han tenido.

La Trabajadora Social quería interrumpir a la abuela, pero no pudo sino decir:

-Por favor, pero...

-¡Déjeme hablar! Tener una comida diaria no quiere decir tener una madre que se preocupe por uno. Tener seis o siete cuartos, no quiere decir tener un hogar. Que no se burlen de uno, no quiere decir que uno tenga cariño. ¡Y el que la madre se compre un lavaplatos, no quiere decir que los niños no tengan problemas de dinero!

-¡Pero...! -gritó la Trabajadora Social.

-Ningún pero -dijo la abuela-. ¡Su nuera, mi nuera, todavía no se ha dado cuenta de lo que pasa a su alrededor! ¡De los hijos que tiene! -la abuela calló un instante-. Sabe qué número de zapatos usan y cuánto pesan, pero no sabe nada más.

-¡Eso no lo puede asegurar usted! ¡Eso no es cierto! -la Trabajadora Social estaba furiosa.

-¡Eso sí lo puedo asegurar! -la abuela no estaba menos furiosa-. Primero se casa y tiene hijos, porque naturalmente se tienen. Luego vienen las dificultades y ella no resiste y se separa. No les pregunta a los hijos si están de acuerdo. Y luego los niños van a donde la abuela y allí se quedan dos años. Luego viene un día y dice que se casará de nuevo y que se llevará los niños. De nuevo, no les

pregunta a los niños si quieren o no dejar a sus abuelos con quienes han convivido dos años. Tienen un nuevo padre, y nadie les pregunta si ellos lo quieren. No, ellos deben cerrar la boca y ser obedientes. ¡Todo el tiempo han sido obedientes! ¡Nadie les pregunta cómo están resistiéndolo todo y cómo lo asimilan y qué piensan! ¡Y si nadie pregunta, entonces nadie sabe lo que ocurre!

Como la abuela estaba agotada, la Trabajadora Social la pudo interrumpir.

-Sí, bueno -dijo-. Las parejas separadas siempre tienen problemas con los niños...

-¡Los niños son los que tienen problemas! -susurró la abuela.

-Bueno, los niños tienen problemas -continuó la Trabajadora Social-, pero ése no es motivo para escapar con el hermano del propietario de un bar.

-Es mejor que suicidarse, ¿no? -preguntó la abuela.

La Trabajadora Social miró horrorizada:

-¡Nadie ha hablado de eso!

-No. nunca nadie habla de eso. Probablemente eso no tiene que ver con nosotros.

-Usted tergiversa lo que yo digo -dijo ofendida la Trabajadora Social.

-No quiero tergiversar lo que usted dice -dijo la abuela-, sólo quiero explicar...

-¿Explicar qué?

-Por qué Ilse ha buscado a alguien que la quiera, a alguien que quiera estar con ella. ¿Entiende? ¡Alguien que la ame!

-Bueno, pues ha conseguido exactamente lo que necesitaba -gritó la Trabajadora Social.

-¡No ha conseguido lo que necesitaba -gritó la abuela- y tampoco podía escogerlo! Cuando uno tiene catorce años, no puede elegir a la persona correcta. ¿Cómo podría hacerla? ¿tuvo a alguien a quien preguntarle?

Yo estornudé y la Trabajadora Social calló. No podía dejar de estornudar.

-Tiene fiebre -dijo la Trabajadora Social.

-Temperatura alta -dijo la abuela después de tocarme la frente.

Luego la Trabajadora Social y la abuela buscaron un termómetro. Creo que estaban contentas de poder hablar de algo distinto de Ilse. Encontraron el termómetro y me lo pusieron debajo del brazo. Se me puso la piel de gallina.

La abuela se equivocó. Yo sí tenía fiebre; tenía un poco más de 39°C. Dijeron que debía meterme en la cama. Yo no quería, pero con la abuela y la Trabajadora Social unidas, era muy difícil negarse.

-Quiero esperar hasta que mamá llegue -protesté.

-Puedes esperarla entre la cama -dijeron ambas a tiempo. Me metieron en la habitación y me ayudaron a cambiarme. La Trabajadora Social jaló de la bota izquierda del pantalón y la abuela de la bota derecha. Ahora entendía por qué Tatiana lloraba cuando la vestían y la desvestían.

La abuela se quedó conmigo en la habitación. La Trabajadora Social fue a la cocina a preparar el almuerzo. La abuela se sentó al borde de mi cama y dijo:

-Mamá vendrá pronto.

Hacía una hora que se había ido.

Yo estornudé, tosí y los ojos me dolían y me ardían.

La Trabajadora Social me trajo una taza de té horrible. Yo no quería tomármela.

Le pedí a la abuela que me hiciera un té pues ella lo hace mucho mejor. La abuela probó el té Y dijo que yo era una tonta, y que ese té sabía igual al que ella preparaba. Añadió que si no me gustaba, era porque yo tenía algo contra la Trabajadora Social.

-¡Es espantosa! -dije yo en voz baja.

-Eso no se nota en el té -dijo la abuela también en voz baja.

Luego llegaron mamá y Kurt. Mamá lo había llamado desde el bar. Mamá y el propietario hablaron largo rato por teléfono aparentemente, pues mamá le contó a la abuela y a la Trabajadora Social que habían hecho varias llamadas.

-Luego llamamos al amigo del tal Erwin en Venecia y él nos dio el número en Florencia. Luego llamamos a Florencia, pero el hombre nos había dado el número del hotel equivocado y tuvimos que averiguar cuál era el número correcto. El tal Erwin no estaba allí, pero el propietario del bar dijo que se trataba de algo muy urgente e importante de parte de su hermano y que le debía responder inmediatamente la llamada. Luego comimos algo y como no llamaban, volvimos a llamar. Entonces sí los encontramos.

-¿Y? ¿Hablaron con Ilse? -preguntó la abuela.

-Ella no quiso hablar con nosotros -respondió Kurt.

-¿Y qué dijo el hermano, el tal Erwin? ¿Qué dijo? -preguntó la Trabajadora Social.

-No dijo mucho -Kurt rió enfadado-. Dijo lo que todos dicen. Que no sabía que Ilse no tenía aún dieciséis años y que creyó que sus padres estaban de acuerdo. Eso fue lo que ella le dijo. Aparentemente ella le contó cosas bastante extrañas, al igual que al propietario, pues a éste le dijo que tenía diecisiete años y que vivía con una tía anciana, que sus padres vivían en el Tirol y que la tía anciana era un tanto sorda y ciega. También dijo que ya casi iba a presentar el examen de estado.

Mamá gritó:

-¡Con seguridad ella no dijo eso! ¡Algo así no lo puede haber dicho ella! -gritó mamá.

-¿Por qué no? -la abuela volvió a tocarse la nariz.

-Pero, ¿por qué lo diría?

-Para que él la amara -dijo la abuela- o Para que él se quedara junto a ella. ¿Tú crees que un hombre joven y apuesto, con dinero y auto, es tan tonto como para enredarse con una niña de catorce años? ¿Una niña a la que sus padres vigilan como perros guardianes? ¿Crees que le interese algo así? -la abuela rió enfadada-. Alguien así dice: no, gracias. ¡Él puede conseguir chicas lindas, mayores de dieciséis años y que no lo metan en problemas!

Luego la abuela notó que yo no estaba en mi cama.

Me riñó por estar descalza y con fiebre. Me devolví a la habitación tambaleando. Estaba mareada.

Me parecía que la cama era un bote y el piso un mar de grandes olas. Pero aun cuando se está navegando en una cama-bote sobre un piso-mar, se puede escuchar lo que se habla en casa. Sobre todo cuando la gente habla muy duro y hasta pelea porque no sabe si llamar a la policía o traer a Ilse de vuelta.

Fuera de eso hablaron de mí. Oí perfectamente que la abuela decía.

-¡Ah! ¡La fiebre de Érika ya pasará! ¡Siempre es igual! Cuando no sabe qué hacer y está confundida, se enferma.

Yo no entendí porqué la abuela decía eso. Tenía una fiebre normal y un resfriado normal. Por la lluvia y porque no tenía una bufanda puesta. Hasta la Trabajadora Social, que en realidad no estaba de mi parte, decía que estaba resfriada.

-¡Pero, por favor, ella se ha resfriado! ¡Está haciendo un clima horrible!

Sin embargo, la abuela siguió diciendo lo mismo sobre mi resfriado. Afirmó que me conocía y que desde pequeña había buscado refugio en las enfermedades. Dijo que el doctor decía lo mismo.

Aparentemente me dormí después. Cuando me desperté, Oliver se trepó a los pies de mi cama. ¡Me contó que deseaba un gato negro de regalo de Navidad y me preguntó si yo creía que se lo regalarían!

-¡Con toda seguridad no lo recibirás! -dije-. Mamá no quiere animales en casa.

-Pero si Papá Noel viene y me trae el gato, mamá no puede hacer nada.

No le respondí. Oliver tiró de mis cobijas:

-¿Qué puede hacer? -gritó.

-Puede hacer algo -murmuré.

-¡No, nada! -gritó-. No puede hacer nada en contra de Papá Noel. Él tiene muchas cosas que hacer en Navidad.

-¡Déjame en paz! -le dije yo.

Oliver se subió encima de mí, encima de mi estómago, se cubrió con la colcha y gritó:

-¡Voy a tener mi gato!

-Pregúntale a mamá -dije yo-. Pregúntale a Kurt. ¡Y bájate de mi barriga!

Oliver dijo que no podía preguntarles a mamá y a Kurt, porque se habían ido.

Dijo que la abuela también se había marchado.

Sólo estaba la Trabajadora Social.

-¿A dónde se fueron? -le pregunté.

-Tu abuela -me explicó Oliver- se ha ido a casa.

Dijo que debía ir a donde su esposo.

-¿Y mamá?

-Se ha ido con papá.

-¿A dónde?

-Lejos, muy lejos -Oliver se alegró de saber más que yo.

-¿A dónde lejos?

-Oliver alzó los hombros.

-¿Qué dijeron cuando se fueron?

-Que debía ser obediente con la abuela.

-¿Y qué más?

-¡Que Tatiana también debía ser obediente!

-¡Dime a dónde se fueron! -grité y tuve que estornudar y toser. La Trabajadora Social quitó a Oliver de mi cama y me trajo una taza de té. Luego me puso el termómetro debajo del brazo y después se sentó en el asiento del escritorio.

No quería preguntarle por mamá. No quería preguntarle absolutamente nada. Me sentía desconsolada. Y también enferma. Cerré los ojos e hice como si durmiera.

-Se fueron a traer a Ilse -dijo la Trabajadora Social.

Yo no abrí los ojos.

-Vendrán mañana por la mañana -dijo la Trabajadora Social.

Yo me volví hacia la pared.

-Ten cuidado, ¡no aplastes el termómetro! -gritó.

Me di la vuelta de nuevo.

-De aquí a mañana tendremos que llevarnos bien -dijo la Trabajadora Social. Vino hacia mi cama y tomó el termómetro.

-Bueno -murmuró-, treinta y ocho coma cuatro; ha descendido algo.

No me moví.

-¿Tienes dolor de cabeza? Tampoco me moví.

-¡Abuela, está dormida! -dijo Oliver.

-No está dormida -dijo la Trabajadora Social. Luego dijo-: ¡Oliver, ven!

Me volteé hacia la pared y me subí las sábanas hasta los ojos. Miré fijamente el pedazo de pared de enfrente. Detrás de mi cama hay una pared rosada con manchas grises. Tenía miedo. Tenía mucho, mucho miedo. Tenía miedo de Ilse. No sabía bien porqué, pero tenía el presentimiento de que se pondría furiosa conmigo y de que diría que yo era la culpable de que hubieran ido por ella. Diría que me había entrometido en sus asuntos y que no debía haberlo hecho. Yo sé que ella me quiere menos de lo que yo la quiero a ella. Ahora me iba a querer aún menos. Y si se la llevaban a un hogar para jóvenes, entonces pensaría que era mi culpa. Quería ser una marmota e invernar y despertarme a mitad de año, cuando ya todo hubiera pasado.

Hice todo lo posible por invernar.

Me dormí un par de veces pero con un sueño muy ligero.

Una vez me despertó Oliver, otra timbró el teléfono, otra vez Tatiana habló junto a mí, y en la noche la Trabajadora Social vino con un plato lleno de sémola y un vaso de jugo de manzana. Puso el plato y el vaso en mi mesa de noche y se quedó parada al lado.

-Come -dijo-, se va a enfriar. Necesitas algo caliente en tu estómago.

Tomé el plato de sémola de la mesa de noche. Sabía horrible.

-¿Quieres leche achocolatada? -negué con la cabeza-. Tu hermana va a estar eternamente agradecida contigo.

-No creo -murmuré yo. Realmente no quería hablar con la Trabajadora Social, pero al fin y al cabo era la única persona con la que podía hablar en ese momento. Además no puedo estar muda durante horas aunque me lo proponga.

-Pero debe de estarlo -dijo la Trabajadora Social-. Sin ti todo este problema hubiera sido peor -lo dijo solemnemente. Yo me sentí halagada y también algo más tranquila.

La Trabajadora Social tomó el plato vacío.

-Ella se sentirá contenta de que hayan ido a buscarla -dijo la Trabajadora Social.

-Dirá que lo arruiné todo -dije yo.

-Pues si se atreve a decir eso -alisó las mantas-, entonces es más tonta de lo que había imaginado.

Yo quería contradecirla, pero la Trabajadora Social no me dejó decir palabra.

-¡Y ojalá que se vuelva más consciente! ¡Uno nunca debe perder la esperanza! -dijo.

Así como lo dijo, parecía como si hubiera perdido la esperanza hacía ya mucho tiempo. Como si nunca hubiera tenido esperanza. Por lo menos con respecto a Ilse; pero no se me ocurrió nada. Por eso sólo dije:

-Yo quiero a Ilse.

-Es normal que los hermanos se quieran -respondió la Trabajadora Social y puso el vaso vacío sobre el plato, asintió con vehemencia y dejó la habitación.

Me di vuelta hacia la pared, miré una mancha gris sobre la pared rosada y me pregunté cuándo volverían mamá y Kurt.

Yo sé que para llegar hasta la frontera con Italia se necesitan por lo menos cinco horas. No se qué tan lejos quede Florencia. De todas maneras era de suponer que no volverían antes del mediodía.

Oí que la Trabajadora Social hablaba con Oliver, y que le decía que mamá regresaría mañana en la mañana.

-Yeso si no les ocurre nada en el camino -dijo.

Es por la tarde. Ya no tengo fiebre. Ya no estornudo. Estoy en la cama y leo una novela policíaca.

Ayer, tarde en la noche, Kurt, mamá e Ilse regresaron. Ilse está en su cama. Duerme.

Cuando miro la cama de Ilse, le alcanzo a ver las uñas de los pies por entre las cobijas.

Las tiene pintadas de morado. Tal vez no duerme.

Quizá sólo lo aparenta.

Mamá y Kurt están en la policía. Tiene que avisar que Ilse ya regresó. Los dos estaban muy nerviosos antes de ir a la policía.

Mamá, lo oí perfectamente, le dijo a Kurt que tenía miedo de que el verdadero torbellino empezara a moverse. Kurt suspiró.

-Buenos días, señor comisario -dijo-. Mi hija ya está aquí, por favor destruya el expediente, ya no lo necesitará.

Él dijo que habría de todas maneras un proceso en contra del hombre del abrigo de cuero porque Ilse era menor de edad. Y dijo que sería bastante desagradable. Mamá gimió y dijo que podría matar al tipo. Primero se había metido con su hija y luego huía.

El hombre del abrigo se escapó. Después de hablar con el propietario del bar y después de haber oído que Ilse era tan joven y que había mentido, la llevó hasta la frontera y la dejó en un restaurante.

Probablemente no quería encontrarse con Kurt y con mamá.

Antes de que Kurt y mamá fueran a la policía, discutieron sobre si Ilse debía ir a un hogar para jóvenes o a un internado. Kurt estaba en contra y le dijo a mamá que ella sólo quería librarse de la responsabilidad. Mamá dijo que ella no podía decidir eso sin papá. Luego Kurt rió enfadado y dijo que eso era una broma; que el hombre menos preocupado por Ilse era papá.

Los pies con uñas violeta se han movido. Llamé en voz baja:

-Ilse ...

Pero no se mueve. Probablemente duerme. Debe de estar cansada. Por la noche habló mucho conmigo. Horas. Quería explicármelo todo. El hermano del propietario del bar, me dijo, era el primo de Amrei. Y en realidad se fue con Amrei a Londres, pero en algún lugar perdieron los boletos y por eso llamaron al primo de Amrei.

El primo las recogió y les ofreció trabajo en Roma, donde un conde. En un palacio. Su esposa era diseñadora de modas.

Yo hice como si se lo hubiera creído todo.

Luego Ilse siguió contando: Conoció a un hombre en Florencia que hacía películas y que estaba muy emocionado con Amrei. Próximamente vendrá a Viena para hacerles pruebas. Si las pruebas salen bien entonces ella conseguirá un papel protagónico y Amrei uno secundario.

Volví a asentir emocionada.

Hasta le di mi palabra de honor de que no le contaría nada a nadie.

Afuera ya estaba oscuro e Ilse terminó por fin de contar sus historias de director de circo.

-¿Te quedarás aquí, entonces? -le pregunté-. ¿Seguro que ya no te irás de nuevo?

Se sentó en la cama y dijo:

-Por el momento, no. ¡Pero cuando empecemos a rodar la película, nada me detendrá! ¡Nada! ¡Me iré para siempre!

¡Si sólo supiera qué hacer!

Ahora los dedos con las uñas violeta desaparecieron debajo de la cobija.

Tengo miedo. No sólo por Ilse. Tengo miedo por todos nosotros.